


B.K.H.

La Guerra Nacional Revolucionaria del Pueblo Español contra el Fas- cismo

ANALISIS
CRITICO

EDICIONES
VANGUARDIA OBRERA 

PROLOGO

Nuestra finalidad esencial al publicar el presente análisis crítico sobre algunos problemas fundamentales relacionados con el surgimiento y el desarrollo de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo (1936-39), así como sobre las causas determinantes de la derrota, es la de estudiar y enjuiciar a la luz del marxismo-leninismo y del materialismo histórico cuáles fueron las causas concretas del surgimiento de la guerra civil; cuáles fueron, también, las causas fundamentales de la derrota que en 1939 sufrieron las fuerzas populares y extraer mediante este esfuerzo las enseñanzas y las experiencias necesarias que nos aleccionen a nosotros, marxistas-leninistas y a las masas revolucionarias españolas para los futuros combates que hemos de librar con el fin de derrocar al fascismo en el poder y expulsar al imperialismo norteamericano de nuestra Patria.

Durante los treinta y seis años transcurridos desde 1939, se han escrito no sólo en España, sino en el mundo entero, gran número de libros, artículos y relatos sobre nuestra guerra revolucionaria contra el fascismo, lo que atestigua indiscutiblemente el extraordinario interés y la profunda resonancia que no ha dejado de suscitar aun en nuestra Patria y en el mundo entero la heroica lucha que libró el pueblo español durante los 32 meses de nuestra guerra. Este interés e importancia se explica fundamentalmente por el hecho de que la guerra española constituyó en verdad el primer combate armado de la II Guerra Mundial, contra el fascismo y el nazismo, que poco después habrían de librar la mayor parte de los pueblos del mundo. En su histórico telegrama enviado en octubre de 1936 al pueblo español, el camarada Stalin, recogiendo el sentir de las masas populares del mundo, decía:

"... librar a España de la opresión de los reaccionarios fascistas no es asunto privativo de los españoles, sino la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva".

Pero si la primera batalla en Europa contra el fascismo en armas surgió en España, ello no fue por casualidad ni de manera fortuita. Hace treinta y nueve años, al igual que en la actualidad, España era el eslabón más débil de la cadena imperialista en Europa. La sublevación de las fuerzas fascistas en la España de 1936, fue en verdad la culminación sangrienta y lógica de todo un período de enconadas luchas y extrema agudización de la lucha de clases, así como de la maduración tanto subjetiva como objetiva, a la que había llegado la situación revolucionaria. Entonces, al igual que hoy, los problemas económicos, políticos y sociales que se planteaban con inaplazable urgencia, no podían ya ser resueltos sin hacer saltar al mismo tiempo, en lo fundamental, el estrecho marco de las relaciones económico sociales existentes, legadas por el antiguo régimen monárquico, de carácter semifeudal, y que el régimen republicano surgido de las elecciones de 1931 había dejado prácticamente intactas. Por ejemplo, el problema de la tierra, de la reforma agraria, no admitía demoras ni medidas timoratas. La situación en el campo debido al sistema de latifundios y de los restos feudales imperantes, seguía condenando al hambre y a la miseria a millones de braceros y campesinos pobres. Se necesitaba una profunda reforma agraria que hubiera confiscado esos latifundios, y los hubiera entregado a las masas desposeídas. Las timoratas medidas al respecto de los sucesivos gobiernos republicanos ni siquiera llegaron a ser aplicadas más que incompleta y parcialmente. Al mismo tiempo, las masas populares, pese a estar profundamente divididas por las corrientes socialdemócratas y anarquistas, llevaban a cabo acciones y luchas de gran combatividad y contenido revolucionario, exigiendo la solución de esos problemas. El marxismo-leninismo y el materialismo histórico nos enseñan que ninguna clase, en ningún momento, se resigna pasiva ni pacíficamente a abandonar sus privilegios ni renuncia a sus intereses de clase. Cuando se proclamó

la II República, en abril de 1931, las fuerzas oligárquicas terratenientes y financieras, si bien concedieron parte del Poder político a las clases de la media burguesía y no opusieron en esos momentos una resistencia armada, fue debido esencialmente a que no vieron amenazados entonces sus intereses vitales y, además porque al seguir conservando su influencia en el aparato del Estado y sus riquezas y propiedades, esperaban el momento oportuno para, ante el carácter titubeante y conservador de los políticos burgueses republicanos, hacerse de nuevo con la totalidad del Poder político.

A raíz del triunfo del Frente Popular, en febrero de 1936, y pese a que el gobierno que surgió entonces estaba compuesto exclusivamente de representantes de la media y la pequeña burguesía, las castas reaccionarias compinchadas con las fuerzas fascistas del mundo entero (encabezadas por la Alemania hitleriana y la Italia mussoliniana), que en toda Europa levantaban la cabeza y se organizaban para impedir el desarrollo de las luchas populares, aceleraron sus preparativos para desencadenar su traidor levantamiento contra el pueblo trabajador y la República.

De manera general, en todos los relatos "históricos" hechos por los revisionistas del equipo de Carrillo-Ibárruri, se afirma, de un modo u otro, que la guerra civil pudo haber sido evitada si el gobierno republicano burgués hubiera aplicado una serie de medidas populares para satisfacer las urgentes necesidades del pueblo y minar el poderío de la reacción. Pero es evidente (y esta es una de las enseñanzas capitales del marxismo-leninismo que quedó patentizada una vez más por la práctica en 1936), que la burguesía, a menos de estar bajo la dirección de la clase obrera, nunca lleva a cabo, de manera decidida y consecuente, las medidas revolucionarias que el pueblo exige y necesita. En el caso de España concretamente, el hecho de que nunca se hubiera llegado a realizar plenamente la revolución burguesa, daba a esa clase un carácter particularmente conservador y endeble tanto en el terreno político como en el económico. Además, en el caso en que ésta hubiera intentado aplicar los cambios revolucionarios que exigía la situación, las castas reaccionarias que, como hemos dicho, conservaban intactas sus fuerzas y recursos, habrían indiscutiblemente opuesto una feroz resistencia, cuenta habida, además, de que contaban con el apoyo de las fuerzas más reaccionarias de Europa (Hitler y Mussolini), y del mundo entero. A la luz, pues, de estas incontestables realidades, es preciso tener siempre presente el papel dirigente que ha de desempeñar en la revolución la clase obrera y su Partido (sobre la alianza obrero-campesina). Toda guerra civil es, en definitiva, una guerra de clases y nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo lo fue en grado sumo. En ella se ventilaba la marcha adelante de la sociedad española o el retroceso más feroz y brutal que querían imponer en la rueda de nuestra historia las castas reaccionarias y clericalfascistas.

Las clases reaccionarias, como hemos dicho, nunca se suicidan; y el camarada José Díaz, Secretario General del Partido, no escatimó esfuerzo alguno para advertir al pueblo acerca de las amenazas de los ataques por parte de las castas oligárquicas. Lenin nos enseña:

*"Las guerras las empiezan siempre
y en todos sitios, las clases explotadoras,
dominantes y opresoras".*

Es pues, evidente que es la reacción la que desencadena su violencia contrarrevolucionaria contra las masas populares, cuando éstas, con sus luchas y acciones por conquistar sus derechos y la independencia nacional, ponen en peligro los intereses de las clases en el poder. Por eso, es preciso hacer comprender lo más claramente posible a las masas explotadas que nuestra guerra civil no fue un hecho fortuito ni evitable, sino que fue la continuación de la lucha de clases mediante la lucha armada.

El pueblo español respondió valerosamente empuñando las armas para oponer a la violencia armada de la reacción su propia violencia armada revolucionaria. Vemos, pues, como a las masas explotadas y al pueblo solo le queda, en definitiva, ante una situación semejante, dos caminos: o bien hacer frente a la violencia armada contrarrevolucionaria con su propia lucha armada, o bien dejarse aplastar y someterse.

Otra de las enseñanzas que el pueblo español debe retener de manera inequívoca, es la de que no basta con desarrollar con elevada combatividad y entusiasmo la lucha revolucionaria, sino que incluso en el marco de la revolución democrática nacional, la clase obrera y su Partido deben asumir la dirección de la lucha, junto con las masas populares del campo.

Actualmente, frente a las posiciones ultraderechistas del equipo de Carrillo, que pretende colocar a la clase obrera a remolque de la burguesía, el Partido Comunista de España (marxista-leninista), que se esfuerza por sintetizar -aunque aún parcialmente- las experiencias de nuestra guerra nacional revolucionaria, de la gran revolución china, de la revolución albanesa, basa su táctica y su estrategia revolucionarias en el hecho primordial de que ha de ser la clase obrera, en alianza con el campesinado pobre, la que dirija la fase actual de la revolución democrático-popular esforzándose al mismo tiempo por unir y movilizar en un frente revolucionario a todos aquellos sectores susceptibles de luchar contra la oligarquía y el imperialismo yanqui para -tras aplastar a la reacción- proseguir de manera ininterrumpida la revolución hasta llevarla a su fase socialista.

* * *

A todos los apremiantes problemas que tenía planteado el pueblo español en 1936 y cuya solución fue brutal y sangrientamente impedida por la reacción en armas, se añade actualmente la dominación yanqui sobre España y la presencia en nuestro suelo de bases y fuerzas armadas norteamericanas.

Pese a las grotescas ilusiones de soluciones pacifistas que siembran el equipo revisionista de Carrillo-Ibárruri, resulta evidente a todas luces que la oligarquía en el poder, que no titubeó hace treinta y seis años en levantarse en armas cuando consideró amenazados sus sórdidos intereses, no cederá ahora pacíficamente, ni "cívicamente", el poder al que se encaramó por la fuerza de las armas. Por eso el pueblo español debe tener presentes las decisivas enseñanzas del camarada Mao Tse-Tung al respecto. Sintetizando las lecciones de las dos guerras civiles de China y de la guerra antijaponesa, el camarada Mao ha dicho que "el poder nace del fusil", y que:

*"La tarea central y la forma más alta de una
revolución es la toma del poder mediante
la fuerza armada",*

y que

*"este principio marxista-leninista tiene validez universal,
tanto en China como en los demás países".*

Es precisamente este principio universal, marxista-leninista, el que los revisionistas tratan de enterrar por todos los medios bajo montañas de tergiversaciones y marrullerías, así como con interminables lamentaciones acerca de los sufrimientos que ocasionó al pueblo español la guerra. Lejos de nosotros el minimizar los crueles sufrimientos y penalidades de nuestro pueblo durante los 32 meses de nuestra guerra, ni mucho menos el de hacer "cruz y raya" a los crímenes cometidos por

los fascistas contra las masas populares. Ahora bien, al preconizar el pacifismo ante la situación de nuestra Patria, los revisionistas ocultan a las masas y niegan de hecho que, como dijo Lenin, *“la guerra es producto del imperialismo y del sistema de explotación del hombre por el hombre”*.

Por eso, si queremos movilizar, organizar y armar a las masas populares de España para derribar a la dictadura franquista y arrojar al ocupante yanqui, es preciso combatir y oponerse resueltamente al revisionismo claudicante que siembre el miedo ante el enemigo y al derrotismo y pacifismo contrarrevolucionarios.

Nuestra posición al respecto es clara y contundente: a la luz de las experiencias victoriosas de las luchas de los pueblos que se han atrevido a empuñar las armas durante los últimos treinta años para oponerse a la violencia armada de la reacción y del imperialismo, afirmamos que es posible derribar, mediante la lucha armada, a la dictadura y arrojar de España a sus amos yanquis. No ignoramos que la guerra acarrea grandes sufrimientos y sacrificios, pero si el pueblo español no se organiza para oponerse mediante la guerra popular a la explotación y a la opresión de la reacción en el poder entonces tiene que resignarse a ser esclavo y seguir siendo víctima de cuantas injusticias y humillaciones le impongan la reacción y el imperialismo yanqui.

El pueblo español no tardará en desembarazarse por completo de la camisa de fuerza del revisionismo moderno, que pretende que es posible deshacerse de la dictadura franquista pacíficamente. ¡Como si la reacción que no titubeó en alzarse en armas hace treinta y nueve años contra el Estado republicano y hacer intervenir a las tropas extranjeras contra el pueblo español, iba a ceder ahora, por las buenas, sin oponerse violentamente a la voluntad del pueblo que, pacíficamente, tratará de desalojarla del poder!

Si bien nos duelen y compartimos, por sufrirlos como en nuestra propia carne, los sufrimientos y las muertes causados por nuestra guerra civil a las masas populares, no por eso caemos en posiciones sentimentales pacifistas ni en la exaltación de la guerra por la guerra; Consideramos que

*“La guerra, este monstruo, será liquidado al fin y al cabo,
en un futuro no lejano por el progreso de la sociedad humana.
Pero sólo hay un medio para eliminarla: oponer la guerra revolucionaria a
la guerra contrarrevolucionaria” . (Mao Tse-Tung)*

Solo si nos esforzamos por sintetizar las experiencias y las lecciones que se desprenden de los éxitos y de los fracasos de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo y si aplicamos creadoramente el marxismo-leninismo a las condiciones concretas de nuestro país, podremos estar en condiciones de garantizar para el pueblo la victoria en las próximas batallas contra la reacción fascista, el imperialismo norteamericano y las maniobras del socialimperialismo ruso, el cual también trata de penetrar por diversos medios en nuestro país.

Capítulo I

El pueblo español necesita las enseñanzas de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo.



El pueblo español sostuvo en 1936 a 1939 una guerra revolucionaria contra el levantamiento del fascismo nacional y la intervención internacional. Esta guerra nacional revolucionaria contra el fascismo fue, sin lugar a dudas, el hecho más importante en la senda revolucionaria de nuestro pueblo. Fue un acontecimiento que no tiene parangón en la historia de España, no sólo por extensión, crueldad y violencia, así como por el heroísmo que desplegó el pueblo español en ella, sino también porque al ocurrir en la época de las revoluciones proletarias, época iniciada con la Revolución de Octubre en Rusia, la revolución española dejó de pertenecer al viejo tipo de revolución democrático-burguesa, para formar parte de la revolución socialista mundial. Por ello le correspondió al proletariado desempeñar el papel principal en esa guerra y ser la fuerza propulsora. Ninguna otra lucha revolucionaria en España ha tenido tanta profundidad, ni alcanzado a tantas capas y clases sociales.

Puede afirmarse que no hubo nadie que no fuese afectado por la guerra nacional revolucionaria contra el fascismo; todos los españoles, fuera cual fuese su clase social, tuvieron una intervención directa. España entera se conmovió, sus cimientos económicos, políticos y sociales se resquebrajaron y, por lo tanto, las consecuencias que para todos tuvo esta guerra, especialmente para las masas populares, no se habían conocido jamás. Al mismo tiempo, nuestra guerra popular elevó la conciencia revolucionaria del pueblo español hasta niveles inimaginables; el despertar de las masas tuvo tal amplitud que fue un ejemplo para todos los pueblos del mundo.

Nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo es, por tanto, el acontecimiento más importante de nuestra historia contemporánea y puso al pueblo español en condiciones de avanzar por la senda de la revolución socialista mundial. Si la victoria del fascismo cerró momentáneamente ese camino, esto no es más que transitorio. Nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, sus enseñanzas, sus fracasos, sus victorias, aciertos y errores, son algo que hemos de estudiar profundamente y sintetizar, pues son de inmensa importancia para poder comprender el camino trazado por la Revolución de Octubre (dirigida por Lenin y Stalin).

Todo aquel que pretenda olvidar nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, u oscurecer sus enseñanzas, no está haciendo nada más que intentar dificultar más aún el camino de la revolución y es, por tanto, un aliado del franquismo y un lacayo del imperialismo y del socialimperialismo. José Díaz en su trabajo *"Las lecciones de la guerra del pueblo español"*, escrito poco antes de su muerte, dice:

"El Partido Comunista tenía sus puntos débiles. En su esfuerzo por mantener el Frente Popular no previno a tiempo al pueblo que los representantes de otros partidos y organizaciones estaban usando el Frente Popular como una careta para sus traidoras actividades. Preocupado principalmente de la situación del frente en vista del inevitable ataque del enemigo, DESCUIDO DE MOVILIZAR A LAS MASAS CONTRA LOS TRAIADORES Y NO APLASTO LA REBELION TRAICIONERA AUNQUE TENIA A SU DISPOSICION LAS FUERZAS NECESARIAS". (Las mayúsculas son nuestras).

Sin embargo, los traidores y degenerados carrillistas, ocultan y niegan estas palabras del camarada José Díaz; han hecho desaparecer sus escritos, o los han deformado groseramente, y los esbozos de análisis autocríticos iniciados por el que fuera gran dirigente de nuestro Partido, han sido enterrados. Los dirigentes revisionistas españoles nunca han hecho un análisis autocrítico (tienen, naturalmente, interés en no hacerlo), sobre las causas que motivaron la pérdida de nuestra guerra. Es más, llevan su perfidia hasta el punto de ocultar vergonzosamente los errores cometidos y tratan de salvar de toda responsabilidad al Partido (al que ya no representan, por otro lado). En la *"Historia del Partido Comunista de España"* (1), amañada y deformada burdamente, afirman con todo cinismo:

"El es el único partido político español (el comunista) que no tiene responsabilidad alguna en la pérdida de la guerra."

Y añaden:

"Los errores e insuficiencias del Partido. . . no eran de tal género y significación como para influir en el curso de la guerra y su desenlace. Los errores e insuficiencias del Partido no tuvieron ninguna relación directa con las causas que determinaron la derrota".

Con estas afirmaciones, los dirigentes revisionistas de la camarilla Carrillo-Ibárruri no hacen más que demostrar su subjetivismo y su temor a las masas. Afirmar tales cosas es antidialéctico, es negarse a la autocrítica y escamotear la verdad y las enseñanzas a los miembros del Partido y a las masas revolucionarias en general. Porque, si el Partido fue el alma y el propulsor de la resistencia al fascismo, si fue además, en cierto periodo, el Partido más importante del Frente Popular, si jugó un papel en la dirección de la guerra, ¿cómo puede decirse que no tuvo responsabilidad en la derrota? No hay duda de que el Partido tuvo una responsabilidad en la pérdida de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, y no pequeña, ya que siendo el factor más importante en ella, su responsabilidad es también mayor.

Los dirigentes revisionistas no han hecho nunca un análisis crítico y autocrítico de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo. Cuanto más se hunden en el fango del revisionismo, más se oponen a este análisis. Nos toca, pues, a nosotros, que hemos recogido la

bandera marxista-leninista que ellos arriaron, que hemos reconstituido el Partido basándonos en la verdadera ideología del socialismo científico, realizar esta tarea. Y hemos de hacerlo conscientes de que con ello estamos fortaleciendo al Partido, le estamos dando experiencia y armándolo para las batallas que se avecinan. Como no tememos a las masas, no tenemos miedo a presentarles nuestros errores; por el contrario, al hacerlo sabemos que nos ligamos más a ellas y que, a su vez, las masas se ligarán más a nosotros.

Naturalmente que al hacer un análisis autocrítico con relación a la actuación del Partido en nuestra guerra nacional revolucionaria no pretendemos disminuir el heroico e importante papel que desempeñó en esos gloriosos años de lucha contra el fascismo. El Partido fue el alma de la guerra, el más abnegado y heroico, gracias a él fue posible la gesta revolucionaria de nuestro pueblo que asombró al mundo. Sin el Partido Comunista de España, nuestro pueblo no hubiera podido resistir al fascismo nacional e internacional, hubiera sido subyugado en pocas semanas y no hubiera sido capaz de infligir derrotas al fascismo. Al hacer cualquier autocrítica con relación a nuestra guerra nacional revolucionaria, hay que tener esto siempre presente. Pero junto a ello, el Partido cometió errores que condujeron a la derrota. Estudiar, analizar y sintetizar esos errores es imprescindible si queremos que en la futura guerra popular que se avecina no se vuelva a incurrir en ellos y pueda dirigir con acierto a nuestro pueblo hacia la destrucción del franquismo y la expulsión del imperialismo yanqui de nuestro suelo.

El camarada Mao Tse-Tung, cuyos escritos sobre la guerra popular son una fuente de enseñanzas para los revolucionarios, nos enseña que las condiciones objetivas de una guerra (es decir, su naturaleza, el apoyo popular y la ayuda internacional), por si solas no constituyen las causas de la victoria o de la derrota, aunque entrañan la posibilidad de ellas; para lograr la victoria hace falta la actividad consciente del hombre, es decir, cómo dirigir y realizar esa guerra. Nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, por su naturaleza, fue una guerra justa; el Frente Popular gozaba del total apoyo de las amplias masas del pueblo y en el extranjero, si bien la situación internacional era difícil, nunca hasta entonces se había conocido mayor solidaridad con la lucha de un pueblo. Todo esto nos dice que las condiciones objetivas daban la posibilidad del triunfo, sin embargo, fuimos derrotados. Esto quiere decir que la actividad consciente que se realizó fue en gran medida equivocada, que no se supo dirigir ni realizar la guerra con arreglo a las condiciones específicas concretas.

Se cometieron errores que, junto a otros factores, terminaron por llevar al pueblo español al fracaso. ¿Cuáles fueron esos errores? Eso es lo que hay que analizar. Hubo errores políticos y errores militares. La responsabilidad del Partido Comunista es, pues, grande y no hay la menor duda de que cometió errores tanto políticos como estratégicos y tácticos que impidieron que la guerra se desarrollara plenamente hasta transformarse en una amplia y victoriosa guerra popular.

Nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo no es un hecho histórico fenecido y olvidado, como pretenden los revisionistas del equipo de Carrillo (2). Con esta afirmación y otras similares, Carrillo y cía. no dejan en claro más que su traición a la revolución y al pueblo. Por el contrario, nuestra guerra nacional revolucionaria sigue manteniéndose viva en el pueblo español y en las masas populares del mundo entero, incluso las jóvenes generaciones, que no la vivieron, la tienen presente y piden con harta razón una explicación sobre ella. En este aspecto, pues, tampoco es una tarea perdida el hacer un análisis de ella, sino una tarea actual y necesaria ahora que está comenzando un nuevo auge revolucionario en España y que se está acelerando el reagrupamiento de las fuerzas que han comenzado ya a empuñar las armas para alcanzar la liberación e independencia de nuestro país.

Pero, ¿por que la guerra nacional revolucionaria contra el fascismo sigue viva entre nuestro pueblo? Porque al contrario de lo que afirman los revisionistas, no es un hecho histórico olvidado, pues la verdad es que esa guerra no ha terminado y que las causas que la produjeron no han desaparecido. El hecho de que haya habido un periodo en el que los muertos los ha puesto sólo el pueblo no quiere decir que la guerra terminara. Sus causas continúan, más exacerbadas aún; por eso es por lo que el pueblo español la sigue viviendo y preocupándose por ella.

José Díaz dijo:

"Que termine pronto la guerra es lo que nosotros queremos; por eso, por ponerla fin, luchamos en esta guerra que nos ha sido impuesta por los fascistas Pero que termine con el triunfo de la causa del pueblo, porque esta causa es justa, es sagrada. De otro modo, jamás podrá terminar". (3)
(Subrayado por nosotros)

Como vemos, los revisionistas traicionan con su pÉrfida política de "*reconciliación nacional*" el pensamiento de José Díaz, porque la justa causa del pueblo español aún no ha triunfado, por lo tanto nuestra guerra revolucionaria no ha podido terminar. ¿y cómo puede ser un hecho histórico algo que no ha terminado?

También dijo José Díaz:

"No puede haber paz mientras quede un sólo soldado de los ejércitos invasores pisando el suelo de nuestra Patria, no puede haber paz hasta que sean definitivamente aplastados todos los enemigos y todos los que tratan de implantar en España un régimen fascista. No puede haber compromiso de ninguna suerte con los generales traidores a su Patria, ni con el invasor extranjero. Arrojar al invasor, aplastar a Franco, destruir al fascismo para siempre en nuestro país: éste es el único compromiso posible". (4)

La política carrillista de "*reconciliación nacional*" traiciona, una vez más, estas tesis de José Díaz. ¿Cómo se puede hablar de paz cuando los soldados invasores continúan hollando nuestro suelo y lo único que ha cambiado es el uniforme y la bandera del país invasor? ¿Cómo puede haber paz si los traidores no han sido aplastados y el régimen fascista impera en España?: ¿Cómo puede haber compromiso con los mismos generales traidores, o sus continuadores? Como muy certeramente decía José Díaz, la guerra no podía terminar si no era con el triunfo del pueblo. Esto quiere decir que la guerra nacional revolucionaria contra el fascismo continúa, pues el pueblo no ha triunfado.

Por eso sigue viva entre las masas populares que la están sufriendo. Nuestra guerra no puede terminar mientras tropas extranjeras estén en España y hoy, los "marines" yanquis sientan sus reales en el territorio español. Por lo tanto, la guerra continúa y nuestro pueblo la reemprenderá hasta expulsar a los invasores. Nuestra guerra no puede terminar mientras los traidores sigan imponiendo su régimen fascista. Y no podemos entrar en compromisos, llámense "*reconciliación nacional*" o como se llamen, con los generales traidores y las castas oligárquicas. Por lo tanto, la guerra continua, y continuará hasta el triunfo del pueblo español.

El Partido Comunista de España (m. l.), reconstituído sobre la base del marxismo-leninismo, fiel a las enseñanzas de nuestro inolvidable camarada José Díaz, no puede dar por terminada la guerra, y nuestro pueblo tampoco. Por eso es por lo que al analizar la etapa de 1936 a 1939, lo

hacemos con la certeza de que la tarea es actual y política y de que ha de ser de gran utilidad para el triunfo de nuestro pueblo.

* * *

¿Cuales son las bases de la política de los revisionistas de "reconciliación nacional"?

1. - La guerra es un hecho histórico que hay que olvidar, un acontecimiento pasado que tiene que darse por terminado. (5)

2. - El régimen de Franco ha dejado de ser un régimen fascista y marcha hacia una "liberalización" o "democratización".

3. - La correlación de fuerzas en la arena internacional ha cambiado en tal forma que no permite continuar a Franco con su régimen fascista y posibilita la unión de todos los españoles para lograr un cambio político sin necesidad de lucha armada (6): como consecuencia de todo esto, hay que buscar la unidad de acción de todos los españoles y entrar en compromiso con los mismos que se levantaron contra el pueblo, o sus continuadores. Para ello es necesario dar por terminada la guerra nacional revolucionaria, hacer "cruz y raya", y entrar en una época de 'armonía' de todas las clases e individuos ". (7)

Esta es en síntesis la política carrillista de "reconciliación nacional".

Si se analiza esta política no se puede llegar más que a la conclusión de que es una política de claudicación y traición, ya que esta basada en premisas falsas. La política de "reconciliación nacional" es, pues, claudicadora y traiciona los intereses del pueblo español. Esto se demuestra al analizar la falsedad de sus bases.

Veamos:

1. - Si bien la guerra ha terminado en las trincheras hace treinta y seis años, esto no quiere decir que haya concluido, sino simplemente que el pueblo ha perdido una etapa de ella. La guerra nacional revolucionaria contra el fascismo tuvo unas causas políticas, económicas y sociales, y estas causas no han desaparecido, sino que, por el contrario, se han agudizado. Entonces, como dijo Jose Díaz, la guerra no ha terminado. Cierto es que ha tomado otras formas, el bando enemigo dejó de sufrir bajas, nuestra resistencia ha disminuido, etc., pero las causas subsisten. De todos es sabido que una guerra es producto de que la contradicción existente llega a un punto en que no puede ser resuelta por medios pacíficos (la política), y entonces tiene que ser resuelta por medios violentos (la guerra). Por eso Lenin dijo que: "*la guerra es la continuación de la política por otros medios*".

Pero una guerra sólo puede acabar cuando esta contradicción ha sido resuelta. En España, la contradicción que produjo la guerra no se ha resuelto, por tanto la guerra no ha podido terminar y los auténticos comunistas, los marxistas-leninistas, no pueden considerarla simplemente como un mero hecho histórico. Si no ha vuelto a reiniciarse la lucha armada popular, se debe principalmente a la política revisionista del equipo de Carrillo-Ibárruri, que han impedido, con su política de sembrar ilusiones, que el pueblo se repusiera de la momentánea derrota y se preparara para una nueva etapa de esa guerra, con lo cual han desarmado al pueblo. Esta es la realidad. La guerra no es

un simple hecho histórico, sino que es actual y hay que reactivarla lo antes posible en interés del pueblo y de la revolución.

2. - El régimen franquista sigue teniendo las mismas características fundamentales que en 1939, es decir, su esencia sigue siendo fascista. Sin embargo, los regímenes fascistas no tienen todos las mismas características FORMALES, y un mismo régimen fascista puede ir adoptando distintas formas a lo largo de su historia. Lo importante es no confundir esas características formales, secundarias, que a veces se cubren con ciertos aspectos "liberales" y "democráticos", con la esencia de ese régimen, que en el caso concreto del régimen franquista sigue siendo netamente fascista.

La oligarquía que tomó el poder en 1939, sigue siendo la misma que, en su conjunto detenta actualmente el poder en España. Ahora bien, en el seno de la oligarquía siempre ha habido contradicciones (no podía ser de otro modo), y esas contradicciones se agudizan cuando hay un avance y éxitos de la lucha revolucionaria del pueblo, cuando la situación política se vuelve más compleja y problemática. Pero todos los sectores de la oligarquía coinciden en la necesidad de mantener lo esencial de su poder político y económico como clase dominante.

Los fusilamientos del 27 de septiembre de 1975 y la represión masiva desencadenada a raíz de las acciones armadas llevadas a cabo por el F. R. A. P., han puesto de manifiesto, una vez más y de forma contundente la verdadera naturaleza del fascismo, aún a pesar de varios intentos de "cambio" de fachada que habían llevado a cabo algunos sectores de la oligarquía. La oligarquía, aunque intente otras maniobras "liberalizantes", seguirá utilizando los mismos métodos fascistas siempre que el pueblo continúe su lucha por conseguir sus verdaderos intereses y libertades. Los hechos nos demuestran que esa "liberalización" queda al desnudo en cuanto el pueblo lucha. La política carrillista de "reconciliación nacional" trata por todos los medios de impedir la lucha.

3. - Es cierto que la correlación de fuerzas en el mundo ha variado desde 1939. La clase obrera y los pueblos de algunos países han tomado el poder y construyen el socialismo en concreto en Albania y China, en lucha contra el cerco capitalista y revisionista; otros pueblos y naciones han librado con éxito luchas de liberación nacional contra el imperialismo. Ha surgido el revisionismo en la URSS y otros países de la Europa Oriental, y aquella se ha transformado en una potencia socialimperialista. EE. UU. y la URSS constituyen hoy, juntos y por separado, el enemigo principal de todos los pueblos del mundo. Las contradicciones interimperialistas se agudizan de día en día. El movimiento comunista marxista-leninista se va desarrollando en dura lucha contra la reacción, el imperialismo y el revisionismo, preparándose para encabezar al proletariado y al resto de las masas oprimidas hacia la Revolución Socialista. Todos estos cambios se han producido en la arena internacional. Ahora bien, ninguno de estos cambios por separado ni en su conjunto avalan la tesis carrillista de que el régimen franquista no puede seguir manteniéndose como tal y tiene que "evolucionar pacíficamente" hacia la democracia y el socialismo. Muy al contrario, hoy en España, situada en una zona estratégica política y militarmente para todos los imperialistas y en especial para las dos superpotencias, donde se desarrolla una aguda lucha de clases interna, con una conciencia política y de lucha creciente entre amplios sectores del pueblo, dominada por el imperialismo yanqui, es imposible un paso "pacífico" del régimen fascista de la oligarquía a la democracia y al socialismo.

En España existe una aguda lucha de intereses de clase entre el proletariado y la burguesía, que constituye la contradicción principal, entre todo el pueblo de un lado y la oligarquía y el imperialismo de otro. Actualmente se está confirmando cada día con mayor fuerza en los países capitalistas la justeza de la tesis leninista sobre el hecho de que nuestra época está esencialmente

condicionada por la lucha entre el proletariado y la burguesía, y sobre que la época actual es la del derrumbamiento del imperialismo y el triunfo de la Revolución Socialista. Pero la Revolución Socialista no podrá ser llevada a cabo mas que mediante la lucha violenta que destruya y acabe con el poder de la burguesía. En España, con un régimen fascista que en su esencia se mantiene tal como nació, estas tesis tienen aún una validez mayor. Por todo lo anterior, las bases de la política carrillista son falsas, su consecuencia queda reducida a nada y desenmascarada como una traición al pueblo y a la Revolución; al mismo tiempo que se demuestra que no puede haber "armonía" entre todas las clases e individuos, sino sólo una lucha a muerte entre el pueblo español y sus opresores: la dictadura de la oligarquía financiera y terrateniente, perrillo faldero del imperialismo yanqui.

En contra de esa traidora política revisionista, se alza la de la lucha armada contra el franquismo, preconizada por el Partido Comunista de España (m.l.) y todos los revolucionarios y auténticos patriotas en el marco del F. R. A. P.

Sus bases son:

1. -La guerra no ha terminado, no es un simple hecho histórico y hay que prepararla y reemprenderla de nuevo, lo antes posible.

2. -El régimen actual continúa siendo un régimen fascista, y la democratización de España sólo podrá lograrse mediante la insurrección armada y la guerra popular que derrocará al franquismo y expulsará al imperialismo yanqui de España.

Como consecuencia de todo ello, hay que lograr la unidad de todas las clases y capas populares para derrotar a las clases opresoras que sostienen a Franco, o pretenden darle la fachada de la "liberalización", y arrojar al imperialismo yanqui de España, principal sostén de la dictadura de la oligarquía, e impedir la creciente influencia a través de sus agentes carrillistas del socialimperialismo ruso. No puede haber ningún compromiso con quienes se levantaron contra el pueblo en 1936, o sus continuadores, por más caretas que se pongan ya que su naturaleza no ha cambiado.

Es preciso emprender de nuevo la guerra revolucionaria y de independencia nacional, y llevar la lucha de clases hasta sus últimas consecuencias. Si aplicamos el método de análisis científico marxista-leninista, como en el caso de la "reconciliación nacional", veremos claramente que esta es la única política justa y que conduce a la victoria, mientras que la "reconciliación nacional" de Carrillo y comparsas es incorrecta y conduce a la conciliación de clases y a la derrota.

Al analizar nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, los autores "marxistas", españoles y extranjeros, no han pasado de relatos anecdóticos contando el heroísmo colectivo del pueblo o individual de tal o cual persona (8). Estos relatos suelen ser, en su mayoría, muy superficiales y carentes de un verdadero análisis científico, dialéctico, y aunque en algunos casos se pretende sacar conclusiones, en ninguno se llega al fondo de la cuestión. Un segundo tipo de autores ha tratado la guerra revolucionaria contra el fascismo del 36 al 39: son los anarquistas y los trotskistas, que tergiversan los hechos descaradamente, sacan conclusiones amañadas (aunque adornadas con una vacua palabrería pseudo revolucionaria) en un afán de denigrar al Partido Comunista de Jose Díaz y, en fin de cuentas, ayudan a la reacción; y, por último, quedan los "neutrales objetivistas", que no hacen mas que contar la guerra episódicamente y, como es natural, desde un punto de vista burgués o pequeño burgués sin la menor tentativa de análisis o profundidad (9). Por supuesto, no hay que nombrar a los autores fascistas que, naturalmente, tergiversan y mienten a más y mejor. Harto conocida es la forma en que los fascistas "hacen" la historia.

Como es natural, los autores que tratan sobre nuestra guerra lo hacen desde su posición política e ideológica. Para los anticomunistas, la guerra se perdió, en gran parte, por causas ajenas a la propia España, principalmente por el Partido Comunista que "impuso" su política y sus métodos y frenó la "revolución social", haciendo el juego a Stalin (1). Claro está que todo eso es falso y producto de mentes reaccionarias. Con esas "tesis" hacen el juego del franquismo, tergiversando y calumniando malévolamente el papel del Partido Comunista de España en la guerra. En cuanto a los revisionistas (ya sean de la banda de Carrillo-Ibárruri, o "independientes"), consideran la pérdida de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo como una fatalidad: porque la correlación de fuerzas internacionalmente no permitía ganarla; porque nuestros aliados, las capas revolucionarias de la pequeña burguesía y los anarquistas, desviaron la lucha para, finalmente, traicionarla, etc. Estas "explicaciones" de los revisionistas encierran conceptos claramente burgueses y reaccionarios, y desnaturalizan también la heroica lucha del pueblo español y de los comunistas españoles. Hay que preguntarles a esos señores, ¿por que el Partido, vanguardia del proletariado y médula de la lucha no impidió la traición de algunos de nuestros aliados?, ¿que errores políticos, estratégicos y tácticos cometió el Partido que no le permitieron impedir los manejos y vacilaciones de la pequeña burguesía, pese a su influencia entre las amplias masas?

Naturalmente, los revisionistas no han respondido ni responderán jamás a estas preguntas; no pueden hacerlo pues han dejado de ser comunistas desde hace muchos años. Además, otro de los tópicos, o "explicaciones", dado por los Carrillo y cía. para justificar la pérdida de la guerra es el de achacar todo a la intervención nazifascista internacional, a las tropas de Hitler y Mussolini. Ante los fracasos debemos buscar nuestras fallas pues estas son las causas de aquellos. La realidad es que nadie ha hecho esto todavía. Nuestro deber, en tanto que comunistas marxistas-leninistas, es el de iniciar esta crítica que nos permita sacar enseñanzas y presentar ante las masas revolucionarias españolas, que inician un nuevo auge de la revolución, la experiencia de nuestros aciertos y errores, para que ellas mismas puedan juzgar nuestro papel y comprender el daño que las desviaciones pequeño-burguesas causaron al pueblo español.

Pero para lograr un análisis así no basta con conocer los hechos y subjetivamente sacar conclusiones, eso sería un método metafísico reñido con la dialéctica marxista-leninista. Tenemos no sólo que conocer los hechos, hay que estudiarlos y luego analizarlos dentro del contexto de la situación histórica en que ocurrieron, y a la luz de las experiencias anteriores y posteriores de nuestra guerra, tanto nacionales como internacionales. Tenemos que ser honestos, señalar con justeza no sólo las fallas de nuestros aliados, sino también las nuestras porque en ellas, sin lugar a dudas, hemos de encontrar los motivos fundamentales de nuestros fracasos. Si no somos honrados, si tratamos de olvidar nuestros errores, no conseguiremos nada positiva Pero tampoco sería dialéctico agrandar nuestros errores hasta convertirlos en algo inconmensurable que negara el papel del Partido. Esto sería un error tan craso como el anterior e incluso nos llevaría a menospreciar el papel del Partido y a la conclusión, reaccionaria y pequeño-burguesa, de que éste fue un estorbo e, inclusive, que en los momentos actuales lo sigue siendo. Esto sería negar el marxismo-leninismo, negar el papel dirigente del Partido y de la clase obrera, sería el peor error que se puede cometer y la ayuda más grande que se prestaría al franquismo y al imperialismo.

El Partido nace y se desarrolla en la sociedad capitalista, lo que hace que en su seno se reflejen, a veces intensamente, las contradicciones y luchas de la sociedad que le engendró. Por lo tanto, las ideas erróneas, no proletarias, aparecen en su seno y están en una constante lucha a muerte con las ideas correctas, las proletarias. En el curso de esta violenta lucha, hay veces en que las ideas erróneas, por diferentes causas adquieren preponderancia y entonces el Partido comete errores, sufre pérdidas y tiene derrotas. Aunque la línea general sea correcta y siga una política justa de

principios, pueden aparecer desviaciones de todo género de "izquierda" o de derecha, que hagan cometer errores. Si la lucha ideológica en el seno del Partido no es firme, es entonces posible que estas ideas erróneas se desarrollen hasta convertirse en predominantes o hasta hacer cometer errores que llevan hasta el fracaso. De ahí que la lucha interna en el seno del Partido sea imprescindible y el método para llevarla a cabo es el de la crítica y el de la autocrítica. Solamente mediante esa lucha (crítica y autocrítica), se pueden evitar las desviaciones y por ende los fracasos. El Partido Comunista, como partido de la clase dirigente de la revolución (el proletariado en íntima alianza con el campesinado pobre), y por tanto como vanguardia de todo el pueblo, tiene una gran responsabilidad en el desarrollo triunfante de la revolución y, por tanto, sus fallas repercuten en la marcha de ésta.

Hoy podemos analizar y sintetizar las causas que motivaron nuestra derrota y ver con claridad las fallas que se cometieron, pues no sólo contamos con nuestra propia experiencia (positiva y negativa), sino también con la de otros pueblos que obtuvieron la victoria. Concretamente contamos con la rica experiencia de la lucha del pueblo chino bajo la dirección del Partido Comunista, encabezado por Mao Tse Tung. También tenemos las lecciones y experiencias de la liberación y revolución de Albania, cuyo pueblo, dirigido por el P.T.A. encabezado por Enver Hoxha, supo llevar a cabo la lucha armada, no sólo contra los reaccionarios locales, sino también contra los invasores fascistas italianos y los nazis alemanes, librando su país basándose en sus propias fuerzas e incluso contribuyendo eficazmente a la liberación de amplias zonas de Yugoslavia (10). Al mismo tiempo, son de gran validez para el futuro las ricas enseñanzas que nos brindan las luchas de los pueblos de Vietnam, Camboya y Laos.

La principal enseñanza que se saca de estas luchas es que un pueblo pequeño puede triunfar, por grande y poderoso que sea el enemigo, si se atreve a luchar, persevera en su lucha y no depone nunca las armas una vez empuñadas hasta la victoria. El valor para iniciar y continuar la lucha armada es un ingrediente fundamental que debe tener todo pueblo que quiera hacer la Revolución y en primer lugar la clase obrera y su partido comunista. Quien no se atreve a luchar por miedo a las dificultades, empuñando las armas cuando sea preciso, nunca alcanzará la victoria.

Al analizar nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, no debemos caer en los esquemas ni tomar superficialmente experiencias extranjeras para acomodar nuestra guerra a ellas, pues si bien en esas experiencias encontramos lecciones de valor universal, otras son producto exclusivo de condiciones y situaciones diferentes a las nuestras. Si pretendemos ceñirnos estrictamente a experiencias extranjeras y decir que fuimos derrotados por no haber hecho exactamente lo mismo, no seríamos más que simples mecanicistas y cometeríamos un grave error. Debemos saber extraer de esas experiencias lo universal y dejar de lado lo particular. El marxismo no es un dogma, sino una guía para la acción, dijo Lenin. Y, posteriormente, Mao Tse-Tung añadió:

"La teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin es aplicable universalmente. No hay que considerarla como un dogma, sino como una guía para la acción. .

. . . No sólo hay que comprender las leyes generales establecidas por Marx, Engels, Lenin y Stalin como resultado de su estudio extensivo de la vida real y de la experiencia revolucionaria, sino también aprender la posición y el método que adoptaban al examinar y resolver los problemas". ("El papel del Partido Comunista de China en la guerra nacional").

Esto es de vital importancia para la lucha revolucionaria y para hacer cualquier análisis. Precisamente las experiencias a las que hacíamos mención antes, tuvieron éxito porque los partidos comunistas de esos países supieron integrar la verdad universal del marxismo-leninismo a la situación concreta de sus respectivos países.

En eso estuvo, sin lugar a dudas, la base de su éxito. Muchas han sido las experiencias de esta especie que los pueblos han obtenido desde la Revolución de Octubre dirigida por Lenin: la guerra agraria, de resistencia y de liberación de China; el triunfo de la lucha del heroico pueblo albanés; las actuales luchas armadas y de liberación nacional de distintos países. El carácter de todas estas luchas está determinado esencialmente por el papel que desempeña el Partido y la ligazón de este con las masas populares. Este es un aspecto de la universalidad del marxismo-leninismo.

* * *

¿Cuáles fueron las causas determinantes de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo no alcanzara la victoria?

Las causas nacionales fueron diversas, pero las principales son:

- La Guerra y el Frente Popular estuvieron dirigidos en lo fundamental por la media y la pequeña burguesía, y no por la clase obrera y su Partido.

- Hubo una concepción estática, por parte del Partido Comunista, de la unidad y del desarrollo de la unidad en el marco del Frente Popular. Este desenfoque impidió analizar correctamente situaciones políticas complejas que se produjeron a lo largo de la Guerra, y por tanto a no dar justas soluciones a las mismas.

- No se estableció una táctica militar adecuada al carácter de la guerra. Así, no se organizó ampliamente destacamentos guerrilleros armados en el campo y la retaguardia del enemigo, pese a las tradiciones de lucha guerrillera que históricamente ha tenido nuestro pueblo. Esta deficiencia política y militar fue decisivamente negativa en los momentos más críticos de la guerra, y por ello no se logró movilizar a fondo para la lucha armada a las amplias masas de la ciudad y del campo en todo el territorio, especialmente en el ocupado por el enemigo fascista.

Entre las causas internacionales, podemos citar:

- Ascenso del fascismo en Europa.
- Apoyo a los sublevados fascistas por parte de los países capitalistas de Europa y los EE. UU. y boicot de hecho a la República mediante la "no intervención", que dejaba las manos libres a Hitler y Mussolini para apoyar a los sublevados fascistas.

CAPITULO II

Situación política de España de 1931 a 1936.
Causas inmediatas de la sublevación fascista.



España es un país en el que la burguesía no llegó nunca a realizar plenamente su propia revolución, debido a diversos factores de orden histórico, económico y social (11). De manera sucinta cabe señalar que la antinacional y antipopular política que en todo momento aplicaron las castas dominantes de la nobleza feudal y los monarcas reinantes, llevaron a España a una situación de empobrecimiento, de agotamiento económico (debido a las guerras de conquista y colonización, etc.) y de falta de desarrollo en el terreno técnico y científico.

Cuando en otros países de Europa (principalmente en Inglaterra, Francia y Bélgica), las burguesías nacientes luchaban con éxito contra las castas feudales y lograban imponerse como clases nacionales dirigentes, España seguía ferozmente dominada por las degeneradas y retrógradas castas feudales de la nobleza y del clero. Por no tener, pues, la energía necesaria, ni dinamismo, ni una base técnico-económica propia, la naciente burguesía española fue incapaz de entrar en liza en los siglos XVIII-XIX con la fuerza necesaria frente a las pujantes burguesías de otros países europeos, las cuales habían logrado llevar a cabo con éxito su propia revolución política e industrial.

Entre 1808 y 1934, la burguesía española hizo varios intentos por imponer su hegemonía, pero las castas dominantes obstaculizaron por todos los medios el progreso y el desarrollo de las fuerzas productivas del país y se opusieron ferozmente a las transformaciones económico-sociales que hubieran sido necesarias para asegurar el desarrollo de esas fuerzas productivas en general.

De otro lado, la burguesía española que se desarrolló con varios lustros de retraso respecto a las de los principales países europeos, carecía también de vigor por el hecho de no buscar el

necesario apoyo de las masas populares de la ciudad y del campo, con lo cual la burguesía quedó aislada y sola frente a la reacción feudal y al dominio del capital extranjero, inglés y francés en particular. Además, en gran número de casos, la alta burguesía contrajo alianzas con las clases feudales, lo que contribuyó en no poca medida a impedir su desarrollo y a desplegar un espíritu independiente en tanto que clase.

Salvo en el caso de algunas personalidades de sentimientos patrióticos y avanzados, la alta burguesía (entremezclada en gran parte con las castas feudales), tampoco mostró interés por el desarrollo económico, técnico e industrial del país, ni se esforzó eficazmente por cambiar la base de las estructuras económico-sociales, ya que había encontrado el modo de enriquecerse cómodamente efectuando importantes negocios financieros vinculándose al capital extranjero, al que fueron entregando (en beneficio propio, pero en detrimento de los intereses del pueblo y de la nación), gran parte de nuestras riquezas, particularmente minerales, y facilitando inversiones de capitales extranjeros en las mismas condiciones que en los países colonizados.

No es difícil, pues, comprender que en estas condiciones, esa burguesía endeble y sin verdadera entidad propia, haya siempre mirado más hacia "arriba" que hacia "abajo".

Podemos, además, decir que "nuestra" burguesía -incluida su ala progresista- a lo largo de su historia no ha sabido aprender de sus errores pasados, errores consistentes fundamentalmente en no apoyarse en el pueblo y colocarse a la zaga de la reacción, errores que ha vuelto a repetir, no sólo en 1931, sino también en 1936.

En 1931 la descomposición y las insolubles contradicciones de la oligarquía financiera y terrateniente permitieron a la pequeña y media burguesía, gracias fundamentalmente a las luchas populares que se habían desarrollado en todo el país desde principios de siglo, tomar de manera pacífica el poder a raíz de las elecciones del 13 de abril de 1931, cuando se proclamó la II República. Pero, una vez más y debido a las características ya señaladas, las clases medias burguesas se mostraron vacilantes y respetuosas hasta el extremo de los privilegios económicos, políticos y sociales de las castas reaccionarias; una vez más mostraron su temor al pueblo y su vacilación para llevar a cabo su propia revolución.

Siguieron estando en las manos de los generales de casta los principales mandos del Ejército, los puestos clave del aparato estatal, de la administración y de la justicia, sin hablar de los factores básicos de la economía: la tierra, los grandes bancos y otras empresas de importancia nacional. La tímida reforma agraria que se promulgó en 1932 sólo afectó a una ínfima parte de las tierras de latifundio y a unos cuantos miles de entre los millones de jornaleros y campesinos pobres. Además la burguesía fue incapaz en este periodo de adoptar medidas necesarias para poner fin al sabotaje que, en todos los órdenes, llevaban a cabo las fuerzas reaccionarias contra el nuevo régimen republicano. Los esfuerzos de la reacción por sembrar el desorden y el caos provocaron la justa cólera de las masas populares, pero el timorato gobierno republicano no sólo no intervenía contra el criminal comportamiento de estas castas, sino que, por el contrario, reprimía en muchos casos ferozmente las huelgas y las luchas populares.

Desgraciadamente, en este periodo del que nos ocupamos, la clase obrera estaba profundamente dividida Y, en su mayor parte bajo la influencia de las ideas socialreformistas y anarquistas. Las masas trabajadoras estaban encuadradas de manera general en las dos grandes centrales sindicales: la Unión General de Trabajadores (UGT) y en la Confederación Nacional del Trabajo (C N,T) (12).

El Partido Comunista, que sólo después del IV Congreso (1932) encabezado por José Díaz había comenzado a aplicar una línea política que en lo esencial se había desembarazado del oportunismo de derecha y de "izquierda", no era aún lo suficientemente fuerte ni contaba con la necesaria influencia en el seno de la clase obrera para colocarse a la cabeza de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, ni para orientar y dirigir el movimiento revolucionario en aquellos momentos. Además, las masas populares revolucionarias tenían que aprender, también por su propia experiencia, la necesidad de unirse bajo una ideología revolucionaria, de clase. Por eso, cuando en 1933 la reacción tomó de nuevo las riendas del Poder político (el "bienio negro"), debido en primer término a la incapacidad de la media y la pequeña burguesía, el proletariado fue víctima una vez más de la más feroz represión y explotación, y se levantó, en octubre de 1934, con las armas en la mano, colocándose a la cabeza de la lucha contra las fuerzas reaccionarias.

En Asturias, el levantamiento popular revolucionario de 1934 adquirió características de verdadera guerra civil. Las masas revolucionarias asaltaron los depósitos de armas y los cuarteles de Sama, Trubia, Gijón y La Felguera. Y si bien en Madrid, Barcelona y otras ciudades donde se habían producido también levantamientos, estos fueron aplastados con relativa prontitud, en Asturias las masas proletarias en armas resistieron valerosamente durante varias semanas, pese al gran número de fuerzas de la Legión y de tropas mercenarias moras (al mando del criminal Francisco Franco).

Pese a la feroz represión policíaca del reaccionario gobierno de Gil Robles, el Partido Comunista alentó y movilizó a las masas revolucionarias en acciones unitarias de toda clase, creando así las condiciones concretas para la formación del Frente Popular, en el que participaron junto con el Partido Comunista, los socialistas y los partidos republicanos de la pequeña y media burguesía.

Los justos y tenaces esfuerzos del Partido Comunista desempeñaron un papel decisivo en la constitución del Frente Popular antifascista. Sin embargo, debido de un lado a la división de la clase obrera (dada la fuerte corriente socialreformista y anarquista en su seno), y de otro a su propia debilidad, el Partido no desempeñó el papel de dirigente de la clase obrera y de las fuerzas antifascistas, pese a que las elecciones de febrero de 1936 constituyeron una aplastante victoria contra los partidos de extrema derecha y de la reacción.

En el nuevo gobierno republicano que se constituyó a raíz de las elecciones de febrero de 1936 los representantes de los partidos republicanos burgueses asumieron de nuevo exclusivamente, el poder político, y la clase obrera, que había sido el artífice fundamental de la victoria del Frente Popular, no tuvo suficiente fuerza, dada su división, para asumir en esos momentos la dirección del nuevo gobierno (13).

Una vez más, los representantes de la media y la pequeña burguesía, pese al entusiasmo revolucionario popular que desencadenó el triunfo del Frente Popular, volvieron a su política de vacilaciones, de concesiones a la reacción y de falta de decisión para adoptar las medidas que exigía la situación y que reclamaban las masas revolucionarias. A este respecto José Díaz señaló que:

"Desgraciadamente, vimos que el 16 de febrero, tampoco se tomaron las medidas necesarias. ¿Por qué? Porque nuestro Partido no era suficientemente fuerte para imponer esas medidas".

Pero por su parte, las fuerzas de la reacción, si bien habían sido derrotadas en las elecciones, no por eso se dieron por vencidas y, al amparo de la actitud pasiva del gobierno republicano burgués,

comenzaron febrilmente y sin recatos a organizar su revancha. La inconsecuencia y falta de lucidez de la pequeña y media burguesía, una vez más, así como su temor al pueblo (sin olvidar la división de la clase obrera, mantenida por los socialistas de derecha y los anarquistas) favoreció al fascismo español y le facilitó la agresión contra el pueblo.

En 1936 inspiraban y apoyaban a las fuerzas fascistas españolas la Alemania nazi de Hitler y la Italia fascista de Mussolini, y las fuerzas reaccionarias de las llamadas democracias occidentales, interesadas también en evitar el desarrollo de la revolución popular en España (14).

Pero el gobierno republicano burgués, pese a las repetidas y detalladas advertencias del Partido Comunista, acerca de los manejos y complots que estaban tramando los militares traidores y las castas clericalfascistas, apoyadas por el nazi-fascismo, nada hizo por evitar la agresión que todo el mundo veía llegar. Su ceguera política y su incapacidad sólo pueden compararse al miedo cerval que sentían por el pueblo. La historia demostró el 18 de julio de 1936, cuando finalmente se produjo la agresión de las fuerzas reaccionarias y la intervención del nazi-fascismo internacional, que "nuestros" burgueses liberales mejor hubieran hecho en temer menos al pueblo y más a la reacción.

CAPITULO III

La guerra nacional revolucionaria contra el fascismo.



La marea revolucionaria estaba ya en auge; se había logrado un gran triunfo popular en las elecciones de Febrero de 1936, tras duras y sangrientas batallas, arrebatando el Poder político a las fuerzas retrógradas que habían logrado apoderarse de él durante el "bienio negro". Estos combates tuvieron la virtud de fortalecer la conciencia de las grandes masas proletarias, campesinas y otras capas pequeñoburguesas, así como su decisión de lucha; y como consecuencia de todo ello, se había alcanzado una cierta unidad con la creación del Frente Popular.

Frente a esto, estaban las fuerzas más negras de la reacción española: la oligarquía financiera y terrateniente, apoyada por la Iglesia y el Ejército de casta. Los partidos políticos que representaban estas fuerzas(15), después de su derrota en las elecciones de febrero de 1936, se habían reagrupado ante el peligro que representaba para sus intereses y su existencia el auge revolucionario. La brigadilla de choque terrorista de estas fuerzas era Falange Española, compuesta fundamentalmente por pistoleros de las clases poseedoras y del hampa, inspiradas por la ideología nazi. El Gobierno de Azaña, surgido de las elecciones de febrero del 36, había quitado el poder político a estas fuerzas reaccionarias, pero no se atrevió a quitarles el poder económico y aún se mantenían en muchos puestos de mando; por ejemplo, la Iglesia había sido golpeada, pero no se le había quitado el poderío económico ni el político; el ejército seguía mandado por los generales más reaccionarios; los tribunales continuaban manipulados por los magistrados pertenecientes a esas clases reaccionarias que, además, estaban apoyadas por el fascismo y la reacción internacionales.

Tal era la situación, cuando en julio de 1936 se produjo la sublevación del conjunto de las fuerzas reaccionarias españolas en apoyo al Ejército faccioso. Este hecho marca un viraje en el curso de la revolución española. Nuestra revolución rompe el viejo marco de su carácter de revolución democrático-burguesa para convertirse en parte de la revolución socialista mundial: al no obtener el

éxito inmediato la sublevación fascista, gracias a la heroica resistencia que le opusieron las masas populares.

El Partido Comunista tomó conscientemente sus responsabilidades y propugnó el mantenimiento del Frente Popular como la única forma (en aquellos momentos iniciales de la guerra nacional revolucionaria contra el fascismo) de enfrentarse a la reacción. Su posición fue correcta, ya que a la coalición de las fuerzas reaccionarias internas, ayudadas por las internacionales, no había mas forma de oponerse que con la unidad de todas las fuerzas revolucionarias populares. Ante el enemigo común sólo había esa salida. Con la sublevación fascista, el 90 % de los órganos de Poder se pasaron al enemigo y el pueblo en armas tomó la dirección del Estado (del que la pequeña y media burguesía habían utilizado el aparato estatal sin quebrantarlo) y dando nacimiento a nuevas e incipientes formas de poder popular de muy diversas características, debido en gran parte, a la heterogeneidad del Frente Popular y a que todavía se mantenía una cierta división entre la clase obrera, pese a los esfuerzos que realizó el Partido y que se plasmaron, sobre todo, en la unión de las Juventudes Socialistas con las Juventudes Comunistas en la J.S.U. y en la constitución del Partido Socialista Unificado de Cataluña (P.S.U.C.) (16).

En las zonas donde fue aplastada la sublevación fascista, el Poder republicano tomó sus propias características. En las otras imperaba el terror fascista más bárbaro y sanguinario (17). En aquellos momentos, la política del Partido Comunista fue justa y se basaba en el fortalecimiento del Frente Popular para resistir a la agresión fascista. Esta política fue correcta y la única que podía llevar a la victoria. Por otro lado, es también en esos momentos cuando nuestro Partido adquiere mayor prestigio y fortaleza debido a su justa línea política, a su decisión y heroísmo para aplicarla, a su capacidad de organización y a ser el primero en combatir al fascismo. El Partido se colocó así a la cabeza de la revolución y de la guerra, lo que, lógicamente, le puso ante nuevas e importantes tareas, tanto políticas como estratégicas y tácticas, y sobre todo, ante la necesidad de una justa política de alianzas.

¿Cuales fueron los principales errores del Partido en el transcurso de la guerra con relación al problema de la política de alianzas? Podemos resumirlos en los siguientes; el Partido, pese a tener una política general correcta y desempeñar un papel heroico en nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, cometió graves errores derechistas, que a la postre se fueron profundizando hasta convertirse algunas veces en claudicaciones y ser factores más o menos importantes de la derrota. Los principales fueron:

- 1.- Aferrarse a las instituciones republicanas y no promover nuevas formas de Poder que surgieron.
- 2.- Pérdida de la independencia en el seno del Frente Popular y querer hacerlo todo a través de él.
- 3.- Ir a la zaga de la pequeña burguesía.
- 4.- Abandonar la retaguardia, no disponer de fuerzas armadas bajo su control, ni desarrollar la lucha guerrillera.
- 5.- No haber exigido con la necesaria fuerza una consulta popular en los momentos oportunos.
- 6.- Temor y conciliaciones ante las llamadas democracias occidentales.

* * *

1.- AFERRARSE AL LEGALISMO REPUBLICANO Y NO APROVECHAR LAS NUEVAS FORMAS DE PODER SURGIDAS DE LAS MASAS.

Hubo en general durante toda la guerra, y en particular en la primera fase de la misma, una atomización del Poder que dadas las circunstancias causó graves perjuicios a la causa popular. El que cada partido tuviera sus órganos de Poder, el que en cada provincia o región hubiera distintas formas de régimen político y social, sin que el Partido supiera aprovechar el anhelo común al pueblo de resistir al fascismo, obstaculizó esa misma resistencia. Nominalmente, todos se sometían al Poder popular (el Gobierno de Frente Popular), pero la verdad es que ese Gobierno tenía escasa autoridad, por no decir ninguna. Se planteaba la contradicción entre la necesidad de un Frente y un Gobierno único, por un lado, y los intereses de grupo, de clase, por otro. Pero el Partido no supo solucionar en ningún momento esa contradicción.

El pueblo en armas supo darse nuevos y variados órganos de Poder. Pero debido a la desunión y a la influencia socialreformista que aún prevalecía en la clase obrera, y por la indecisión del Partido, cayeron bajo la influencia pequeñoburguesa, en general. El surgimiento de los comités revolucionarios populares, en todas las regiones y zonas republicanas, fue algo muy positivo, porque suplantaban a las autoridades centrales (de la media y la pequeña burguesía), ineficaces y pasivas frente a la contrarrevolución e incluso, a veces, traidoras. A través de esos comités revolucionarios las masas demostraban su deseo de organizarse para resistir al fascismo; sin embargo, dichos comités no eran unitarios, lo cual permitió la atomización y el cantonalismo que se produjo frecuentemente. El Partido no supo en esas circunstancias superar la atomización y la desunión. Hubiera sido preciso desarrollar esos comités revolucionarios, transformando su contenido, prestarles todo el apoyo necesario (preocupándose menos de la "legalidad" pequeñoburguesa), impulsarlos, encabezarlos y orientarlos por un camino unitario, revolucionario, de Poder popular. En vez de eso, el Partido se aferró a las viejas instituciones republicanas **SOBREPASADAS POR LOS MISMOS ACONTECIMIENTOS**, con lo cual hizo el juego a los titubeos y temores de la pequeña y media burguesía y causó un gran mal a la causa popular. A todo lo largo de la guerra, hasta los últimos momentos veremos que el Partido no supo entender claramente cual era su verdadero papel y que, por el contrario (nos referimos a la cuestión del frente unido) entendió de una forma estrecha, legalista, estática, sin movimiento, la legalidad republicana.

El Gobierno republicano era producto de una revolución democrático burguesa de VIEJO TIPO, y de una clase vacilante, que no logró nunca llevar a cabo su propia revolución. Por lo tanto, sus órganos de Poder eran la expresión misma de sus propias vacilaciones, inestabilidad y desconfianza hacia el pueblo. Resulta evidente que la pequeña y media burguesía fue incapaz de desempeñar el papel dirigente de la lucha popular contra el fascismo y ello por su propia naturaleza e intereses de clase.

Es cierto que, en los primeros momentos de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, había que acabar con el desorden inicial y que había que crear una autoridad centralizada de genuino Frente Popular, que había que luchar por la legalidad del gobierno republicano, mas el impacto mismo de la sublevación fascista y el auge revolucionario de las masas, destrozaron rápidamente gran parte de lo existente. Por lo tanto, la tarea era, en el marco de la legalidad republicana (pero una legalidad dinámica, en evolución), crear nuevos organismos de Poder que permitieran canalizar el entusiasmo revolucionario. Los viejos organismos eran inservibles para la revolución y el aferrarse a ellos, como lo hizo el Partido, impidió a la clase obrera y a su Partido de vanguardia tomar la dirección de la guerra y de la revolución. Mao Tse-Tung ha criticado (véase su

genial obra "*La independencia y la autonomía en el seno del Frente Unido*", escrita en 1938), esa falsa concepción de "*hacerlo todo a través del Frente Unido*", en la que el Partido incurrió continuamente:

"... no se debe, en aras de la cooperación y de la unidad con las demás fuerzas del Frente, sacrificar los derechos esenciales sino, por el contrario hay que mantenerlos firmemente, aunque se les marquen ciertos límites..."

El Partido Comunista se aferró, en la mayor parte de los casos, a la "legalidad" para no asustar a la pequeña burguesía aliada y para obtener el apoyo de las mal llamadas democracias occidentales. Incurrió además en el grave error de despreciar las formas de poder que surgieron durante la lucha; y para mantener la "unidad" perdió su independencia e hizo dejación de sus derechos esenciales, de su política y principios.

Un ejemplo patente de la importancia de esas nuevas formas de Poder en el curso de la lucha, lo tenemos con la Junta de Defensa de Madrid. En la heroica defensa de nuestra capital (que llenó de asombro y admiración al mundo entero), desde la iniciación de la ofensiva franquista en Extremadura hasta su rechazo en las puertas de Madrid quedó demostrado que tanto la anarquía reinante como las viejas instituciones republicanas eran inoperantes y perjudiciales para detener al enemigo. En esos momentos graves, cuando el pueblo y la revolución estaban en inminente peligro, el Partido tuvo una posición no solamente justa, sino de gran visión histórica con respecto a su papel.

Sin preocuparse para nada de si su actuación podía o no disgustar a nuestros aliados, tomó decisiones propias que dieron como resultado la primera derrota del fascismo. No cabe duda de que la creación del Quinto Regimiento marcó un viraje en el curso de la guerra que sin el hubiera terminado en aquellos días. El Partido Comunista, ante la cobardía e inconsecuencia de los demás partidos políticos, no sólo creó la fuerza armada capaz de enfrentarse al ejército fascista, sino que forjó el propio órgano de Poder popular que lo dirigiera: la Junta de Defensa. Así logro ser el dirigente de la defensa de Madrid y esta fue la causa (política y militar) de que las hordas del fascismo nacional e internacional mordieran el polvo en los suburbios madrileños. Sin la Junta de Defensa y sin el Quinto Regimiento dirigidos por el Partido, no hubiera habido (o hubiera sido muy escasa) resistencia en Madrid.

Pero ese magnífico ejemplo de Madrid no supo ser comprendido por el Partido en toda su amplitud. Se tomó como algo circunstancial, sin ver en él el núcleo de la futura estructura política que nos permitiría ganar la guerra y que era además extraída de la práctica viva y creada por las propias masas revolucionarias bajo la dirección del Partido. En vez de aferrarse a ello, en lugar de impulsar esa experiencia y extenderla por toda España, por temor a las fuerzas pequeñoburguesas la dejó languidecer hasta su extinción, privando así al pueblo de la forma más genuina de Poder popular que se había dado.

¿Por que se hizo esto? El Partido, imbuido de "legalismo" republicano no comprendió que el ejemplo de la Junta de Defensa de Madrid podía dar a España una legalidad popular dentro de los marcos de la legalidad y del Frente Popular y, por temor a romper ese Frente, claudicó y pretendió dar esa cohesión que tenía la Junta de Defensa, al propio Gobierno pequeñoburgués en el que el Partido no detentaba mas que puestos secundarios. Solamente si se hubiera extendido la experiencia de Madrid, se hubiera podido conseguir que ese Gobierno dejara de ser pequeñoburgués y fuera de hecho dirigido por el proletariado. Un gran número de "juntas de defensa" habrían dado como resultado un nuevo gobierno que sin salirse de la legalidad republicana habría contado con un amplio

apoyo popular y una dirección proletaria. Es cierto que se intentaron crear comités de Frente Popular, pero se concibieron siempre como yuxtaposiciones a los órganos de Poder republicano y nunca como parte del Poder mismo. Esto, debemos reconocerlo, fue un error del Partido, producto de algunas ideas derechistas sobre la política de alianzas que imperaba en cierto número de miembros de la Dirección.

Esa posición era el producto de una incompreensión del papel que debía desempeñar el Partido en esa etapa de la revolución (quien no comprendió nunca que debía ser el dirigente de la lucha), y de un temor a tomar responsabilidades y asustar a las otras clases, capas y partidos políticos aliados. Es cierto, como hemos dicho anteriormente, que era preciso acabar con el estado de desorden y anarquía reinantes al comienzo de la guerra. La política de los dirigentes anarquistas de crear formas de Poder ultraizquierdistas y de separar la revolución de la guerra, era perjudicial para el conjunto de la lucha. Igualmente ocurría con la política oportunista de Largo Caballero y sus partidarios, consistente en el "dejar hacer" y el poder personal. Pero a través de la lucha misma había que haber buscado nuevas formas de Poder popular en las que la dirección proletaria estuviese presente y no aferrarse a instituciones que en muchos casos frenaban la lucha y que estaban desprestigiadas. La tarea, pues, era la de encontrar en el propio desarrollo de la guerra revolucionaria contra el fascismo formas de Poder que fueran la representación genuina del Frente Popular y que tuvieran un verdadero carácter revolucionario. Desgraciadamente, el Partido no lo comprendió así y se aferró a las viejas instituciones tratando de reavivarlas (sin conseguirlo), y despreció formas jóvenes y llenas de vigor, como la Junta de Defensa de Madrid y los comités de Frente Popular, bien dejándolos morir o bien alimentándolos escasamente, con un estrecho sentido de su papel.

2.- PERDIDA DE LA INDEPENDENCIA EN EL SENO DEL FRENTE POPULAR Y QUERER HACERLO TODO A TRAVES DEL MISMO.

El Partido concebía al Frente Popular como el órgano de unidad que tenía que dirigir la guerra y la revolución, lo cual era correcto. Pero para que un frente unido juegue ese papel tiene que estar dirigido, en primer lugar, por la clase obrera y por su Partido de clase, pues sin eso es imposible lo primero. Sin embargo el Frente Popular fue una amalgama de tendencias con preponderancia pequeñoburguesa. En esa situación era erróneo tratar de hacerlo todo a través del Frente Popular, ya que no era posible imponer nuestras orientaciones. Por tanto, nuestra independencia en el frente era imprescindible, junto a la unidad. La defensa de Madrid lo demostró. Pero el Partido, sin tener en cuenta la experiencia madrileña, trató de hacerlo todo a través de dicho frente y con ello perdió su independencia Como resultado, muchas acciones imprescindibles que planteó el Partido no se llevaron a cabo y las consecuencias fueron desastrosas. En tales casos, como dice el camarada Mao Tse-Tung, "*debemos atacar primero, e informar después*". Este medio no sólo permite llevar a cabo esas tareas, sino que obliga a los otros a incorporarse a ellas. Un hecho patente lo tenemos, por ejemplo, con la creación del Quinto Regimiento. Si no se hubiera creado, esperando el consentimiento de las otras fuerzas aliadas, no se hubiera creado el Ejército Popular, y la guerra revolucionaria contra el fascismo no se habría realizado. Otro ejemplo lo tenemos con el problema de la creación de reservas para el Ejército popular en el que se incurrió en el error de esperar a que el Gobierno consintiera en ello. Como es natural, no se logró. En este caso vemos con claridad a donde conducía la pérdida de la independencia. En el Informe al Pleno del Comité Central, celebrado en Valencia en 1937, José Díaz dijo:

"Y si no lo comprenden quienes tienen el deber de comprenderlo, que nos den las facultades y la autorización necesarias y nuestro Partido se

compromete durante ese mes de que hablo a poner en pie esas reservas y entregarlas al Gobierno". (José Díaz, "Tres años de lucha", Pág. 301)

Naturalmente, el Gobierno no dio ni las facultades ni la autorización, y las reservas no se formaron. Esta es una demostración de la justeza de las palabras de Mao Tse-Tung sobre actuar primero e informar después. ¿Por que el Partido no creó esas reservas necesarias como hizo con el Quinto Regimiento? Si lo hubiera hecho, ¿se hubiera roto el Frente Popular? Indiscutiblemente, no. Dada la situación, el simple hecho de que se hubiera empezado a crear e instruir esas reservas, habría obligado al Gobierno a iniciar y aprobar la creación de las mismas. Mas el Partido no se atrevió a dar ese paso por miedo a romper el Frente Popular, lo que pone una vez más de manifiesto el concepto legalista y estrecho de hacerlo todo a través del Frente ó -lo que es peor- del Gobierno.

Esta tendencia de hacerlo todo a través del Frente Popular estuvo patente en todo el curso de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo y también emanaba de la incomprensión del Partido sobre su papel en el Frente. Y, además, era el fruto de una incomprensión de nuestra época:

" . . .hay dos tipos de revoluciones mundiales. La primera pertenece a la categoría burguesa o capitalista, la cual hace tiempo que se acabó: terminó desde 1914, cuando estalló la Primera Guerra Mundial imperialista, y particularmente en 1917, cuando tuvo lugar la Revolución de Octubre en Rusia. Desde entonces ha comenzado el segundo tipo de revolución mundial, la revolución mundial socialista proletaria...

...Poco importa, en los pueblos oprimidos, que clase, qué partidos o individuos participan en la revolución, y poco importa que sean conscientes, o no, de lo que acabamos de exponer, que lo comprendan, o no, basta con que se opongan al imperialismo para que su revolución sea una parte de la revolución mundial socialista proletaria...". (Mao Tse-Tung, "La Nueva democracia" 1940).

Efectivamente, desde 1917 toda revolución que se produce en el mundo forma parte de la revolución socialista mundial proletaria, incluso (como señala con agudeza Mao Tse-Tung) aunque sus participantes no lo comprendan. Es evidente que en esta situación, la dirección de la revolución corresponde a la clase obrera a través de su Partido Comunista. Comprender bien esto es de suma importancia para dirigir conscientemente cualquier revolución en la época actual. Hoy en día no son posibles las revoluciones burguesas o capitalistas (incluso en los países cuyas burguesías no han efectuado plenamente su propia revolución, como es el caso de España), ya que el imperialismo impide a cualquier burguesía desarrollarse e independizarse hasta hacer su propia revolución; y aún en el supuesto de que hubiera burguesías no ligadas al capital monopolista mundial (lo que es bastante raro y difícil hoy), los intereses del imperialismo van en contra del desarrollo independiente de las burguesías nacionales. Por lo tanto, seguir el camino de las revoluciones de viejo tipo (democrático burguesas), significa o la derrota o la traición de la revolución. Por eso, la clase dirigente debe ser el proletariado, sus objetivos la implantación de una dictadura de todas las clases progresistas dirigidas por la clase obrera, y su régimen una democracia popular, que conducirá inevitablemente hacia el socialismo. Es decir, que aunque el régimen surgido de la revolución es aún capitalista por su carácter, pues subsiste la propiedad privada sobre parte de los medios de producción, esta propiedad privada es constantemente reemplazada por las formas socialistas.

Los revisionistas del equipo de Carrillo vienen hablando hace tiempo con gran insistencia sobre el carácter que tenía el régimen establecido durante la guerra. Afirman a bombo y platillo que era una democracia popular.

Ibárruri dice:

"En la guerra y con el respaldo del pueblo en armas, la república democrático burguesa se transformó en una república democrático - popular, la primera en la historia de las revoluciones democráticas contemporáneas". ("El único camino", Pág. 460)

Si tal afirmación no fuera mas que un error producto de la ignorancia bastaría con decir que lo característico y primordial del régimen de democracia popular es la dictadura conjunta de todas las clases revolucionarias dirigidas POR EL PROLETARIADO a través de su Partido, el Partido Comunista, y así quedaría demostrada la falsedad de la afirmación de Ibárruri, ya que durante nuestra guerra la clase obrera junto con el campesinado pobre, a pesar de ser la fuerza propulsora y principal, no fue nunca la dirigente y el Partido jamás dirigió el Estado. Mas las afirmaciones de los revisionistas tienen fines ocultos. Al tratar de hacer pasar el régimen que existió en España durante la guerra revolucionaria contra el fascismo como una democracia popular, pretenden desnaturalizar el verdadero carácter que debe tener tal régimen. Considerando democracia popular a todo régimen democrático, se intenta desviar la atención de la clase obrera y desvirtuar su papel y el de su Partido para que se abandone la dirección del Estado y de la revolución a la media y pequeña burguesía. Este es el verdadero fin de la afirmación revisionista. Esta es la verdadera traición que encierra. Por eso afirman categóricamente lo anterior. En su afán de demostrar esta falsedad mezclan toda clase de incongruencias. Por ejemplo, el equipo revisionista afirma en su libro *"Guerra y Revolución en España"* que

"En toda revolución el problema fundamental es el del Poder, en manos de qué clase se encuentra el Poder y, en última instancia, quién tiene las armas. En España republicana, las armas estaban en manos del pueblo y con ellas no sólo apoyaban los órganos del Poder central, sino también los del Poder local" (Obra citada, Pág. 271)

Como se ve, aquí hacen una mezcolanza intentando demostrar su criterio y lo único que logran demostrar es... nada. Porque si bien la primera parte es justa (nadie va a negar que lo primordial de toda revolución es qué clase tiene el Poder), luego resulta que las armas las tiene el pueblo y en éste hay, muchas clases, de manera que decir Poder de "todo" el pueblo es como no decir nada. Ciertamente, las armas las tenía el pueblo, pero, ¿qué clase estaba en el Poder? El "pueblo" español eran republicanos pequeño-burgueses, socialistas, anarquistas, federalistas, nacionalistas catalanes y vascos comunistas, etc. Pero después de esto se sigue sin saber qué clase estaba en el poder; Mao Tse-Tung define claramente quién es el pueblo:

"El concepto de 'pueblo' tiene diferentes contenidos en los diversos países y en los distintos periodos de la historia de cada país..."

...el pueblo lo constituye todas las clases, capas y grupos sociales que luchan contra estos enemigos".

(Mao Tse-Tung, "Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo")

Sólo en mentes revisionistas el concepto "pueblo" se confunde con el de "clase"; los marxistas-leninistas por el contrario no equiparan nunca "pueblo" con "clase". El pueblo está dividido en clases y, es más, hay contradicciones entre ellas. Los señores revisionistas de Carrillo y compañía, tratan con sus afirmaciones de emborrachar la perdiz, pero sólo consiguen mostrarse como unos verdaderos renegados. Hay que decirlo con claridad: durante nuestra guerra no existió nunca un régimen de democracia popular, por la sencilla razón de que la clase obrera no fue la dirigente del Estado.

La incompreensión del Partido Comunista sobre la transformación del carácter de la revolución española es la base de toda una serie de vacilaciones y concesiones. Estas vacilaciones y concesiones (al alejarse José Díaz de la dirección del Partido, por su enfermedad), se acentuaron y se convirtieron en claudicaciones. No cabe la menor duda de que en el seno del Partido había una lucha entre dos líneas. Hasta que grado esa lucha era profunda, y quienes representaban exactamente las dos líneas es difícil determinarlo hoy con exactitud para quienes no estuvieron en la dirección en aquellos momentos. Pero por documentos de entonces, podemos ver ciertas manifestaciones de esa lucha de tendencias. Es muy revelador comparar lo que dice José Díaz a lo que expresa Ibarrruri:

"No puede haber paz mientras quede un sólo soldado de los ejércitos invasores pisando el suelo de nuestra patria. No puede haber paz hasta que sean definitivamente aplastados todos los enemigos y todos los que tratan de implantar en España un régimen fascista. No puede haber compromiso de ninguna suerte con los generales traidores a su patria, ni con el invasor extranjero".

(José Díaz, "Informe al Pleno del Comité Central, celebrado en Valencia los días 13 al 16 de noviembre de 1937")

"... el pueblo de España mira hacia nosotros y espera mucho de nosotros. Nuestra responsabilidad es un hecho histórico, ligado al desarrollo de nuestra revolución y de la guerra, al desarrollo de la historia de nuestro pueblo, es consecuencia directa del hecho que a la clase obrera de España incumbe el papel de dirigir a todo el pueblo por la defensa de la independencia nacional y la República democrática. Es necesario que nuestro Comité Central y todos los militantes del Partido comprendan bien lo que significa prácticamente, concretamente, esta responsabilidad".

(José Díaz, gravemente enfermo, no pudo asistir al Pleno del Comité Central celebrado en Madrid, en mayo de 1938. El párrafo citado es de la carta dirigió a dicho Pleno).

En esta carta se ve claramente cómo José Díaz llama al Partido a prepararse para tomar en sus manos la dirección del Poder, pues la necesidad histórica y la marcha de la guerra obligaban a que fuese el proletariado la clase dirigente. Esta carta de José Díaz, así como su discurso anteriormente citado, pone de manifiesto que había en el Partido una línea que comprendía el carácter de nuestra revolución.

Sin embargo, Dolores Ibárruri, hablando de los "13 Puntos" del Gobierno Negrin, dice:

"Si el Programa de los '13 Puntos' fue recibido con abierta hostilidad por los que en el campo republicano hacía tiempo que cerebralmente estaban junto a los que luchaban contra la República, en cambio en los frentes, donde a

cada momento se jugaba con la muerte, y entre las masas populares, fue aprobado con entusiasmo.

El pueblo y los combatientes sabían ya que no se luchaba a la desesperada y que el Gobierno estaba dispuesto a encontrar una salida honrosa a la guerra que no se cerraba el camino al compromiso que salvase vidas y garantizase el derecho del pueblo a expresar democráticamente su voluntad" ("El único camino". Los subrayados son nuestros).

Se puede apreciar claramente la diferencia entre este párrafo de Dolores Ibárruri y los anteriores de José Díaz. Ibárruri habla un lenguaje de compromiso, de derrota; José Díaz, uno de lucha, de victoria. ¿Estas apreciaciones de Ibárruri son ya manifestaciones que explican su actual posición contrarrevolucionaria? Todo parece indicar que así era. De lo que no cabe duda es de que la línea derechista triunfó en el Partido, como hechos posteriores lo han demostrado. Por no haber comprendido el carácter de nuestra revolución, y el papel que debía representar el proletariado y su Partido, la política de alianzas tuvo graves fallas. El planteamiento del fortalecimiento del Frente Popular era justo, ya que el carácter de nuestra guerra era el de una guerra justa contra un invasor extranjero y sus acólitos y compinches fascistas nacionales. Por lo tanto, el planteamiento básico de la línea política del Partido era correcto; sin embargo, el papel que tenía que desempeñar el proletariado y su Partido no fue claro y por eso el Frente Popular fracasó. En este aspecto, aparece ya una tendencia derechista a ir a la zaga de la pequeña burguesía. Como consecuencia de esto no se intentó nunca tener la dirección y en la práctica se cayó a veces en posiciones vacilantes y oportunistas. Los "13 Puntos" (30 de abril de 1938), por ejemplo, si bien tienen aspectos positivos y revolucionarios, también tienen aspectos negativos y de claudicación, pues son el reconocimiento en sí de la igualdad entre lo justo y lo injusto, y niega en parte las conquistas revolucionarias del pueblo, ya que olvidan la naturaleza del enemigo.

Pero si estos "13 Puntos" tienen un lado positivo, los posteriores "3 Puntos" (de Figueras, febrero 1939), son la total entrega y el reconocimiento de la derrota. Ambos fueron aprobados por el Partido (18). Por este camino de las concesiones se llegó a hacer declaraciones, como las que cita Dolores Ibárruri en "El único camino":

"Si el Gobierno estaba dispuesto a continuar la resistencia, el Partido Comunista lo apoyaría. Si estaba dispuesto a entablar negociaciones de paz, el Partido no sería un obstáculo" (Los subrayados son nuestros).

Esta declaración hecha por Ibárruri a Negrin muestra hasta dónde se rodó por la pendiente de la claudicación y el compromiso con el fascismo. Hasta aceptar la entrega de España al fascismo, todo ello en aras de sostener una alianza que al actuar así ya no tenía razón de ser ya que debía haberse transformado con arreglo a las necesidades de la lucha.

Al no entender el papel que el Partido tenía que jugar en el Frente Popular (es decir, el de dirigente), se pretendió mantener dicho Frente por medio de la claudicación y las concesiones en vez de fortalecerlo y desarrollarlo mediante la lucha. Un Frente Unido no puede subsistir mas que mediante la lucha, pues por intermedio de ella se une y refuerza en un proceso constante a su parte progresista, se atrae al centro y se logra aislar a los derechistas y desenmascarar a los agentes enemigos infiltrados en el Frente. Si no hay lucha, ideológica y política, en el Frente, son los derechistas quienes atraen al centro y aíslan a los comunistas y, por añadidura, el Frente Unido fracasa. Sin embargo, el Partido no tuvo en cuenta esto, no se dio cuenta que para vencer al enemigo y ampliar y consolidar el Frente era preciso mantener una continua vigilancia política y lucha en el

mismo. El Partido, por el contrario, siguió la política de "acabar" con las contradicciones en el Frente Popular (cosa imposible, por otra parte) mediante conciliaciones y concesiones de principios, en vez de superar las contradicciones mediante la lucha (incluso violenta, si era preciso) y de responder medida por medida, hasta alcanzar la dirección. Naturalmente, con tal política, el Frente se debilitó en vez de fortalecerse, pues todas las ideas derechistas y claudicantes crecieron y se desarrollaron y terminaron dando la puñalada por la espalda a la República y al pueblo.

Para conseguir fortalecer y ampliar un Frente Unido es preciso hacerlo mediante la lucha y para ello es preciso mantener la independencia dentro de él. No se puede claudicar y hacer concesiones importantes de principios a la derecha, pues eso sólo sirve para terminar con el Frente.

La clase obrera no pudo desempeñar el papel dirigente y al carecer de todo esto, el Frente Popular acabó desmoronándose. La historia ha demostrado como aquella política errónea condujo al debilitamiento del Frente Popular y no a su fortaleza, a la derrota y no a la victoria.

3. - LA UNIDAD DE LA CLASE OBRERA. UNA CONCEPCION OPORTUNISTA DE LA LUCHA POR EL PARTIDO ÚNICO DEL PROLETARIADO.

Es un hecho evidente que la desunión de la clase obrera española fue una de las causas fundamentales de la pérdida de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo. Su unidad para un hecho concreto (el aplastamiento inicial de la sublevación fascista), fue el factor decisivo de la victoria del 19 de julio de 1936, pero aquella unidad no estaba cimentada sólidamente, sino que se basaba tan sólo en el impulso de las masas que se lanzaron al asalto de los reductos facciosos sublevados.

La clase obrera española, desde su despertar, estuvo influenciada por ideas no proletarias. Tanto la socialdemocracia como el anarquismo, fueron las ideas predominantes entre el proletariado a través de su historia. Esas ideas de derecha y de "izquierda" le han inducido siempre a sufrir duros fracasos. El nacimiento del Partido Comunista arrancó de manos de las corrientes no proletarias a ciertos sectores conscientes de la clase obrera, mas no consiguió tener una gran influencia en las organizaciones de masas proletarias (sindicales), ni siquiera durante la guerra. Este hecho fue una de las causas fundamentales de que no se pudiera alcanzar la unidad de la clase obrera, ni siquiera ante la amenaza fascista y de subyugación nacional.

Pero si bien hubo causas objetivas que explican esta debilidad del Partido Comunista, el hecho de que a pesar de la indudable influencia que tenía como tal entre las masas trabajadoras no se hubiera ganado la dirección de un movimiento sindical importante, se debe también a que no supo poner en primer lugar de su política de masas la necesidad de levantar su propia línea sindical revolucionaria. Su política de unidad y de Frente Unido de la clase obrera se limitaba y subordinaba a las alianzas, acuerdos y treguas por arriba, con los líderes socialdemócratas del PSOE. Los dirigentes del Partido no supieron ver que para forjar una sólida unidad de clase, es imprescindible levantar potentes correas de transmisión entre el Partido Comunista y las masas, para lo cual hubiera sido preciso desplegar un amplio trabajo de masas por abajo, tendente a desplazar la influencia de los líderes y la línea socialdemócrata de la base sindical organizada en la UGT.

En aquella coyuntura era preciso para el Partido Comunista a la vez que enarbolar la bandera de la unidad con el partido socialdemócrata y con las organizaciones de masas bajo su influencia, desplegar una lucha sin concesiones contra la socialdemocracia como ideología y como política de conciliación de clases. Era preciso llevar una labor de esclarecimiento entre la base de masas de la

socialdemocracia, de cara a desplazar su influencia y su dirección sobre las organizaciones sindicales.

Lenin dice:

"Sólo el Partido político de la clase obrera, es decir, el Partido Comunista está en condiciones de agrupar, educar y organizar a la vanguardia del proletariado y de todas las masas trabajadoras, el único capaz de contrarrestar las inevitables vacilaciones pequeño-burguesas de estas masas, las inevitables tradiciones y caídas en la estrechez de miras gremial o en los prejuicios sindicales entre el proletariado, y dirigir todo el conjunto de las actividades del proletariado, esto es, dirigir políticamente y a través de él a todas las masas trabajadoras. ("Proyecto inicial de la resolución del X Congreso del P.C. de Rusia, sobre la desunión sindicalista y anarquista de nuestro Partido", 1921)

Sin embargo, ya en 1935, en la Internacional Comunista, se advirtió sobre las peligrosas tendencias que se manifestaban a rebajar el papel del Partido Comunista en las filas del frente único del proletariado y a reconciliarse con la ideología socialdemócrata. Esta tendencia derechista -en la cual fue a caer el Partido en España en una u otra medida- olvidaba que la política de frente único del proletariado es un método para traer a los obreros bajo influencias no proletarias (en aquel momento la socialdemocracia principalmente) a la política comunista, haciéndoles ver la falsedad de la política reformista. La política de Frente Unido no podía ser nunca una forma de reconciliación con la ideología y la práctica socialdemócratas.

La consigna del Partido Único del Proletariado lanzada por el Partido Comunista era una consigna justa, que correspondía a la apremiante necesidad de unir al proletariado y de dotarlo con una dirección política única, que le permitiera cumplir con su papel de clase revolucionaria de vanguardia, asumir la dirección de todo el pueblo para ganar la guerra y continuar la revolución.

Pero una cosa era establecer el frente único de los partidos comunistas y socialdemócratas, para lo cual bastaba llegar a un acuerdo sobre la línea a seguir en la lucha contra el fascismo, y otra cosa muy distinta era la unidad política de ambos en un sólo Partido.

Pero si, como hemos visto, la consigna de llegar a la unidad de acción entre ambos partidos se realizó con un enfoque derechista, en la aplicación de la consigna del Partido Único del Proletariado se pretendió también llegar, ante todo, a la unidad "por arriba", se pretendió ganar para esta consigna a los líderes socialdemócratas, con lo cual no sólo nada se logró, sino que se cayó en una posición oportunista, muestra de la cual es el Informe presentado por Dolores Ibárruri al segundo Pleno de guerra del C.C. del Partido. En dicho Informe se decía textualmente:

"Este Partido Único podrá así continuar la tradición del Partido Socialista Obrero Español, la corriente revolucionaria del anarquismo y la tradición del Partido Comunista, forjado en la teoría y la práctica del marxismo".
(Historia del Partido Comunista de España - Ed. Sociales, 1960- elaborada por una comisión del C.C. presidida por D. Ibárruri).

Ahora bien, la tradición del P.S.O.E. era la tradición de la colaboración con la burguesía, con la dictadura de Primo de Rivera incluso. Era una tradición de reformismo antimarxista, representada por buena parte de sus líderes, entre los cuales se encontraban politiqueros

reaccionarios como Indalecio Prieto, Besteiro y otros. No era sobre la base de continuar la tradición del P.S.O.E., sino de combatirla ideológicamente y depurar las filas de ese partido, como se podría llegar al Partido Único del Proletariado. Lo mismo cabría decir, en esencia, de la "corriente revolucionaria anarquista".

Tal concepción del Partido Único del Proletariado conducía, como mínimo, a la creación de un partido pequeño-burgués, falto de la más mínima coherencia ideológica y política. Olvidaban los que concebían así al Partido Único del Proletariado que un auténtico partido proletario tiene que estar basado, incuestionablemente, en la ideología científica del marxismo-leninismo, en su estudio, asimilación y aplicación a la realidad concreta, y no en unos simples principios políticos: en la lucha contra las corrientes ideológicas no proletarias (la socialdemocracia, particularmente en aquel entonces) y no en su aceptación.

La unidad de los partidos obreros no fue planteada ni concebida por el Partido Comunista sobre la base de los principios marxista-leninistas, sino de forma superficial, oportunista, y, por lo tanto, no sólo no se alcanzó, sino que de haberse alcanzado el resultado hubiera sido el mismo, pues un partido concebido así, sin basarse en unos principios revolucionarios científicos (el marxismo-leninismo), nunca puede ser el verdadero partido proletario, vanguardia y dirigente de la clase obrera.

Al aplicar la consigna de luchar por el Partido Único del proletariado, los dirigentes del Partido no supieron valorar el hecho determinante del cual había que partir, de que las diferencias entre comunistas y socialdemócratas eran diferencias profundas, de principio: eran diferencias sobre el carácter y los objetivos de la revolución, eran diferencias sobre los principios de organización leninistas. Por tanto, y aunque había una actitud positiva de algunos dirigentes socialistas de izquierda (que recogieron el sentimiento unitario de su base) dando pasos hacia posiciones unitarias, debido a que en el conjunto del P.S.O.E. predominaban los líderes pequeño-burgueses e incluso politicastros corrompidos, era un grave error pretender la unión de los dos partidos sin haber antes librado una lucha de principios a fondo, y a través de ella, haber esclarecido a las masas y depurado el propio P.S.O.E. Tratar de llegar a la unidad orgánica con los líderes socialdemócratas, representaba desarmar al Partido, ponerlo a merced de todo tipo de oportunistas y reformistas.

En todo el periodo de la guerra en el que se luchó por la consigna del Partido Único del Proletariado no hubo una verdadera lucha de principios, ni una sola crítica ideológica abierta a los líderes socialdemócratas. Ello, en vez de servir a la causa por la que se luchaba, sólo sirvió para desarmar al Partido ideológicamente, para que en el propio Partido Comunista germinara la mala hierba del derechismo y el oportunismo, como efectivamente vemos que ha ocurrido.

4.- NO HABER EXIGIDO CON LA NECESARIA FUERZA UNA CONSULTA POPULAR EN LOS MOMENTOS OPORTUNOS.

La dirección de una guerra, según su naturaleza, tiene un tipo especial de gobierno. Las guerras injustas es decir, las capitalistas o imperialistas, están dirigidas por gobiernos reaccionarios, que impiden a las masas oponerse a esa guerra que va contra sus intereses. Pero cuando las guerras son justas, revolucionarias, los gobiernos que las dirigen tienen que apoyarse en las masas para que estas no sólo puedan desarrollar ampliamente su iniciativa, sino además apoyar con entusiasmo al gobierno.

El Gobierno del Frente Popular era, por su carácter, del segundo tipo ya que luchaba por la independencia nacional y por mantener las conquistas del pueblo. Su base era ampliamente popular

y realizó muchas acciones para salvaguardar sus intereses. Sin embargo, no fue capaz de refrendar ese apoyo popular de alguna manera. Así, durante toda la guerra, los órganos del Poder se basan en la correlación de fuerzas existentes en el Frente Popular antes de la sublevación fascista, correlación que había sufrido profundos cambios en el curso de la lucha. Hubiera sido, pues, necesario consultar a las masas populares con el fin de haber dado al Estado la representación justa y de incorporar y ligar así al pueblo aún más a sus órganos de Poder.

Sin embargo, esto no se hizo, y se ve el caso insólito de que las Cortes son las mismas elegidas el 16 de febrero de 1936 a pesar de que una buena parte de los diputados estaban en el bando enemigo o habían desertado (19). Y todo eso en aras de salvar una malentendida legalidad republicana, que podía haber continuado, pero representando el estado real de las cosas. Naturalmente, esto no le interesaba a la pequeña burguesía, pues equivalía a perder su hegemonía y a que ésta pasara a manos del proletariado y, principalmente, al Partido Comunista que era el más fuerte y el que había sabido ganarse el apoyo y la simpatía de las amplias masas.

También en esto caso el Partido Comunista cometió un error oportunista. Si bien es cierto que comprendió la necesidad de una consulta popular y que en varias ocasiones hizo ese planteamiento, sin embargo (siempre en aras de la "unidad"), no llevó a cabo una campaña insistente, consecuente, no movilizó a las masas ni insistió lo bastante para que se celebrara esa consulta popular, tan necesaria en aquellos momentos.

El Partido Comunista que, como ya hemos dicho, comprendía la necesidad de esa consulta popular, no vio con toda la profundidad necesaria que solamente el pueblo en lucha podía dar a los órganos de Poder el contenido revolucionario y hacer que se reflejara en él la verdadera correlación de fuerzas existente; además, esa consulta popular hubiera sido un medio extraordinario de politizar y movilizar a las masas y ligarlas a los órganos de Poder. El no hacerlo así privó a la guerra y a la revolución de la dirección del proletariado y de su Partido. También aquí se ve cómo el Partido no llegó a comprender del todo cual era el carácter de esa etapa revolucionaria ni su papel en ella. La falta de esa consulta popular fue un factor muy importante en la paulatina pérdida de apoyo por parte de las masas al Gobierno, que condujo a su debilitamiento y a que el derrotismo adquiriera fuerza y predominancia.

Vemos, pues, cómo de nuevo el Partido se traza una línea justa y cómo una vez más al aplicarla comete errores de derecha. Es cierto que la oposición que encontró en todos los partidos del Frente Popular (en cuanto a la proposición de una consulta popular), sobre los órganos de Poder fue grande. Pero cierto, al mismo tiempo, que el Partido no realizó la movilización de masas necesaria para que ésta se realizara. No comprendió que si la consulta popular ponía en peligro el Frente Popular existente, a través de ella el Frente surgiría revitalizado y consolidado en su ala izquierda, lo que hubiera sido el verdadero reflejo de la correlación de fuerzas, al mismo tiempo que se hubiera depurado de elementos y tendencias nocivas. Es decir, que si el viejo Frente Popular se rompía, nacería uno nuevo, lleno de vitalidad y entusiasmo revolucionarios. Pero además, la ruptura era una hipótesis que estaba bastante lejos de la realidad, ya que el enemigo era tan bestial que eso de por sí era ya un aglutinante para el Frente Popular.

Con esto, durante nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo sólo hubo ó un estado de anarquía de poderes, ó un gobierno de la pequeña burguesía, pero nunca un Estado en el que los órganos de Poder reflejaran la situación real, ni la correlación de fuerzas existentes, especialmente después de la Batalla de Madrid.

Lo anterior no quiere decir que el Gobierno no representase en lo fundamental los intereses populares, ya que a pesar de todo siempre contó con cierto apoyo de las amplias masas populares. Sin embargo, ese apoyo no fue lo suficiente y sólo hubiera podido ser mayor de haberse realizado una consulta popular. Y lo que es más importante, por medio de ella se hubiera logrado la hegemonía del proletariado y la dirección del Partido Comunista.

5. - IR A LA ZAGA DE LA PEQUEÑA BURGUESIA.

El carácter de la revolución española en la etapa de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, era el de una revolución democrático-popular y nacional, que formaba parte de la revolución socialista mundial. Ese carácter sigue siendo el mismo en la actualidad, aunque las circunstancias sean diferentes. Por lo tanto, las experiencias positivas y negativas de aquel periodo tienen un valor actual.

Al ser nuestra guerra contra el fascismo un periodo de la revolución democrática popular y parte integrante de la revolución socialista mundial, cae por su propio peso que su clase dirigente debía haber sido el proletariado. Esto continúa siendo vigente, por lo que el análisis marxista-leninista de los errores y aciertos cometidos por el Partido Comunista en aquella etapa tiene gran importancia en la época presente.

El Partido Comunista durante ese periodo no comprendió nunca la necesidad de que fuera el proletariado la clase dirigente de la guerra nacional revolucionaria contra el fascismo. El Partido no tenía las ideas claras sobre el carácter y la fase de la revolución, y unas veces la describía como democrático burguesa y otras como democrático popular, oscilando entre una y otra definición.

El Partido Comunista, en vez de asumir sus responsabilidades y la dirección de la guerra, trató de colocarse en pie de igualdad o de inferioridad con la pequeña burguesía y las capas progresistas de la media burguesía. Con ello sólo se consiguió que fueran esas clases (la pequeña y media burguesía) las que dirigieran la guerra y la revolución (y hay que insistir que ésta era una etapa de la revolución democrático popular), y que el Partido marchara a la zaga de esas clases en vez de plantear la necesidad de dar el Poder a una alianza de las clases y capas revolucionarias dirigidas por el proletariado.

La política de alianzas del Partido Comunista adolecía de serias vacilaciones de derecha. Esto, en la práctica, condujo a una política de seguidísimo y no de dirección: el legalismo a ultranza; querer hacerlo todo a través del Frente Popular y pretender crear un partido único del proletariado con una visión oportunista. Estas son manifestaciones de aquella política de alianzas.

Cómo es lógico, todo ello conducía no a tratar de hacerse con la dirección de la revolución, o con el Poder, sino a seguir detrás de la pequeña y media burguesía, las que se convirtieron en las clases dirigentes de la guerra y el Estado. Este último (el Estado), al final se transformó en una dictadura de esas clases y a pesar de que el Partido era el más fuerte de todos, sin embargo, fue aprovechado por esas dos clases, cuyas alas derechistas acabaron traicionando la revolución y la guerra.

Muchos ejemplos hay sobre lo anterior: la resistencia del Partido a formar parte del Gobierno; la poca importancia de los ministerios que tuvo en él, ya fuera el de Agricultura (Vicente Uribe), y el de Educación (Jesús Hernández); la poca influencia en la dirección militar de la guerra; la despolitización del Ejército Popular por el traidor Prieto; la indecisión de asumir la dirección del

Poder en los últimos días, etc. Todo esto, prueba que nuestro Partido nunca pensó que era él y precisamente él el único capaz de asumir la dirección de la guerra y de la revolución y que, por el contrario, siguió una política de claudicación ante la pequeña y la media burguesía.

Esta grave desviación derechista, producto de errores en la política de alianzas de nuestro Partido que tuvo gravísimas consecuencias, debe servirnos de lección para nuestros futuros combates.

Aquella política de ir tras la burguesía progresista, de no comprender ni el carácter de nuestra revolución ni el papel del proletariado y el Partido en ella, se refleja en la refutación que hizo a Mundo Obrero el Secretario General del Partido (20). Aunque en ese artículo se planteaba una política de unidad justa y necesaria, no obstante se trasluce en ella una tendencia al seguidismo, a confiar en la burguesía e incluso a claudicar en los propios objetivos finales. La historia se encargó de demostrar que no podíamos ni confiar ni seguir a la burguesía progresista, pues estas clases en general (salvo honrosas y meritorias excepciones de ciertas personas, como Alvarez del Vayo) prefirieron claudicar ante el fascismo antes que entregar la dirección al proletariado. Solamente después de las invasiones y matanzas fascistas, hubo partes de esas clases que lucharon contra el fascismo, aunque mas tarde volvieron a traicionar a las masas proletarias y se entregaron en brazos del imperialismo. Esta es una lección histórica (riquísima de contenido) que no podemos olvidar.

6.- ABANDONAR LA RETAGUARDIA, PERO AL MISMO TIEMPO NO TENER EL CONTROL DEL EJERCITO POPULAR NI DISPONER DE FUERZAS ARMADAS BAJO SU CONTROL.

El Partido Comunista fue durante nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo el mayor crisol de héroes. Su abnegación y la de sus militantes llenan gloriosas páginas de nuestra revolución. Miles de militantes, centenares de cuadros y decenas de dirigentes cayeron heroicamente por el pueblo español y por la independencia de España. Su recuerdo debe estar eternamente vivo en el corazón de los comunistas y del pueblo español, y su ejemplo debe estar presente siempre que realicemos cualquier tarea, porque ello ha de contribuir a forjarnos y a templarnos. Se dio por entero a la defensa de los intereses del pueblo español. Las medidas más revolucionarias que se adoptaron durante la guerra fueron siempre iniciativas del Partido: Ejército Popular, reforma agraria, educación masiva, etc. El Partido Comunista tuvo una línea general justa y comprendió que la principal tarea era la de ganar la guerra, que sin cumplir esa tarea las demás carecían de sentido. Por eso se volcó en los frentes de batalla. Casi la mitad del Ejército Popular estaba compuesto por comunistas o simpatizantes del Partido. Pero si bien ese hecho honra a los comunistas, el Partido olvidó que era necesario mantener la retaguardia, pues sin una retaguardia combatiente los frentes no podían mantenerse.

Mientras que los comunistas luchaban heroicamente y vertían su sangre en el frente, los elementos vacilantes pequeñoburgueses fueron tomando el control de los órganos de dirección y administración de la retaguardia.

Una buena parte del Ejército popular estaba compuesto por comunistas o simpatizantes comunistas; sin embargo el Ejército no estaba mandado por el Partido, pues este, pese a ser el principal animador, el principal organizador y el que más hombres aportó al Ejército republicano, nunca tuvo en él los puestos que le correspondían. El Ejército estaba mandado por elementos pequeñoburgueses. Así se cometió el doble error de abandonar la retaguardia y de no tomar el control del Ejército ni de sectores importantes del mismo. La falsa concepción del legalismo llevó

no sólo a no tomar el control del Ejército, ni siquiera de una parte de él, sino lo que es tan grave como lo anterior, a integrar el Quinto Regimiento en el Ejército republicano sin condiciones y con la consiguiente pérdida de la independencia del Partido en materia militar, incluso parcialmente.

A lo anterior hay que añadir la sistemática labor de zapa del traidor Indalecio Prieto, quien siendo Ministro de la Defensa, llevó a cabo un criminal trabajo de despolitización del Ejército, llegando a darse el caso de que incluso unidades mandadas por comunistas fueron aprovechadas en algunos casos por los elementos vacilantes pequeñoburgueses para sus propios fines.

En resumen, el Partido Comunista se volcó en los frentes de lucha (demostrando una clara comprensión de la necesidad de derrotar al fascismo antes que nada), pero olvidó que sólo con una retaguardia firme, cuyos órganos de Poder estén en manos del proletariado y del Partido, es posible mantener y avanzar en los frentes de lucha y combate. El Partido podía y debía haber reclamado los ministerios de Defensa, de Gobernación y de Economía. No lo hizo por oportunismo de derecha. Como tampoco, pese a que hizo campaña en ese sentido, no exigió firmemente la depuración de los elementos franquistas y traidores en el Ejército; ni se cambiaron los mandos. Todo lo anterior, producto de una mala comprensión de la política de alianza, de una incomprensión sobre el papel que el Partido debe desempeñar en la revolución, condujo a que tanto la dirección de la vanguardia como de la retaguardia estuviera en manos de la pequeña burguesía, vacilante e inestable, y a que el Partido Comunista se colocara a su zaga.

7.- LA FALTA DE PREPARACION Y DE ORGANIZACION DEL TRABAJO CLANDESTINO.

Es evidente que uno de los errores del Partido durante la guerra nacional revolucionaria contra el fascismo fue el de no organizar el trabajo clandestino en las zonas ocupadas por el enemigo y el de no prever la continuidad de la lucha, en condiciones de clandestinidad, ante la eventualidad de una derrota temporal de las fuerzas republicanas.

Es un principio del que hay que partir, que el Partido debe prepararse para dominar todas las formas de lucha, establecer una relación dialéctica entre ellas y colocar en primer plano una u otra según las condiciones de la lucha. En el caso de nuestra guerra, el Partido Comunista debió haber tomado medidas para continuar clandestinamente la lucha, para continuar la guerra en cualquier circunstancia adversa.

Debemos señalar que este error fue reconocido por el Partido Comunista y que se señaló en el Informe del Comité Central al V Congreso (noviembre de 1954) presentado por Dolores Ibárruri. En este Informe y en el capítulo "Nuestros aciertos y nuestros errores" se señala:

"Fue una gran debilidad no haber dejado organizado en España el trabajo ilegal del Partido. No sólo al salir del país después de la derrota, sino antes en el transcurso de la guerra, cuando nos veíamos obligados a abandonar pueblos y ciudades en las sucesivas retiradas del ejército republicano.

No lo hicimos a pesar de tener medios y hombres para realizarlo; no lo hicimos porque no se dio toda la importancia que se debía dar al trabajo en el campo enemigo; no se dio la importancia debida a la organización del trabajo del Partido en la retaguardia enemiga.

.....

No entró en nuestras consideraciones, o se planteó muy ligeramente en nuestras discusiones, la necesidad de organizar el trabajo del Partido en las condiciones de reflujo del movimiento revolucionario en las perspectivas de una posible derrota. E incluso después de la derrota, faltó el análisis de la situación y la orientación sobre el trabajo de organización del Partido en un periodo en el que teníamos que replegarnos, y en el que se planteaban a nuestros cuadros y militantes cuestiones totalmente nuevas para las cuales no estaban preparados y sobre las cuales no teníamos ninguna experiencia.

No aceptamos, a pesar de hallarnos ante ella, la realidad de la terrible derrota y no comprendimos la necesidad de trabajar en las condiciones de repliegue, de ahorrar fuerzas a fin de mantenernos largo tiempo, a fin de no cesar la lucha contra la tiranía franquista, a fin de luchar, no sólo durante unos meses o unos años, sino hasta el derrocamiento del franquismo, hasta la victoria de los trabajadores." (Cita textual del "Informe del Comité Central al V Congreso del Partido Comunista de España", presentado por su secretario general, Dolores Ibárruri.)

Estas observaciones críticas, que pudieron haber servido como un primer paso para ahondar de manera autocrítica en los errores del Partido Comunista durante la guerra, fueron rápidamente "olvidadas" por la camarilla Carrillo-Ibárruri, y no sólo olvidadas, sino cínicamente pisoteadas por Carrillo concretamente, que ha llegado a escribir:

"Aunque sea fácil a posteriori criticar la imprevisión que pudo haber durante la guerra en cuanto a preparar bases para la clandestinidad en caso de derrota, hay una diferencia radical entre los planteamientos de laboratorio -sobre todo treinta años después - y las realidades de la clandestinidad. Yo no conozco el caso de ningún Partido que en periodo de legalidad haya montado un aparato y una organización clandestinas capaces de resistir, indemnes, el cambio brutal que representa pasar del poder, con todos los medios y posibilidades, a ser objeto de la más cruel persecución". (Presentación de Santiago Carrillo a una carta de Togliatti, publicadas ambas en "RINASCITA", núm. 25, 18-6-71 y posteriormente reproducido en "REALIDAD").

Esos "planteamientos" -que Carrillo llama- de "laboratorio" y que según él ningún Partido ha llegado a aplicar, son precisamente los que guiaron el trabajo en la retaguardia ocupada por los nazis del Partido Comunista de la URSS en tiempos de Stalin; los que guiaron el trabajo del Partido Comunista de China, bajo la dirección de Mao Tse-Tung, en las zonas y ciudades ocupadas por el enemigo e incluso en las zonas liberadas de las que temporalmente debían retirarse las fuerzas revolucionarias.

8.- TEMOR Y CONCILIACIONES ANTE LAS LLAMADAS DEMOCRACIAS OCCIDENTALES.

Lo analizado anteriormente constituye los errores más importantes en La política de alianzas del Partido. Todos ellos son de carácter nacional, pero también con relación a esa política se cometieron errores en el aspecto internacional.

El pueblo español en su lucha revolucionaria contra el fascismo contó con la ayuda firme y desinteresada de la Unión Soviética (dirigida por el camarada Stalin) y con la de todos los pueblos del mundo. Hasta entonces nunca se había dado una solidaridad y un apoyo masivo tan grande a ninguna lucha revolucionaria. Las famosas Brigadas Internacionales son un ejemplo de solidaridad grandiosa. Miles de comunistas y revolucionarios sin partido, vinieron a nuestra Patria para defender la revolución mundial, y son innumerables los que derramaron su sangre en el suelo español. Los comunistas españoles no podremos olvidar jamás ese hecho emocionante y valioso como pocos (21).

Por su parte, la URSS cumplió -bajo la genial dirección del camarada Stalin- con su deber internacionalista no sólo dándonos su apoyo moral y político, sino también su ayuda fraternal facilitando así en gran manera la resistencia contra el fascismo. La política soviética con relación a nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, fue totalmente justa y sólo los traidores pueden tratar de tergiversar esa clara actuación del país soviético dirigido por el gran Stalin. ¡Cuán diferente es la política que siguen hoy en día los renegados jruschovistas contra nuestro pueblo!

La política del Gobierno español, por el contrario, fue vacilante. Mientras por un lado tuvo una posición justa y pidió la solidaridad internacional y estrechó sus lazos con la Unión Soviética, por otro lado hizo concesiones a los gobiernos burgueses de las "democracias" occidentales, mendigando ante ellos un apoyo y una ayuda que nunca concedieron y que, por el contrario, otorgaron (de forma hipócrita y cínica) a Franco. Por ejemplo, el aceptar la retirada de las heroicas Brigadas Internacionales fue un acto de carácter capitulador que el Gobierno, y mucho menos el Partido, debió aceptar jamás.

Por el contrario, el Gobierno y el Partido, pese a gestos capituladores como el anterior, no aceptó nunca la llamada "no intervención" impuesta por la Sociedad de Naciones y que, de hecho, no hacía mas que dejar las manos libres a la Alemania hitleriana y la Italia fascista, al mismo tiempo que asfixiaba al pueblo español impidiéndole la compra de armas y demás material necesario para la continuidad de la guerra (22). Pero si el Partido no aceptó y denunció la "no intervención", no procedió a alertar ampliamente a las masas populares dejando que entre amplios sectores de estas se mantuviera confianza en un posible cambio de la actitud de las "democracias" occidentales y especialmente de la francesa.

CAPITULO IV

POLITICA DE PARTICIPACION EN EL GOBIERNO



Como consecuencia de una concepción poco precisa y clara e inconsecuente de la etapa de la revolución, y del papel que el proletariado y su Partido debían desempeñar en ella, se elaboró una errónea política de participación en los órganos estatales.

Al querer hacerlo todo a través del Frente Popular, el resultado fue el hacerlo todo a través del Gobierno. El no tener claro que la clase dirigente de la revolución debía ser el proletariado, hizo que el Partido participase en el Gobierno en grado mínimo y no determinante. Hay que decir que nuestro Partido nunca se planteó el tomar, en el cuadro de la coalición del Frente Popular, la dirección de la guerra y el Estado, a pesar de ser el más fuerte y el más capacitado para ello y, además, el único capaz de hacerlo con éxito. Prueba de esto es que nunca tuvo más de dos ministros en el Gabinete, y estos en carteras de segunda importancia. Por eso el Gobierno nunca tuvo un carácter firme y revolucionario y la dirección de la guerra quedó en manos de la pequeña burguesía.

A pesar de ello, la participación del Partido Comunista en el Gobierno fue positiva. Las medidas más revolucionarias las tomaron los ministros comunistas. Por ejemplo, el camarada Vicente Uribe, con su importante reforma agraria (23) consiguió una de las medidas más revolucionarias que se adoptaron durante la guerra y, por primera vez en la historia de nuestro país, se quebrantaron las estructuras del latifundio y eliminó, allí donde fue aplicada esa reforma agraria, los restos feudales del campo español. Y si bien no fue una reforma agraria tan profunda como hubiese sido necesario -por la oposición y el temor de la pequeña burguesía- constituye, sin embargo, un factor de movilización del campesinado español en defensa de la República. También el Partido, a través del Ministerio de Educación (24) llevó a cabo una importante labor de educación, campañas de alfabetización de adultos, tanto en la retaguardia como en el frente, se escolarizó a la

inmensa mayoría de los niños, etc. Todo el mundo reconoce que la participación de nuestro Partido en el Gobierno, aunque insuficiente, fue galvanizadora y contribuyó de manera decisiva a la resistencia de nuestro pueblo. Cabe entonces preguntarse: ¿Que hubiera ocurrido si esta participación hubiera sido mayor?

La política del Partido de no asumir responsabilidades en el Estado fue patente durante toda la guerra. Erróneamente, pensaba que debía estar en segundo plano para no asustar a los aliados, sin comprender que al obrar así se debilitaba la fortaleza del órgano dirigente de la guerra, el cual demostraba cada día no ser capaz de hacer frente a las responsabilidades y que por tanto había que reforzarlo. Pero para eso hubiera sido preciso tomar la dirección de ese vacilante Gobierno de coalición y no permanecer prácticamente a la sombra, como lo hizo el Partido Comunista.

Era tan patente el desinterés del Partido a asumir responsabilidades gubernamentales que Largo Caballero, para formar Gobierno, puso como condición que los comunistas estuvieran en él, lo que finalmente decidió a éstos a aceptar dos ministerios. Sin embargo, el Partido Comunista siempre estuvo en el Gobierno en condiciones de inferioridad y no desempeñó un papel dirigente.

Actualmente, la camarilla revisionista de Carrillo-Ibárruri presenta esa posición del Partido como una muestra del "desinterés" y de "altura de miras" en pro de la unidad del Frente en aquella época. Pero si se analiza como es debido esta actitud veremos que la "altura de miras" no era más que ceguera sobre cual debe ser el papel del Partido en las revoluciones de la época actual; en cuanto al "desinterés", era más bien incompreensión de cuales eran los verdaderos intereses del proletariado, el carácter de la guerra y la época histórica. Naturalmente, los revisionistas ensalzan aquellos errores del Partido para decir a la burguesía que están dispuestos a hacer lo mismo en estos momentos. Pero desgraciadamente para los revisionistas, tanto nuestro Partido, el auténtico Partido Comunista marxista-leninista, como el proletariado, han adquirido conciencia clara de cuál es el papel dirigente que tienen que desempeñar en la revolución española, sin tantos "desintereses" y "alturas de miras".

Dolores Ibárruri dice:

"¿Deseaba el Partido Comunista participar en el Gobierno que Largo Caballero constituyó a primeros de septiembre de 1936? De ninguna manera. Y si antes y después de la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero del 36, el Partido expuso su opinión favorable a la formación de un Gobierno con representantes de todas las fuerzas políticas que participaban en el Frente Popular, al producirse la sublevación todos los esfuerzos de los comunistas tendían a reforzar el Gobierno republicano y a impedir las especulaciones políticas". ("El único camino")

Estas líneas confirman los errores de derecha que señalamos y que fueron producto de la lucha que desde antes de empezar la guerra existía entre la línea revolucionaria (encabezada por los camaradas José Díaz y Pedro Checa) y la línea revisionista que, con el tiempo, acabó imponiéndose en el Partido. Hay que señalar, una vez más, que la línea oportunista de derecha aprovechó las frecuentes ausencias del camarada José Díaz, gravemente enfermo, para imponer sus orientaciones erróneas.

También en "El Único Camino", Ibárruri dice:

"La constitución del Gobierno en septiembre de 1936, en el que entraba el Partido Comunista, fue saludada con entusiasmo por el pueblo,

especialmente por los combatientes, que en la participación de los comunistas veían una garantía de que sus esfuerzos y sacrificios no serían vanos".

Esta errónea política de no participación -ó de moderada participación en el Gobierno- fue en sí una política oportunista, pues no veía más que los intereses y las consecuencias inmediatos y no comprendía los de largo alcance. Además, el pueblo deseaba y pedía esta participación y, sin embargo, el Partido Comunista se resistía. También esto demuestra una posición oportunista, pues se menospreciaba el sentir de las masas populares y por lo tanto se frenaba su desarrollo revolucionario.

Basta con analizar la composición de todos los Gobiernos del período de la guerra para ver con claridad estos errores políticos. En el primer Gobierno de Largo Caballero, el Partido Comunista sólo participó -por imposición del jefe socialista- con dos ministerios secundarios. En el segundo, su presencia siguió siendo la misma. Si bien es cierto que en este período el Partido demostró cierta independencia y realizó una lucha contra las tendencias erróneas del Gobierno no siempre llevó esta lucha a fondo y, por lo tanto, cayó en errores de concesiones graves y se permitió que en general el Gobierno mantuviera una posición inconsecuente. Además, uno de esos errores fue la integración del Quinto Regimiento en el conjunto del Ejército, mandado por representantes de la media y la pequeña burguesía. El Partido perdió con ello su brazo armado, ya que el mando del Ejército Popular estuvo siempre en manos vacilantes y pequeñoburguesas. Era justa la política de que el Quinto Regimiento sirviera de base y ejemplo para el Ejército Popular, pero lo que no era justo, lo que fue un grave error, es el hecho de que el Partido no supiera guardar sus propias fuerzas armadas. Para lograr ambas cosas, no había otra solución que la de que el Partido Comunista tuviera la hegemonía en el Ejército, lo que hubiera garantizado una política justa y consecuente, o por lo menos en algunas fuerzas.

El "putsch" contrarrevolucionario anarco-trotskista de Barcelona (primavera de 1937) le dio al Partido la ocasión, una vez más, sin prescindir de sus alianzas, de reforzar su participación en el Gobierno de manera decisiva, ya que fue la única fuerza política que supo enfrentarse a aquel acto contrarrevolucionario y movilizar a las masas para hacerlo fracasar.

Pero de nuevo el Partido cometió el error de no querer salir de la "sombra". Y si bien cayó el Gobierno de Largo Caballero (claudicante, divisionista y incompetente), el Partido Comunista, aferrado a su falsa política, siguió desempeñando el papel de "segundón" en los posteriores gobiernos que se formaron. Y, sin embargo, las masas tenían cada día más confianza en el Partido y consideraban a este como el único capaz de dirigir la guerra.

En los gobiernos de Negrín (25), la pequeña burguesía continuó guardando los puestos clave y el Partido Comunista los secundarios, siendo utilizado no obstante por el Gobierno el prestigio del Partido Comunista, con lo que se llegó al mito del "gobierno comunista", a la creencia de que era el Partido quien dirigía el Gobierno. De esta manera, los errores y fallas del gobierno bajo dirección pequeñoburguesa caían sobre las espaldas del Partido, mientras que la pequeña burguesía se reservaba para recoger los frutos de una posible victoria. Fue precisamente en ese período cuando la línea oportunista de derecha en el Partido, aprovechándose de la enfermedad de José Díaz, se impuso. Se aceptó la apolitización del Ejército, la capitulación y la aceptación del Estado de guerra (cuyo resultado fue el triunfo de la sublevación casadista), y la retirada de un ministro comunista del Gobierno.

Actualmente, los revisionistas carrillistas en su "Historia del Partido Comunista", justifican sus errores de claudicación (como el de la retirada de un ministro) de la siguiente manera:

"El Partido Comunista, para facilitar la solución de la crisis, accedió a retirar uno de los ministros del Gobierno, reiterando su posición de hacer todos los sacrificios necesarios en aras de la unidad de las fuerzas democráticas y de la victoria".

Sin embargo, pese a esa "justificación" de los actuales revisionistas, ¿cual fue el resultado de esa claudicación? Debilitamiento del Gobierno y fortalecimiento de las tendencias pequeñoburguesas y capituladoras en él. La historia se ha encargado de demostrarlo.

Otro error político del Partido Comunista fue el de mantener las alianzas en su forma primaria, incluso en momentos en que se sabía que importantes sectores de nuestros aliados estaban realizando una labor de zapa y de desmoralización.

No cabe duda de que el Partido no llevó a cabo un análisis concreto de las diferentes situaciones, en continua evolución, ni adaptó su actitud a la actitud cambiante de los aliados pequeñoburgueses, lo que le condujo al subjetivismo y a la falta de valoración de los hechos concretos y le impidió actuar como lo exigía la situación en cada momento.

El Partido pretendió influir en el Gobierno (como en el Frente Popular) pero sin asumir la responsabilidad pública ante las masas. Intentó dirigir sin aparecer como dirigente. Ese fue un grave error oportunista.

En una guerra revolucionaria, el Partido de la clase obrera debe y tiene que dirigir el gobierno de frente único y todos los órganos de ese gobierno a cualquier nivel, en alianza con las demás fuerzas patrióticas y antifascistas. Pero, a la vez, tiene que asumir públicamente sus responsabilidades, sin vacilaciones ni temor ante las masas, para que estas vean en él a su dirigente y se movilicen en torno a las consignas y orientaciones del Partido. De esa forma el Partido hunde sus raíces en la tierra que lo alimenta: el pueblo. Se liga a las amplias masas, las orienta y, al mismo tiempo, aprende de ellas. El no hacerlo así es una prueba de desconfianza en las masas, y creer que el contentar a las capas de la media y la pequeña burguesía es algo más importante que el apoyo de los obreros y los campesinos pobres. No cabe duda alguna de que el Partido, durante nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, cayó en ese error. El Partido no tuvo una visión clara ni consecuente del carácter de la etapa por la que atravesaba la revolución, ni del papel hegemónico que en ella debía desempeñar el proletariado y su Partido. De ahí el continuo afán de permanecer en segundo lugar, de no dirigir abiertamente por miedo a asustar a la pequeña y la media burguesía. Si esta política de no participar en los órganos estatales en la medida que se debía tiene una justificación en los primeros momentos de la guerra, ya que el Partido en aquellos momentos era relativamente débil, hacia la mitad y el final de la guerra no se puede justificar en modo alguno pues el Partido llegó a ser el más fuerte y prestigioso y contaba con un amplio apoyo popular.

Durante todo el desarrollo de la guerra se puede comprobar la lucha entre las dos líneas existentes en la dirección del Partido Comunista, la revolucionaria y la oportunista de derecha (esta última acabó por imponerse). Al principio, aunque el Partido era poco fuerte, se llevó a cabo una lucha más o menos firme contra toda idea errónea respecto del aparato estatal; pero a medida que avanzaba la guerra y el Partido se fortalecía e implantaba, esa lucha se fue difuminando y se cayó en las peores concesiones, hasta aceptar en los últimos días la capitulación (al parecer, Togliatti, el dirigente revisionista italiano, aconsejó la aceptación de la claudicación), y Dolores Ibárruri, enfangada ya en el revisionismo jruschovista, no ha tenido recato alguno en reconocerlo, incluso en su libro "El único camino":

"Si el Gobierno estaba dispuesto a entablar negociaciones de paz, el Partido Comunista no sería un obstáculo".

Sin embargo, aún en los últimos momentos, incluso después de la caída de Cataluña, el Partido pudo tomar en sus manos el aparato estatal y resistir hasta el fin, como mil veces dijera José Díaz. Sin embargo, la línea oportunista prevaleció en aras de la "unidad" formal con las fuerzas del antiguo Frente Popular. Al hacer esto se perdió de vista que la unidad tenía como objetivo luchar contra el fascismo y el invasor extranjero y no capitular ante el fascismo. El Partido en aquellos momentos debía haber transformado las alianzas, inservibles, y desechar al ala claudicante de esas fuerzas y, apoyándose en los elementos más combativos y firmes de dichas fuerzas, ocupar con audacia el papel predominante que le correspondía por su fuerza y por el apoyo de las masas populares e instaurar un nuevo Poder de carácter democrático popular, dirigido por la clase obrera y su Partido. De esa forma, no sólo se hubiera roto la unidad antifascista, sino que se hubiera fortalecido, ya que al depurarse de los elementos titubeantes y traidores, se hubiera podido continuar la guerra, y con toda seguridad se hubiera ganado.

Este periodo constituye una lección que hemos de tener presente: la unidad es para la lucha y con los que quieren luchar, y no con los traidores o cobardes. El Partido de la clase obrera no debe quedarse nunca en segundo plano. Esto no quiere decir que se menosprecie a los aliados, por el contrario hay que discutir con ellos, convencerlos, movilizarlos, etc., pero en la época de las revoluciones proletarias, sólo hay una clase que pueda dirigir las y esa clase es el proletariado con su Partido al frente.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La principal limitación de la unidad formada en el marco del Frente Popular estribó en la concepción rígida y estabilizada de la unidad; la unidad se convirtió en un fin en si y no en un medio de lucha y acción. Además, no se tuvo en cuenta el hecho de la incapacidad de las distintas capas burguesas y clases intermediarias interesadas en la lucha contra el fascismo, de dirigir incluso el proceso de la revolución democrático-burguesa que se había abierto en 1931.

En esas condiciones, el Partido, no sólo no se propuso ocupar cargos en el aparato del Estado y de la Administración para dirigir los sectores importantes de la vida nacional, sino que, además, se opuso y se negó, en aras de unos marcos unitarios estrechos y derechistas, a los órganos populares de poder que de manera prácticamente espontánea, surgieron en la ciudad y en el campo. Pero el aparato estatal burgués fue totalmente incapaz de hacer frente y de asumir la nueva situación y las nuevas tareas planteadas por la lucha armada popular contra el fascismo. Esta falta de apoyarse en órganos populares de poder, fue particularmente catastrófica y se vio agravada por la desorganización ocasionada por el levantamiento fascista del 18 de julio, a raíz del cual partes importantes del país se encontraron cortadas de la autoridad del Gobierno Republicano. Esta falta de un órgano de poder adecuado a la nueva situación, se manifestó especialmente en lo referente a la industria, a la agricultura, al comercio y al transporte de mercancías en el interior mismo del país. Ante la nueva situación y las nuevas tareas hubiera sido totalmente imprescindible adoptar nuevas formas de organización de la vida nacional, del Estado mismo. La falta de decisión y autoridad en muchos terrenos del Gobierno de la República, hizo posible toda una serie de experiencias aventureras por parte de elementos anarquistas y otros; el Partido Comunista se limitaba a criticar violentamente dichas experiencias fuera de la autoridad gubernamental, pero no tuvo medidas adecuadas para hacer frente a las necesidades que planteaba la lucha en el terreno de la organización

y dirección de la economía, de la agricultura, de la defensa, etc. Es decir, adoptaba una posición de hacerlo todo a través de los órganos y cauces conjuntos de poder y de dirección de la guerra, negándose incluso a asumir ministerios como el de la Defensa, por temor a dar la impresión de que la guerra contra el fascismo era una guerra dirigida por el Partido Comunista.

Así, pues, si bien el Partido dirigía el movimiento de masas y la lucha de las mismas, se inhibía en lo que a la dirección del Estado se refiere, dando así la posibilidad a los elementos titubeantes y a los agentes enemigos a organizar y preparar el golpe contra la República y contra el pueblo. El golpe organizado por Casado fue urdido también por toda una serie de elementos llamados socialistas y de algunos republicanos de derecha que pensaban que dada la debilidad y la falta de perspectivas del Gobierno era posible poner fin a la lucha mediante una componenda con el fascismo que contara con el apoyo de los países de la "no intervención", en especial Inglaterra y Francia. Es evidente que el Partido Comunista no supo ponerse a la cabeza de sus responsabilidades, ni asumir en esos críticos momentos la histórica responsabilidad de dirigir al pueblo por el camino de la lucha sin cuartel contra el fascismo y la intervención fascista extranjera.

CAPITULO V

ESTRATEGIA Y TACTICA DURANTE LA GUERRA Y PARTICIPACION EN LAS FUERZAS ARMADAS



La guerra nacional revolucionaria contra el fascismo fue una guerra justa, pues el pueblo español luchó por sacudirse el yugo de la oligarquía y por impedir la esclavitud extranjera para España. Por el lado de Franco era una guerra injusta, pues se hacía por oprimir más aún al pueblo y por subyugar a España y convertirla de hecho en una colonia. Además, la guerra una guerra popular porque las amplias masas intervinieron en ella para no ser esclavizadas.

El carácter justo, popular, de la guerra, exigía una estrategia que correspondiera a esas características. Pero si el carácter de la guerra es producto de circunstancias históricas y sociales determinadas, la estrategia (y las formas de lucha) son producto de la dirección humana exclusivamente. Claro está que nadie puede tratar de aplicar o realizar una estrategia apartándose de unas condiciones reales, pero dentro de esas condiciones se debe analizar y conocer la situación y establecer la estrategia y formas de lucha acordes con ella.

El que fuera una guerra popular, de carácter justo era un aspecto favorable y el pueblo español contaba con la solidaridad de los pueblos del mundo. Todo esto daba la posibilidad de la victoria. Entonces, para explicarnos por qué se sufrió la derrota, tenemos que decir que fue el esfuerzo subjetivo, la dirección, lo que falló.

Se cometieron, además de los errores políticos, errores tanto estratégicos como tácticos y también en la política en relación con las fuerzas armadas.

Analicemos estos errores.

1. - CARÁCTER DE LA GUERRA Y SU ESTRATEGIA

Dado el carácter justo y popular de nuestra guerra, existía la posibilidad de la victoria si se hubiera llevado a cabo una correcta dirección tanto en lo estratégico como en lo táctico. Para aplicar una estrategia de acuerdo con el tipo de guerra es necesario, antes que nada, hacer un análisis profundo de las condiciones concretas en que ésta se realiza. No sólo de nuestro propio bando, sino también de las del enemigo. Sin esto, no se puede dirigir correctamente la guerra ni trazar una estrategia y una táctica correctas.

El Partido Comunista no supo hacer esto, pues, si bien comprendió debidamente el carácter y el tipo de la guerra, no supo, sin embargo, aplicar la estrategia conveniente. Es cierto que aún no se conocían muchas experiencias sobre la guerra popular, mas ya se contaba con la de la Unión Soviética (de gran valor) y también con algunas enseñanzas de la lucha heroica que se llevaba a cabo en China bajo la dirección del Partido Comunista encabezado por el camarada Mao Tse-Tung. La realidad es que se tuvo un concepto erróneo de la dirección de la guerra. Se intentaron transplantar algunas de las experiencias de la guerra civil de 1917 a 1920 en la URSS, pero en lo esencial se libró el tipo de guerra que convenía al enemigo. La experiencia mundial ha comprobado que la guerra popular no puede, ni debe, ser una guerra clásica, de posiciones, sino una guerra de movimientos, ya que en ese tipo de guerra se lucha contra un enemigo que cuenta con un mejor equipo militar, con un ejército regular preparado y bien adiestrado y con mayores recursos económicos; por lo tanto, el pueblo en armas tiene que recurrir a la movilidad y no librar batallas decisivas prematuramente cuando no se está seguro de la victoria, a fin de no ver comprometidas las fuerzas o exponerlas al aniquilamiento. Como un ejército popular tiene una moral mucho más alta (puesto que es un ejército político) que un ejército burgués, puede mediante el aprovechamiento de la movilidad hostigar y desmoralizar fácilmente a las tropas enemigas que no pueden encontrar al adversario (mas que cuando y donde éste lo decide), lo cual hace que las tropas enemigas vivan con el temor de verse sorprendidas.

"Cuando el enemigo avanza, retrocedemos; cuando acampa, lo hostigamos; cuando se fatiga, lo atacamos; cuando se retira, lo perseguimos".

(Mao Tse-Tung, "Una sola chispa puede incendiar la pradera", enero de 1930)

En Europa, concretamente, contamos con la rica experiencia en ese sentido de la guerra de liberación nacional en Albania, bajo la dirección del camarada Enver Hoxha; y actualmente, en Vietnam, Camboya, Tailandia, Birmania, Indonesia y otros lugares se ha demostrado como la guerra popular puede hacer fracasar las poderosas armas yanquis.

Sin embargo, en España, el Partido Comunista y las demás fuerzas republicanas aplicaron, en lo esencial, una guerra de posiciones, favorable al enemigo que contaba con todo tipo de ayuda de los nazifascistas y de la reacción internacional, incluidos los Estados Unidos e Inglaterra. El Partido Comunista tenía que haber propugnado y aplicado una guerra de aniquilamiento, basada en el movimiento, combinada con las operaciones de guerrilla en la retaguardia del enemigo. Pero no se recordó, ni se tuvo en cuenta, tampoco, las ricas experiencias de la guerra del pueblo español contra las tropas invasoras de Napoleón en 1808, al que se derrotó con ese tipo de lucha guerrillera. No se tuvo en cuenta que en la guerra de guerrillas lo importante en un principio es aniquilar fuerzas enemigas más que ocupar el territorio, y ganarse a las masas del territorio ocupado por el enemigo (lo que no quiere decir que había que haber abandonado las posiciones ni el terreno). La responsabilidad del Partido Comunista en que no se formaran importantes núcleos guerrilleros es

innegable. Es cierto que hubo algunos núcleos guerrilleros, pero estos eran a todas luces insuficientes. ¿Por que no se crearon esos núcleos guerrilleros y las correspondientes bases de apoyo, cuando existían todas las condiciones objetivas para ello? A través de las guerrillas se hubiera movilizadado a amplias masas de jornaleros, de campesinos pobres y otras capas del campo y de la ciudad que en la retaguardia franquista sufrían la feroz represión fascista (sobre todo en Andalucía y Extremadura). Es cierto que el Partido Comunista en alguna ocasión planteó esa necesidad, pero ante la actitud de sistemática oposición del criminal Indalecio Prieto a ese tipo de lucha, el Partido Comunista adoptó una actitud pasiva, injustificable (en aras una vez más, de no romper las alianzas), en espera de que Prieto diera su acuerdo para formar los núcleos guerrilleros. Incluso al fin de la guerra, cuando cayó Cataluña, las fuerzas armadas populares pasaron a Francia. Lo que había que haber hecho entonces, al replegarse, era organizar sobre la base de la dispersión de esas fuerzas, la lucha guerrillera apoyada en las masas campesinas pobres que eran favorables, en su mayor parte, a la República, o bien haber realizado un amplio movimiento de retirada estratégica para unirse con el grueso del Ejército republicano que resistía en las zonas Centro-Sur. Pero estas medidas de reagrupamiento de las fuerzas armadas de la República y de desarrollo y extensión de la lucha guerrillera para haber continuado la guerra hasta la victoria, excluían la decisión tomada por ese Estado Mayor sin perspectivas revolucionarias, sin fe en el pueblo, de hacer pasar con las armas a Francia, al Ejército Republicano, ya que, como era previsible, el gobierno francés desarmó, internó y encarceló a los centenares de miles de combatientes republicanos. O sea, que tanto al principio de la guerra como al final, si se hubieran formado esos núcleos guerrilleros y sus correspondientes bases de apoyo, se hubiera golpeado al enemigo en múltiples lugares, se le hubiera debilitado física y moralmente, se hubiera resistido y, al final, se hubiera ganado la guerra y la revolución. Pero el Partido Comunista no supo verlo así, y al final la línea oportunista que mas tarde degeneraría en el cenagal del revisionismo jruschovista, se cansó de tres años escasos de lucha que luego ha utilizado como su "ganapán".

Dado el tipo de material bélico que poseía el enemigo y el que tenía el Ejército republicano, el de los fascistas era más moderno en todos los aspectos y, dado que el enemigo contaba con abundancia de medios y el bando republicano con una gran escasez, fue criminal caer en un tipo de guerra clásico de posiciones con sangrientas y costosas batallas de desgaste, pues esto, a todas luces, beneficiaba al enemigo, lo fortalecía y debilitaba al Ejército Popular, ahondando así la debilidad táctica de éste último hasta convertirla en debilidad estratégica.

Otro grave error del Partido Comunista y de las demás fuerzas republicanas en política militar, fue el no concebir que la guerra, por las condiciones en que se había iniciado y se desarrollaba, había de ser prolongada. Tal vez en esto influyó la experiencia soviética, mas ello sólo demuestra que no se analizaron correctamente los diferentes aspectos y situaciones, concretos y específicos. La guerra revolucionaria de la Unión Soviética comenzó en un ámbito de guerra interimperialista, con el imperialismo desangrándose entre sí y debilitado y en momentos en que los pueblos ansiaban la paz y no querían verse envueltos en nuevas aventuras guerreras. Esto hizo posible su fin relativamente rápido, con el triunfo del país soviético. Mas las condiciones en que comenzó nuestra Guerra Nacional Revolucionaria eran totalmente distintas: las potencias imperialistas se preparaban para una nueva carnicería, sus ejércitos estaban frescos y agresivos y muchas masas engañadas (principalmente en Alemania e Italia) no temían la guerra sino que se dejaban arrastrar a ella. Esto hacia que nuestra Guerra Nacional Revolucionaria fuera sólo una parte de la gran guerra que se avecinaba, su primera batalla, y no consecuencia de ella, por lo tanto no podía ser de poca duración porque solamente podría tener fin con el de la guerra mundial en perspectiva. Todo esto le daba un carácter de guerra prolongada. Ni el Partido Comunista ni las demás fuerzas republicanas supieron analizar esto correctamente y por lo tanto no prepararon a las masas para ello. Por el contrario, toda su orientación y propaganda fue hacia concebir la guerra

corta, a que tenía que terminar rápidamente, sin comprender la imposibilidad de ello. Así las masas concibieron esperanzas de una paz rápida. Al no llegar ésta, sus sectores menos politizados se desilusionaron, perdieron firmeza y se cansaron de la lucha, no pudieron mantener el espíritu de sacrificio que exige una prolongada y permitieron a los vacilantes y traidores actuar.

Entre otros factores, ese concepto erróneo hizo que la guerra terminara tan desastrosamente para el pueblo español que no se adoptaran medidas para continuar la guerra con otras formas, que posteriormente el pueblo español se mantuviera prácticamente al margen de la contienda mundial en el interior de España (cosa que no sucedió en el exterior, pues la participación de los miles de millares de españoles fue enorme y heroica), sin reiniciar la guerra, y que adoptara la fatal política de mantener a España "neutral" como si no formara ya parte del bando nazifascista.

Este gran error de concepción básica de la naturaleza de la guerra, fue, en no poca medida, una de las causas de la derrota de nuestro pueblo y ha tenido luego graves consecuencias para continuar la lucha.

La política de resistencia hasta el fin que tantas veces pregonara José Díaz y antifascistas consecuentes como Álvarez del Vayo era enteramente correcta y hubiera permitido al pueblo español lograr la victoria. Pero, como hemos dicho, se cometió el grave error de caer en la guerra de posiciones. Esto quiere decir que no hubo concordancia entre la línea política del Partido Comunista y las demás fuerzas republicanas y la estrategia y táctica militar que se aplicaron, lo que condujo a la derrota. Es cierto que aún no se había sintetizado la experiencia de la guerra popular, porque la de China no se conocía suficientemente, pero ya se conocía la de la Unión Soviética. Mas de ello sólo se extrajeron enseñanzas aisladas, como la de luchar por cada pulgada de terreno, es decir, el caso de Petrogrado. Esta política fue aplicada con toda justeza en el caso de Madrid, y se lograron grandes éxitos.

Aquella experiencia de la heroica defensa de Madrid se quiso aplicar de manera general, lo que de otro lado fue olvidar la enseñanza principal de la guerra revolucionaria soviética, que fue la de la necesidad de gran movilidad en su conjunto. Esta experiencia nos dice que en condiciones distintas y en más vastos escenarios de operaciones, hay que aplicar la guerra de movimientos, de gran movilidad. Mao Tse-Tung ha sintetizado genialmente esas experiencias y, dadas las condiciones específicas de China, pudo darla mayor movilidad. En la situación de España, con un territorio no muy extenso y relativamente poco poblado, seguramente no se hubiera podido ni debido tener tanta movilidad, sin embargo, esta tenía que haber sido la base de la estrategia. Países de mucha menor población y con un territorio mucho más pequeño, como Albania en este caso, supieron hacerlo y su guerra revolucionaria logró la victoria, pese a tener enfrente, además de la reacción local, los ejércitos de Mussolini, primero, y los de Hitler, después.

Se impone, pues, la conclusión de que no se supo sintetizar la experiencia soviética y se cayó en el subjetivismo, lo que hizo que se recibieran duros golpes. La estrategia de no ceder nunca una pulgada de terreno, si fue un acierto en el caso de Madrid y un gran éxito (dadas las condiciones existentes), aplicada a ultranza (como en el caso de Brunete, ejemplo típico de guerra de desgaste inútil), constituyó un grave error que hizo perder la iniciativa, y un ejército sin iniciativa es aniquilado forzosamente. Para tener la iniciativa, en una guerra de posiciones, es necesario tener superioridad absoluta, militar y logística, sobre el enemigo, y el ejército popular no la tenía, ni mucho menos.

Por eso se debió haber actuado con flexibilidad, para convertir la inferioridad global en superioridad relativa. La importancia de tener la iniciativa es tal que de ella depende la victoria o la derrota.

Al analizar la actuación del Ejército Popular en el transcurso de la guerra, vemos que nunca, o casi nunca, tuvo la iniciativa, a excepción del primero y segundo mes. Incluso sus ofensivas, en la mayoría de los casos, fueron concebidas ante la presión del enemigo. La iniciativa se debe tener no sólo en el ataque, sino también en la retirada. Esta es la diferencia entre retirada "pura" y retirada estratégica. Hay que reconocer que el Ejército tuvo poca libertad de acción y casi siempre estuvo reducido a lo que le imponía el enemigo. De esta manera la victoria no era posible. (26).

Por el contrario, en la Batalla de Guadalajara, donde se abandonó la táctica defensiva y de guerra de posiciones, y se adoptó una táctica flexible de movimiento, el Ejército Popular sorprendió al enemigo y le proporcionó una gran derrota (en esta batalla se acabó con la fanfarronería de los Ejércitos fascistas de Mussolini, los cuales fueron desbaratados y hechos prisioneros). Sin embargo, no se pudo aprovechar aquella victoria, porque al no ser la ofensiva la táctica general, no se disponía de reservas y no se pudo acosar al enemigo y aniquilarlo totalmente. Esto demuestra que si bien se adoptó en un momento dado una táctica correcta la estrategia general era equivocada.

En cuanto a la Batalla del Ebro, que ha sido siempre presentada como una victoria y sobre la que el renegado Líster dice en un artículo publicado en la revista revisionista "Nuestras Ideas", que fue "una gran victoria", hay que decir que dicha batalla fue más bien "el principio del fin"; fue la clásica batalla de desgaste que favoreció sobre todo al enemigo. Los combatientes republicanos fueron un verdadero ejemplo de heroísmo y valentía y muchos perdieron la vida (entre ellos podemos citar al héroe antifascista albanés Avshim Vxhi, de las Brigadas Internacionales, caído en Fuente del Ebro). Pero la Batalla del Ebro no fue una gran victoria pese a lo que diga el revisionista "general" Líster. Primero, porque el Ejército Popular perdió la iniciativa casi al comienzo de la batalla y hubo una obstinación injustificable y perjudicial para defender el terreno; segundo, porque se comprometió a todas las fuerzas principales, las más firmes, en una batalla, con lo cual, al ser prácticamente aniquiladas, no se pudo ofrecer después casi ninguna resistencia. Esta victoria, que tenía como objetivo salvar Valencia, aunque en verdad lo consiguió momentáneamente, causó la destrucción de las mejores tropas del Ejército Popular (las comunistas). Su objetivo debía haber sido la destrucción del mayor número de tropas enemigas posible y, una vez logrado este objetivo, retirarse, con lo cual el enemigo se hubiera desmoralizado al no tener a quien golpear y las tropas principales republicanas no hubieran sido aniquiladas. Pero, como vemos, el Estado Mayor del Ejército Popular se dejó arrastrar al tipo de batalla que interesaba al enemigo y aceptó una batalla decisiva de desgaste, en la que no habla posibilidad de vencer, dada la correlación de fuerzas.

El Ejército republicano tuvo, según cálculos aproximados, 70.000 bajas. Se perdieron 200 aviones, es decir, un considerable número para el conjunto de la aviación republicana, la que desde ese momento no pudo nunca contrarrestar a la fascista y se abandonaron al otro lado del río 1.800 ametralladoras y 24.000 fusiles. Estos son algunos datos aproximados de lo que costó la Batalla del Ebro para el campo republicano. Es posible que los franquistas tuvieran un número parecido de pérdidas, aunque los investigadores las estiman en menos, pero ellas fueron reemplazadas inmediatamente tanto en material como en hombres por Alemania e Italia, lo que permitió casi enseguida lanzar la ofensiva sobre Cataluña y no encontrar enfrente prácticamente fuerzas que les pudieran hacer resistencia, ya que el Ejército del Este estaba mal armado y mal preparado y, como consecuencia de la Batalla del Ebro, las mejores tropas que se encontraban en esa zona habían sido diezmadas.

Respecto a la Batalla de Teruel, podría decirse que tuvo las mismas características, aunque no tan desastrosas consecuencias. Esta batalla, al diezmar los efectivos de ese sector en largos y sangrientos combates por metros de terreno, permitió poco tiempo después la ofensiva fascista que cortó en dos la zona republicana.

Como puede verse por estos dos ejemplos, la estrategia seguida fue totalmente errada. Pero hay también otro ejemplo, este en sentido inverso, es decir de inmovilidad, .que demuestra que el Partido Comunista se dejó arrastrar por los mandos militares profesionales burgueses a una estrategia militar contraria a los intereses de la guerra y que no comprendió nunca cual era el tipo de estrategia que la guerra revolucionaria exigía.

El frente de Andalucía fue un frente que durante toda la guerra se mantuvo inactivo (a excepción de la pérdida de Málaga, y ello fue iniciativa enemiga). No se inició en él, por ninguno de los dos bandos, operación alguna (a excepción de la citada). Sin embargo, era el frente ideal para realizar una guerra de movimientos. No existía línea de frente definida, estable ni fija, las tropas ocupaban nudos de comunicación, alturas y puntos estratégicos, quedando grandes extensiones de terreno donde no existía un sólo combatiente enemigo. Era frecuente que los pueblos cambiaran de mano, incluso sin combate o con simples escaramuzas y las fuerzas enemigas eran escasas. En estas condiciones es inexplicable, si no es por no tener un concepto claro sobre la estrategia que había que llevar a cabo, que en este frente no se realizara una guerra de movimientos, una guerra popular flexible, máxime cuando la población, en su mayoría, era republicana y el campesinado tenía profundas tradiciones de lucha y de gran combatividad. Sin embargo el mando republicano nada hizo y el Partido Comunista tampoco presionó, aunque ese frente en ocasiones estuvo bajo mando de militantes del Partido Comunista o por lo menos importantes sectores de él.

Así, vemos que se cometió un doble error: no tener claridad sobre la estrategia militar que necesitaba la Guerra Nacional Revolucionaria y seguir a la zaga de la pequeña burguesía también en el terreno militar. Esto señala la importancia que tiene en una guerra popular la independencia de las fuerzas armadas del Partido, o que la dirección de la guerra esté verdaderamente en sus manos.

Pero la claudicación, y en algunos casos la traición, estaba presente ya (baste recordar en el frente del Norte, Santoña y Laredo, fruto de la política capitulacionista del Partido Nacionalista Vasco). Esa traición, que entregó a los fascistas el Norte, causó la muerte de miles y miles de nacionalistas vascos que se opusieron a la capitulación y que fueron entregados a Franco.

Precisamente porque existía ese espíritu titubeante, porque los mandos del Ejército eran burgueses y algunos de ellos traicionaron, se debían haber organizado las guerrillas, desde el principio de la guerra. Sin embargo, el Partido Comunista no hizo nunca mas que algunos intentos esporádicos y aislados por crearlas. Aunque algunas veces, muy pocas, hubo alguna coordinación táctica en muy pequeña escala, el Partido Comunista no comprendió debidamente que un Ejército Popular que no cuenta con un apoyo guerrillero no puede triunfar. Y sin embargo, Stalin insistió en ese medio de lucha. Mas ni el Partido Comunista ni el Gobierno le hicieron caso ni comprendieron la importancia de sus consejos (27). Pero años más tarde, el revisionista "general" Líster, dice en su panfleto "Nuestra Guerra":

"Durante la guerra se daban condiciones para la existencia de potente movimiento guerrillero en la retaguardia franquista. En zonas ocupadas por los sublevados existió, incluso, una base inicial para su organización formada por los miles de patriotas que se echaron al monte. Pero esas

condiciones no fueron aprovechadas por los diferentes gobiernos republicanos y sus ministros de defensa". (Los subrayados son nuestros)

Cabe preguntar a los Líster y compañía: si el Gobierno no prestaba atención a cuestión tan importante ¿por que el Partido Comunista no tomó esta tarea en sus manos? Naturalmente, los revisionistas del equipo de Carrillo-Ibárruri no quieren reconocer sus errores, pero es un hecho innegable que el Partido Comunista no comprendió tampoco ese problema que hubiera variado el curso de la guerra. ¿No se creó el Quinto Regimiento sin contar con el Gobierno? ¿Por qué entonces, no pudo forjarse un amplio movimiento guerrillero para el que se daban todas las condiciones? ¿Por qué había que esperar a que lo hiciera uno de los gobiernos de turno, vacilantes e inconsecuentes? Sencillamente, porque el Partido Comunista no comprendió su inmensa importancia estratégica. El Partido Comunista debía haber dedicado los esfuerzos necesarios para crear las guerrillas, no sólo enviando a la retaguardia enemiga cuadros políticos y militares para ponerse al frente, sino también –a través de ellos- crear un amplio movimiento campesino de masas, base principal de la lucha guerrillera. Y era al Partido Comunista a quien correspondía esa tarea. El planteamiento de lo contrario demuestra que no se ha comprendido el problema y que "nuestros" revisionistas no quieren, o no pueden, reconocer sus errores. No sólo no se comprendió la importancia de las guerrillas, sino que además se pretendió que fuera el Gobierno quien las creara. Sobre esta cuestión, Mao Tse-Tung dice:

"Las guerrillas sólo pueden triunfar si están dirigidas por el Partido".

A este respecto hay que añadir que hoy Santiago Carrillo trata de justificar esa monumental falla de la dirección del Partido Comunista durante la guerra. Dice Carrillo:

"Yo estoy convencido que es poco realista la idea de los que creen en la posibilidad de haber organizado un fuerte movimiento guerrillero en la retaguardia de Franco. Si al principio de la sublevación hubo grupos militares antifranquistas que se fueron al monte en las zonas ocupadas por el enemigo -particularmente en Andalucía- estos grupos en general buscaron abrirse camino hacia la zona republicana, uniéndose a las milicias populares...

De otra parte el terror más salvaje segó desde los primeros días decenas de vidas de los hombres que hubieran podido encabezar o formar los grupos de resistencia. Un movimiento guerrillero potente hubiera tenido que apoyarse en las masas campesinas. Pero lo cierto es que en las zonas ocupadas desde el principio por los sublevados las masas campesinas estaban fuertemente influenciadas por la Iglesia y por la derecha, que entonces se confundían. En las provincias de Castilla y el reino de León, de Galicia y Navarra las masas campesinas eran en su mayoría hostiles a la República y a las fuerzas de izquierda. En el País Vasco, Santander y Asturias que estuvieron en manos de la República al principio tampoco el campo era entonces de izquierdas. Se hubiera podido, probablemente, hacer más de lo que se hizo, si en el Gobierno hubiera habido una comprensión más clara. El Partido por su parte intentó hacer algo, creando el XIV Cuerpo de Guerrilleros, que tuvo una actividad heroica, pero pese a su heroísmo conservó siempre su asiento en zona republicana, a partir de la cual lanzaba sus operaciones en la retaguardia enemiga. (Revista "REALIDAD" núm.21. Presentación de Carrillo a una carta de Togliatti)

Todo esto es falso y una tergiversación mezclando algunas verdades con enormes falsedades. Naturalmente que con esto Carrillo trata de ocultar los errores en los que él y sus actuales acompañantes tienen una gran responsabilidad. Es cierto que en Castilla la Vieja, Navarra y León gran parte de las masas campesinas estaban influenciadas por la Iglesia y la derecha, mas inclusive esto no es óbice para poder crear guerrillas, puesto que también se contaba con zonas en las que los sectores campesinos eran republicanos. Si fuera cierto lo que Carrillo afirma ¿cómo se explica que años más tarde pudiera surgir espontáneamente un movimiento guerrillero? Pero lo que es ya inadmisibile es lo referente a Asturias, Santander y el País Vasco, donde no sólo se contaba con el apoyo campesino probado por haber sido derrotada en esas zonas la sublevación fascista, si no que además gran parte de los combatientes del Ejército del Norte no pudieron ser evacuados y marcharon a las montañas para continuar una resistencia desesperada incluso por defender su propia existencia. Con esos combatientes se hubiera podido crear un amplio movimiento guerrillero, dado que todo lo aconsejaba, desde la naturaleza montañosa del terreno al apoyo popular y la situación militar. Sin embargo, se les dejó abandonadas a su suerte y en esto no cabe quitar responsabilidades al Partido Comunista, pues era él el que debía haber organizado ese movimiento, y en esta ocasión ni siquiera era necesario tomar en cuenta la opinión de otros, puesto que la situación militar daba esa salida como la única. Decir que en Asturias no había base para la lucha guerrillera después del Octubre Rojo del año 34 es una mentira canallesca.

Pero naturalmente Carrillo con su clásica desenvoltura al afirmar que no había apoyo para un movimiento guerrillero en esas regiones pues "los campesinos eran de derechas", se olvida ladinamente de las zonas andaluzas y extremeñas, pues realmente ya no encuentra argumento alguno para afirmar tal cosa en relación con esas regiones. En Andalucía y Extremadura se daban todas las condiciones para la guerrilla: escasez de tropas enemigas, zonas montañosas, partes poco habitadas, apoyo total por parte de las masas y cantera campesina para extraer de ella guerrilleros; sin embargo, tampoco se hizo nada. Si en Andalucía y Extremadura se hubiera creado un fuerte movimiento guerrillero, junto con la puesta en práctica de la guerra de movimientos (error que se ha comentado más arriba), hubiera podido, sin lugar a dudas, cambiar el curso de la guerra. Mas ni lo uno ni lo otro se atendió.

En resumen, el Partido Comunista no comprendió ni encontró la estrategia apropiada; cometió el error de no comprender el importante papel de la guerra de guerrillas, cayó en un tipo de guerra erróneo y perdió la iniciativa militar; no extrajo las experiencias de la guerra revolucionaria de la Unión Soviética y se aferró a experiencias parciales. Pero, además, se basó siempre en la ayuda extranjera para los abastecimientos, no comprendió que una guerra popular tiene que abastecerse a expensas del enemigo principalmente, y que toda guerra de ese tipo tiene que basarse en sus propios esfuerzos; que si bien la ayuda internacional es necesaria, no puede ser la única ni la principal fuente de abastecimientos. Comprendió políticamente que tenía que hacer frente a una guerra de nuevo tipo, pero en la práctica, en lo militar, cayó en la trampa de la guerra clásica ante un enemigo superior en armamento y efectivos, lo que condujo a nuestro desgaste y no al del enemigo. La mayor parte de las batallas fueron de desgaste, y en ese sentido las pérdidas republicanas fueron mayores y no podían ser repuestas, con lo cual la situación de inferioridad militar se agravó. Por otro lado los frentes estables inmovilizaron al Ejército Popular y le impidieron concentrar sus fuerzas en puntos determinados para dar golpes por sorpresa al enemigo. Es cierto que el Partido Comunista no era el único responsable de estos errores, ya que, como hemos visto, no era él quien dirigía ni la guerra ni el Gobierno. Pero tampoco planteó un cambio de estrategia, ni luchó por movilizar a las masas en ese sentido, ni tampoco por asumir a su debido tiempo las responsabilidades que debía haber asumido.

Todo lo anterior no quiere decir que el Partido Comunista no tuviera grandes aciertos en la guerra, ya que fue él su alma y su más heroico soldado; sin embargo, se trata de sacar las lecciones que se imponen.

2.- POLITICA CON RELACION A LAS FUERZAS ARMADAS

Se incurrió en errores de tipo derechista en la política de alianzas y, al adoptar una línea estratégica militar equivocada, es lógico que se cayera en errores en la política con relación al Ejército.

Hay que decir, en primer término, que la política de creación del Ejército Popular aplicada por el Partido Comunista fue justa. No se podía continuar la guerra y menos alcanzar la victoria sin un Ejército Popular. Este fue uno de los grandes aciertos del Partido Comunista y una de las pocas veces que aplicó correctamente la política de alianzas y de iniciativa a la vez ya que, para lograr este fin, no esperó aprobación alguna, sino que actuó mediante el ejemplo, lo que obligó a las otras fuerzas antifascistas a aceptar, algunas a regañadientes, la creación del Ejército Popular. Con respecto a esta cuestión Mao Tse-Tung dijo:

"China debe inspirarse de la experiencia de la guerra de España, donde el Ejército Popular republicano se ha constituido en circunstancias extremadamente difíciles" ("Tareas urgentes después del establecimiento de la cooperación", septiembre de 1937).

La formación del Quinto Regimiento fue una de las más justas y grandes realizaciones, de la que tuvo la iniciativa el Partido Comunista, y que hizo posible la resistencia. El Quinto Regimiento y su posterior desarrollo es algo de lo que nos podemos enorgullecer, pues fue la unidad militar que tuvo más espíritu de disciplina y de Ejército Popular. Fue el ejemplo, el crisol, el núcleo del Ejército. El pueblo español guardará siempre un imperecedero recuerdo del Quinto Regimiento y posteriormente del Quinto Cuerpo de Ejército, así como de todas las unidades comunistas, pues fueron la más genuina expresión del pueblo revolucionario en armas, no sólo por su abnegación y heroísmo, sino también por su unidad con las masas populares que vieron siempre en esas tropas a sus más fieles representantes. Como base y médula de la lucha y del Ejército Popular, el Quinto Regimiento desempeñó un papel de primera importancia, hasta el punto de que el Gobierno del Frente Popular tuvo que considerarlo no sólo como las mejores tropas, sino también como las más fieles. Había una gran diferencia entre estas unidades y las no comunistas, mandadas muchas veces por derrotistas e incapaces.

Sin embargo, el justo afán de crear un Ejército Popular llevó al Partido Comunista a aceptar concesiones de principios. Para la creación de este Ejército, el Partido entregó al Gobierno Republicano el Quinto Regimiento y con ello perdió su dirección general y no ganó la de todo el Ejército. Es un hecho innegable que la dirección general de la guerra y el Ejército estuvo siempre, en gran parte, en manos burguesas y pequeñoburguesas, titubeantes y claudicantes, ya que la mayoría de los altos mandos eran anticomunistas y los puestos claves de dirección del Estado Mayor general estuvieron siempre vedados al Partido Comunista. De esta forma se dio la paradoja de que a pesar de que siendo más de la mitad de los combatientes del Ejército Popular comunistas o de la J.S.U. (Juventud Socialista Unificada) y de que el Partido contaba con los mejores mandos y oficiales y las mejores unidades, no estuvo nunca en nuestras manos el control de dicho Ejército sino en manos de los militantes burgueses y pequeñoburgueses profesionales. La dirección máxima de los asuntos militares estuvo siempre en manos de estos, causa principal de que se adoptara una estrategia y una táctica inadecuadas al carácter popular de nuestra guerra.

Indalecio Prieto, en tanto que Ministro de la Guerra, hizo cuanto pudo por castrar al Ejército Popular de su espíritu revolucionario, de nuevo tipo, y por imponer medidas contrarrevolucionarias que el Partido no debió aceptar nunca, como, por ejemplo, la de apartar sistemáticamente de los puestos de mando a los comunistas. Indalecio Prieto, para suprimir de los mandos del Ejército a los comunistas, esgrimió su "teoría" de la "proporcionalidad", lo que tuvo como resultado que en los puestos de mando se colocara a militares incompetentes y sin el entusiasmo revolucionario necesario para dirigir una guerra Popular, como fue la nuestra. Prieto no sólo prohibió la participación de los militares en los actos populares, sino que además hizo cuanto pudo por burocratizar a los Comisarios Políticos (a los que no pudo suprimir, pese a sus intentos). Muchos de los comisarios políticos, en su mayoría comunistas, fueron sustituidos por elementos ineptos y sin espíritu revolucionario. Las traidoras aberraciones del "socialista" Prieto, le llevaron hasta prohibir que se hiciera propaganda política dirigida a los soldados de las filas enemigas....

Nada de extraño tiene que Prieto hiciera esas cosas, dada su naturaleza, pero lo asombroso es que el Partido Comunista aceptara esas medidas. Es evidente que un Ejército en esas condiciones dejaba de ser popular, y que sin un Ejército Popular no se podía ganar una guerra revolucionaria contra el fascismo.

En conclusión, puede afirmarse que el Partido participó con todas sus fuerzas en el Ejército Popular. Las mejores unidades (y esto no ha habido nadie capaz de negarlo) fueron las comunistas, gracias a las cuales se pudo crear un Ejército Popular con unidades poderosas y disciplinadas. Fue este una gran contribución militar del Partido y sus militantes, muy superior a los de todas las otras fuerzas. Sin embargo, las fuerzas comunistas no desempeñaron el papel político y militar que les correspondía para haber logrado la hegemonía proletaria en la dirección de la guerra; por el contrario, fueron utilizadas por los pequeñoburgueses para sus propios fines. El no haber conservado la independencia en el terreno militar ocasionó, pese a tener las mejores unidades y las más grandes numéricamente, que el Partido Comunista nunca tuviera la influencia decisiva en los puestos claves del Ejército.

Todo lo anterior fue la causa principal de que las fuerzas armadas del Partido Comunista no desempeñaran el papel que les correspondía y que no lograran imponer la justa política de resistencia hasta la victoria. En muchos casos se vieron aisladas, incluso traicionadas, como en el caso de la Batalla del Ebro, por otros sectores mandados por militares burgueses que se mantuvieron inactivos a pesar de tener "planeadas" ofensivas para ayudarlas, mientras las mejores unidades se desangraban.

Así pues, el Partido Comunista, que fue el impulsor y creador del Ejército Popular, sin embargo nunca tuvo su dirección, con lo cual inclusive las unidades compuestas por comunistas se vieron envueltas no pocas veces en acciones descabelladas y sujetas a traiciones. Esto pone de manifiesto algo que el Partido Comunista no realizó: la independencia de las fuerzas armadas del Partido Comunista si en un momento no es posible tener la dirección de todo el Ejército. En su justo afán de crear el Ejército Popular, cayó en concesiones, como ésta, de principio.

El ejemplo de la revolución china es totalmente opuesto y entraña el mantenimiento de los principios. Cuando se creó el Frente Unido en China, las fuerzas armadas dirigidas por el Partido Comunista (Ejército Rojo de Obreros y Campesinos) pasaron a formar parte del ejército del Kuomintang y se denominaron VIII Ejército de Ruta. Esta fue, sin lugar a dudas, una concesión del Partido Comunista, mas no una concesión de principios, pues si bien el Ejército Rojo quedó encuadrado en el Kuomintang, la dirección técnica, operacional y estratégica siguió en manos del Partido Comunista. Era éste el que decidía cómo y cuando actuaba el VIII Ejército, y nunca

permitió que el Kuomintang se apoderara de esa dirección, llegando incluso a enfrentarse con las armas a las tropas kuomintanistas cuando estas pretendieron imponer su dirección.

Es éste un claro ejemplo de cómo deben actuar las fuerzas armadas del Partido Comunista en momentos en que no es posible tener la dirección total del Ejército ni de las operaciones militares.

Por el contrario, en nuestra Guerra Nacional Revolucionaria se hizo todo lo contrario, se encuadró el V Regimiento en el Ejército Popular, lo que era justo, pero se entregó también su dirección técnica, operacional y estratégica, con lo cual se privó al pueblo de su brazo armado más consciente y firme, y el Partido Comunista no pudo tener nunca iniciativa alguna en el terreno militar, viéndose obligado a seguir tras los militares profesionales de la pequeña burguesía y de sus concepciones militares y estratégicas.

Asimismo, el Partido, en su justo afán por crear un ejército popular poderoso que pudiera hacer frente al fascista de tipo clásico, y llevado de su error en el terreno de la estrategia general de la guerra, insistió en el servicio militar obligatorio, lo que constituyó un grave error, consecuencia de los generales ya señalados en la política militar. Un ejército popular (salvo en el caso de que el Partido Comunista y la clase obrera estén ya firmes en el Poder), tiene que estar compuesto por voluntarios, pues basa su propia fuerza en la conciencia de cada soldado y oficial. Dada la estrategia equivocada que se adoptaba, hacía falta un gran número de reservas, pero las que se conseguían por este método eran de baja moral. Por otra parte, en una guerra revolucionaria, el servicio militar obligatorio, que obviamente no selecciona, entrafía en muchos casos introducir al enemigo en las filas revolucionarias y, lo que es mucho más grave, en su brazo armado, ocasionando así generalmente un descenso de moral y de conciencia en conjunto del Ejército revolucionario.

En nuestra guerra los reclutas así incorporados, que eran destinados a unidades comunistas generalmente, a excepción de los traidores, adquirirían, en su mayoría, el espíritu y la conciencia de esas unidades, pero los que no iban a unidades comunistas rebajaban aún más su moral y hacían menos firmes esas tropas. En general, esto se dejó notar al final de la guerra en todo el Ejército Popular.

La política del Partido Comunista debió de haber sido de movilización masiva para incorporar voluntarios, así no sólo se hubiera logrado soldados de gran calidad moral, sino que se hubiera podido también limpiar el Ejército Popular de mandos traidores y vacilantes, ya que tales masas de soldados hubieran desempeñado un papel revolucionario inclusive imponiendo medidas y cambios en las fuerzas armadas populares que hubieran ido conformando a estas como un genuino Ejército Popular cada vez más estrechamente ligado al pueblo.

Esta política de movilización masiva para incorporar voluntarios al Ejército Popular era posible puesto que el pueblo español estaba contra el fascismo y por la revolución. Ello quedó demostrado durante la ofensiva fascista sobre Cataluña (y eso que había ya una baja moral), cuando la J.S.O. se movilizó y en pocos días completó dos divisiones de voluntarios. Es esta una prueba de que con una gran movilización de masas la política de un Ejército Popular voluntario es valedera inclusive en momentos difíciles. El Partido Comunista no comprendió esto y optó por seguir el camino más fácil para lograr reservas: el de obligar a incorporarse al Ejército Popular. Eso era lo más fácil: bastaba un decreto y convencer a algunos pocos de la necesidad de él. La otra solución, la justa, era más ardua (generalmente el camino revolucionario es el más arduo siempre), había que movilizarse y movilizar a las masas en ese sentido y convencer a muchos. Pero aunque esto pudiera parecer difícil, no lo era tanto si se hubiera tenido una visión revolucionaria, marxista-leninista del problema, porque el Partido Comunista estaba ya movilizado para ésta y para cualquier otra tarea y

que la mayor parte de las masas también. El carácter de nuestra guerra no permitía un ejército de soldados reclutados obligatoriamente, dado que era una guerra revolucionaria, popular.

Las vacilaciones políticas tuvieron como consecuencia vacilaciones militares frente a los traidores y derrotistas y frente al enemigo. La lucha interna en el seno del Partido Comunista (de la dirección, esencialmente), que estuvo presente a lo largo de la guerra, entre la línea revolucionaria y la línea oportunista de derecha, tuvo una nefasta influencia en los acontecimientos, al ser la oportunista la que a todas luces se impuso.

Esas vacilaciones e inconsecuencias se manifestaron más que nunca en la falta de reacción ante el traidor golpe de la camarilla Casado-Besteiro-Miaja. Ante la traición que se preparaba, el Partido Comunista no reaccionó enérgicamente. El mismo José Díaz en su trabajo "Las lecciones de la guerra del pueblo español" (escrito poco antes de morir y que ha sido mutilado por los revisionistas, al igual que otros muchos trabajos de Díaz imposibles, de encontrar hoy), dice:

"En su esfuerzo para mantener el Frente Popular (el Partido) no previno a tiempo al pueblo que los representantes de otros partidos y organizaciones estaban usando el Frente Popular como una careta para sus traidoras actividades. Preocupado principalmente de la situación del Frente en vista de inevitables ataques del enemigo, descuidó de movilizar a las masas contra los traidores y no aplastó la rebelión traicionera aunque tenía a su disposición las fuerzas necesarias" (Subrayado por nosotros.)

Todo dejaba prever la traición de Casado; se tenían datos concretos, pruebas irrefutables, pero el Partido Comunista no supo reaccionar y movilizar a las masas. Años más tarde, Dolores Ibárruri, para autojustificarse y justificar la línea oportunista de derecha que ella defendió durante la guerra, dice en su libro "El único camino":

"¿Cómo podía yo imaginar que aquel hombre (Casado) había ya planeado la traición a la República y la entrega del pueblo al hacha del fascismo?" (Reflexión hecha después de una entrevista con Casado).

La camarilla Casado-Besteiro-Miaja preparó su traición y la entrega del pueblo a Franco con toda impunidad. Cientos de comunistas fueron encarcelados, algunos asesinados y muchos entregados a Franco. Los anarquistas

"...abandonaron el frente y abrieron el paso al enemigo. Se convirtieron en una fuerza armada de la camarilla Casado-Besteiro-Miaja. La actividad de ciertos dirigentes anarcosindicalistas se redujo por completo a salvar a los falangistas" (José Díaz, "¿Cuál fue la situación en España?")

Conviene señalar que uno de los partícipes en la traición de Casado, y uno de los más activos, fue el "socialista" Wenceslao Carrillo (padre del actual capitosteo revisionista Santiago Carrillo), el cual envió a los gobernadores militares y civiles republicanos telegramas como los siguientes:

"Diga rápidamente V. E. si acata Junta Gobierno recientemente constituida. En caso negativo aténgase consecuencias" (Telegrama enviado el 6 de marzo de 1939) (28)

"Proceda V. E. a la detención de todos los comunistas significados en la provincia de su mando" (Enviado el 17 de marzo de 1939).

Sin embargo, cuando hace unos años murió ese criminal y traidor, el Mundo "Obrero" revisionista le dedicó elogios por su "...pasado de luchador del pueblo...". ¡La degeneración política del equipo de Carrillo-Ibárruri, y de Carrillo en especial, no tiene límites!

El Partido Comunista no organizó la resistencia contra el golpe de los traidores casadistas. Sólo algunos dirigentes, como el heroico Pedro Checa, se quedaron en España organizando el repliegue mientras los demás dirigentes se ponían a salvo. Es cierto que hubo intentos de resistencia, pero fueron producto del valor personal de algunos heroicos militantes de base del Partido Comunista y de algunos cuadros. La resistencia que opusieron a la traición y a la claudicación fue heroica y muchos de ellos pagaron con su vida su valor. Dieron un ejemplo de entereza comunista que ha de estar siempre presente en la mente de los marxistas-leninistas.

EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO EN NUESTRA GUERRA. SU APOYO A LA SUBLEVACION FASCISTA.

De manera notable, la penetración norteamericana en España dio comienzo en la década de los años veinte al treinta, con la instalación, primero, de la refinería de petróleos "Compraflet" bajo control de la Standard Oil N. J. Sin embargo, el hecho de mas consecuencias políticas fue la entrega, a la International Telegraph and Telephon Co. del grupo Morgan, de la naciente red nacional de teléfonos automáticos. Esta entrega, antinacional, se efectuó en 1924 siendo rey el felón Alfonso XIII, abuelo del Pelele, y dictador el general Primo de Rivera.

A partir de estas fechas se fueron tejiendo y estrechando las relaciones entre el imperialismo norteamericano y las fuerzas reaccionarias de la oligarquía española. El año 1931, al constituirse el gobierno Aznar (último de la monarquía), la Banca Morgan acudió en ayuda del régimen monárquico ofreciéndole un crédito de 60 millones de dólares.

Tras el 14 de abril y la Proclamación de la II República, la Banca Morgan siguió complotando contra la democracia en España y, a los dos meses de vida del régimen republicano, lanzó un ataque contra la peseta, que obligó al gobierno a exportar cerca de 300 millones de pesetas-oro a Francia, a fin de defender la moneda española en los mercados internacionales.

En 1932 el gobierno republicano intentó limitar los privilegios de la ITT en la telefónica. Pero dada la falta de vigor de los dirigentes republicanos, bastó que el gobierno de los EE.UU. amenazara con romper las relaciones diplomáticas, para que quedaran intactos los intereses y privilegios imperialistas de la ITT.

Mas sin lugar a dudas uno de los grandes crímenes perpetrados por el imperialismo yanqui a lo largo de su historia lo constituye el apoyo y la ayuda que desde el comienzo prestó a las hordas fascistas sublevadas contra la República y, posteriormente, a la dictadura de Franco.

La compañía norteamericana TEXAS Co. (una de las ramas de la Standard Oil) había suscrito en 1935 un contrato para el suministro de petróleo a la CAMPSA. En el marco de este contrato entre la TEXACO y el gobierno español, cinco petroleros de la TEXACO se encontraban en alta mar, camino de España, en julio de 1936. El norteamericano T. Rieber, presidente en aquellos momentos de la TEXACO, viajó a Burgos en cuanto tuvo noticia de la sublevación y puso su petrolero a disposición de los generales fascistas sublevados, telegrafando inmediatamente a los cinco petroleros de la TEXACO para que desviarán su rumbo y se dirigieran con el petróleo a un puerto ocupado por los rebeldes fascistas.

La TEXACO resolvió así a los sublevados uno de sus más angustiosos problemas logísticos. Según cifras publicadas por Herbert Feis, los suministros de petróleo suministrados a crédito por la TEXACO a Franco desde julio del 36 al final de la guerra, fueron en toneladas:

1936.....	344.000
1937.....	420.000
1938.....	478.000
1939.....	624.000

A finales de la guerra el petróleo suministrado a crédito por la TEXACO a Franco sumaba más de 6. 000. 000 de dólares. Los suministros procedían de la refinería de Port Arthur en Texas y se efectuaban a veces bajo el camuflaje de envíos a Francia u otros países. No en balde el pro-

franquista yanqui Rieber fue luego condecorado por la dictadura con la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Al estallar la sublevación, el gobierno de los EE.UU. adoptó una política de doble faz. Por un lado, proclamó que se "abstendría de toda interferencia" y que mantendría la "neutralidad". Por otro lado, pronto se comprobó que todo ello no era sino una pantalla tras la cual poder apoyar a los rebeldes fascistas y atacar contra la República y la democracia.

Así, en agosto de 1936, al consultar la compañía Glenn L. Martin al Departamento de Estado sobre la conveniencia de cumplir un contrato, ya antiguo, con el gobierno español, referente a la venta de 8 aviones, la respuesta del gobierno yanqui señalaba a la compañía que la venta de esos aviones no correspondía al espíritu de la política del gobierno. No contentos con esta forma de presionar y de ahogar el comercio con un gobierno legalmente instaurado y reconocido en todo el mundo como era el de la República española, el 8 de enero de 1937, el presidente Roosevelt y su secretario Hull hicieron aprobar la llamada "Ley de Embargo" prohibiendo el envío de cualquier suministro de armamento y otros materiales estratégicos a España. El mismo Franco, al conocer esta ley comentó: *"El presidente Roosevelt se ha portado como un verdadero caballero"*.

La Ley de Embargo, que impidió la venta de suministros a la España republicana, no impidió que la TEXACO suministrara a Franco las cantidades de petróleo que hemos mencionado, ni que las compañías Studebaker, Ford y General Motors suministraran a los ejércitos franquistas más de 12.000 camiones y otros vehículos, pagados también a crédito. Esta ley no prohibió tampoco la presencia del representante de la Standard Oil, Mr. Middleton -a través del cual se gestionaba el suministro de petróleo, entre otras cosas- en Burgos, al lado del gobierno franquista, durante la mayor parte de la guerra.

El gobierno norteamericano presionó también sobre otros países para que tampoco vendieran armas a la España republicana. Es conocido el hecho de una compañía mexicana que en diciembre de 1936 adquirió unos aviones civiles en Norteamérica con el propósito de venderlos luego al gobierno español. Para impedir esta venta, el gobierno yanqui no dudó en promover un escándalo diplomático, presionando descaradamente sobre el presidente de la República mexicana.

En realidad, la política norteamericana, con su etiqueta de "neutralidad", era una variante y un complemento de la "No Intervención". Al respecto, el embajador norteamericano en España, Mr. Bowers, escribió:

"El Comité de No Intervención y nuestro Embargo representan una poderosa contribución al triunfo del Eje sobre la democracia española".

Aunque Mr. Bowers no señala que los aviones de Hitler que destruyeron Guernica pudieron hacerlo porque la TEXACO suministraba el combustible necesario. El historiador franquista Manuel Aznar señala al respecto algunos pormenores:

"...(La TEXACO)...comprendiendo perfectamente el sentido del movimiento español, se ofreció a los requerimientos de Burgos, vendió al gobierno de Franco todos los productos que necesitaba la Junta Técnica y puso su flota a disposición del alzamiento; cuando se le consultó sobre la forma de pago contestó, en telegrama cursado un día de octubre de 1936 "...no se preocupe del pago..." El hecho es que las autoridades militares encontraron resuelto el gravísimo problema del combustible y las Fuerzas del Aire han podido

consumir más de 100 millones de litros sin que jamás se haya interrumpido el suministro"

Pero los EE.UU., que intervenían acerca de otros gobiernos para impedir la venta de armas y suministros estratégicos a la España republicana, encontraban "perfectamente legal" vender las bombas a Italia y Alemania que luego habrían de arrojar sus aviones sobre las ciudades españolas. Así, cuando se comprobó que los aviones italianos que bombardeaban Barcelona arrojaban bombas de fabricación norteamericana, el mismo presidente Roosevelt no tardó en proporcionar una cínica explicación al hecho:

"Hemos leído -dijo- que bombas de fabricación americana han sido lanzadas sobre Barcelona por los aviones de Franco. Eso es posible... Habrán sido vendidas al gobierno alemán, lo que es perfectamente legal, o a compañías alemanas, lo que también es perfectamente legal, mandadas a Alemania y reexpedidas a las fuerzas de Franco". (Conferencia de prensa del 21 de abril de 1938).

Junto a toda esta ayuda material y diplomática, los círculos de la burguesía monopolista norteamericana promovieron una feroz campaña propagandística contra la España republicana, especialmente a través de los magnates de la prensa (H.R.Luce, Hearts y otros) y de una parte de la jerarquía católica. Un papel singular de esta siniestra labor desempeñó el cardenal Spellman, que eligió entonces a Franco como "hombre sincero, serio e inteligente" y que propició, con ayuda del clérigo fascista Coughlin, la creación de una oficina de propaganda franquista en Nueva York, la "Unión Norteamericana de la España Nacionalista". Spellman y los suyos, que al final de la II Guerra Mundial serían los teólogos de la guerra fría, presentaban a Franco como un "cruzado" luchando contra los males de este mundo: el "ateísmo" y el "comunismo".

El Departamento de Estado y la diplomacia norteamericana en Europa (particularmente el embajador en Londres J. Kennedy y el embajador en París W. Bullitt), representaron un papel de primera fila en la hipócrita política de "No-Intervención", ya que esta fue en realidad el engendro monstruoso del imperialismo yanqui y de los gobiernos inglés y francés.

Al denunciar el criminal papel del imperialismo norteamericano en nuestra guerra a favor de Franco, en la cual se destacó como enemigo abierto de nuestro pueblo, no olvidamos que la causa popular tuvo también valiosos amigos en los EE. UU. y que, salidos de entre lo más avanzado del pueblo norteamericano, llegaron a España y lucharon al lado del pueblo español contra el fascismo los "voluntarios de la libertad" estadounidenses, una parte de los cuales dejó su vida y su sangre generosa en el suelo de España.

Tras el fin de la II Guerra Mundial comenzó a crecer en grandes proporciones la penetración económica de los EE. UU. en la España franquista, penetración que fue "legalizada" y que dio un salto cualitativo con los ignominiosos acuerdos yanqui-franquistas de 1953.

En la actualidad, el imperialismo norteamericano domina sobre nuestro país en todos los terrenos: político-militar, económico, cultural, etc., en estrecha alianza con el régimen monarcofascista y vendepatrias. De ahí que al contrario de la camarilla revisionista -que ha abandonado por completo la lucha antiyanqui y que incluso ha dado su acuerdo a la penetración económica y a las bases militares- nuestro Partido ha levantado la bandera antiyanqui y se encuentra en la vanguardia del combate antiimperialista de nuestro pueblo.

EL PROBLEMA DE LAS COLONIAS: “UN PUEBLO QUE OPRIME A OTRO NO PUEDE SER LIBRE”

La monarquía borbónica restaurada en 1874 quiso superar la grave crisis de la decadencia imperial de finales del siglo XIX empleando en nuevas aventuras coloniales el desproporcionado cuadro de jefes y oficiales militares repatriados de las últimas colonias del viejo imperio. Las contradicciones entre los dos grandes imperios coloniales, Inglaterra y Francia permitieron a la monarquía borbónica emprender la aventura de África a primeros de siglo.

Las campañas de África, que fueron una sangría de hombres y dinero, dieron ocasión a los jefes y oficiales del Ejército que la monarquía sostenía en Marruecos de obtener ascensos y medallas y de enriquecerse con su parte del botín colonial.

En la aventura colonial de África fueron sacrificados varias decenas de miles de jóvenes españoles por una causa que repudió todo el pueblo y que sólo servía a los intereses de una camarilla colonialista, estrechamente ligada a la corona de Alfonso XIII y a las ambiciones de los generales, jefes y oficiales del Ejército colonial, los llamados "africanistas".

La casta de los militares africanistas se fue formando con los generales, jefes y oficiales más reaccionarios, más leales a la monarquía, del Ejército. Eran los "gentilhombres de su Majestad", los jefes y oficiales de las unidades mercenarias marroquíes (Regulares) del Tercio y de la Legión. Eran los preferidos del rey felón, los que ganaban sus galones asesinando al pueblo marroquí. Eran los Franco, Millán Astray, Sanjurjo, Mola, Goded, Yagüe, Fanjul, Valera, Aranda, Alonso Vega, García Valiño, Muñoz Grandes, Esteban Infantes y otros. Esta casta militar, que había hecho de la guerra de rapiña su razón de ser y su profesión, constituía ya entonces y lo fue después, el brazo armado de la mas negra reacción y del fascismo. Para reprimir la revolución minera de Asturias de octubre del 34, las castas reaccionarias destacaron a los generales africanistas y, en especial, a uno de sus hombres fuertes, Francisco Franco, el asesino que utilizó unidades de la Legión y de Regulares -dándole carta blanca para cometer toda suerte de atrocidades y fechorías- contra los trabajadores españoles.

Si bien los dirigentes republicanos no alcanzaron a depurar el Ejército de los jefes y oficiales africanistas y monárquicos, ni a revisar la política colonial de la monarquía, la reacción oligárquica sí que supo utilizar a su brazo armado, no sólo para proteger sus intereses en las colonias, sino también para reprimir al propio pueblo español y, llegado el momento, para encabezar la sublevación fascista.

A raíz de octubre de 1934 los generales Fanjul, Franco, Goded, Mola, los jefes tales como Aranda, Varela Yagüe, Moscardó y otros militares africanistas fueron colocados por Gil Robles en los puestos claves del ejército.

El periodo republicano iniciado en 1931 no supuso ventaja ni avance alguno para los pueblos de las colonias (Protectorado de Marruecos, Sahara, Guinea Ecuatorial). Los gobiernos republicanos, tanto los de coalición republicano-socialista como los del bienio negro, prosiguieron la misma política colonial de la monarquía, llevándose a cabo incluso nuevas operaciones militares, tales como la ocupación de Ifni y parte del Sahara en 1934. Todas las demandas presentadas a las autoridades republicanas, tendentes a mejorar la situación de las poblaciones colonizadas, incluso las más moderadas, presentadas por los más moderados líderes nacionalistas, fueron rechazadas de

plano. Ninguna de las libertades conquistadas por los pueblos de España a raíz del 14 de abril de 1931 llegaron más abajo de Tarifa.

Pero si resulta históricamente comprensible que gobiernos republicanos y los líderes socialdemócratas no hicieran nada por resolver el problema colonial, actuando, por contra, desde el gobierno como verdaderos colonialistas, lo que resultó un grave error político de gran magnitud fue que al constituirse el Frente Popular, y una vez constituido el conjunto de las fuerzas que lo integraron, siguieron "olvidando" que a 17 Km. de la península, en el norte de Marruecos, España mantenía bajo su dominio un territorio colonial de 20.000 Km. cuadrados, con una población superior al millón de habitantes. Y que dicho territorio, verdadero nido de los militares africanistas, los verdugos del pueblo marroquí, constituía la base de operaciones del Tercio, la Legión, los Regulares y las tropas coloniales en general y, por ende, las fuerzas que fueron el principal apoyo militar de la sublevación fascista en gestación. El Frente Popular, constituido para cortar el paso al fascismo, le dejó a este un campo de operaciones para complotar que resultaría decisivo.

Poco quieren hablar de este problema los actuales revisionistas y, cuando rara vez lo mencionan, se escudan en las incomprensiones de las otras fuerzas que integraron el Frente Popular. Pero lo cierto es que el Partido Comunista ni presionó para incluir en el Programa del Frente Popular la cuestión colonial ni llevó a cabo un enérgico trabajo político independiente al respecto. Esto, a pesar de que el desmembramiento de Marruecos había contado con una fortísima resistencia armada del pueblo marroquí, que había luchado y seguía luchando por su independencia.

Merced a esta política de naturaleza social-colonialista, que daba la espalda a las reivindicaciones nacionales del pueblo marroquí, éste pasó a ser, de inmediato, una reserva directa de la sublevación fascista. Para las masas marroquíes tan colonialistas eran los gobiernos del Frente Popular como los militares fascistas sublevados. Por ello, en medio de la pasividad total del pueblo marroquí, los militares fascistas se apoderaron de todo el territorio del Protectorado en menos de 24 horas sin encontrar apenas resistencia.

Así, mientras que el pueblo español aplastaba la sublevación en Madrid, Barcelona y la hacía fracasar prácticamente en toda la península, en el Protectorado los puertos y aeródromos, las unidades de élite y el material militar quedaban en manos de los sublevados.

Se sabe que una delegación nacionalista marroquí estuvo en España en agosto del 36, entrevistándose con los dirigentes del Frente Popular y con, al menos, un dirigente del PSUC, Rafael Vidiella. La delegación marroquí exigía que la España republicana proclamase la independencia del Protectorado marroquí y apoyase con suministro de armas a las fuerzas nacionalistas y que estaban dispuestas, si esto se cumplía, a luchar contra el Ejército franquista en su propia base militar de partida: Marruecos.

Era evidente que, en aquellas circunstancias, declarar la independencia de Marruecos era oponerse al colonialismo francés, era chocar con el gobierno socialdemócrata de León Blum, pretendido aliado, cosa que no iban a hacer por su propia voluntad ni los dirigentes socialdemócratas españoles ni los políticos republicanos. Pero el Partido Comunista contaba ya entonces, no sólo con la suficiente fuerza e influencia de masas, sino también con dos ministros en el Gobierno del Frente Popular y con otras potentes palancas como para, en nombre de la causa común, que era ganar la guerra y aplastar al fascismo, haber exigido la declaración de independencia de Marruecos y la renuncia a las colonias.

El Frente Popular y el Partido Comunista como fuerza independiente, dieron la espalda a las justas reivindicaciones marroquíes, dejando así el campo libre a los fascistas sublevados, quienes hasta entonces y excepto las unidades mercenarias de Regulares, sólo habían logrado reclutar contados jóvenes marroquíes. La República, el Frente Popular y la clase obrera, pagaron pronto las consecuencias de esta política. Pocos meses después, en 1937, al mando de los fascistas, había en la Península más de 150. 000 soldados marroquíes.

Tanto el Partido como en general todas las fuerzas revolucionarias que integran el F.R.A.P. han sacado las lecciones que la historia les ha deparado y, actualmente, se encuentran en la vanguardia de la denuncia y la lucha del colonialismo español y en el movimiento de solidaridad, con las fuerzas que, como el F.PO.LI.SA.RI.O. en el Sahara Occidental, luchan por su libertad e independencia. El punto 5 del Programa del Partido aprobado en su I Congreso dice textualmente:

"Supresión de los restos coloniales. Evacuación de las tropas españolas y del aparato administrativo colonial que la dictadura tiene establecido en los territorios de África que hoy ocupa. Devolución a sus respectivos pueblos de estos territorios".

Por su parte, el punto 5 del Programa del F. R. A. P. exige la LIQUIDACION DE LOS RESTOS DEL COLONIALISMO ESPAÑOL.

ALGUNAS CONCLUSIONES QUE SE IMPONEN

De todo lo expuesto se pueden sacar muchas lecciones y conclusiones, de entre las cuales cabe señalar de manera especial:

1. - Sin la hegemonía del proletariado, a través de su Partido, un Frente Unido Revolucionario no puede mantener su unidad, ni conducir, al pueblo a la victoria.
2. - No hay que aferrarse a las formas de poder establecidas, y hay que ser flexibles y aprovechar las que el pueblo se da en el transcurso de la lucha revolucionaria y siempre que sean correctas, forjando nuevos cauces de Poder popular.
3. - La política de concesiones de principios (pudiéndose hacer concesiones secundarias), de vacilaciones y de "no asustar" no conducen más que al rompimiento del Frente Unido y a la derrota. El Partido tiene que ponerse a la cabeza, y no la pequeña burguesía.
4. - La unidad de la clase obrera y la alianza obrero-campesina no se pueden lograr fusionándose con las direcciones de los partidos obreros pequeño-burgueses. Esa unidad ha de lograrse por la base, mediante el proselitismo y el ejemplo. La unidad del Partido de la clase obrera sólo se puede establecer sobre la base de los principios, entre auténticos marxistas-leninistas, y no con los social-reformistas. No comprender esto es entregarse al oportunismo.
5. - La política de alianzas debe ser clara: de unidad y crítica. Unirse a los avanzados, atraerse al centro y aislar a los derechistas recalcitrantes. La base de toda política de alianzas es la unión proletaria y la alianza obrero-campesina. Sin esa base, ningún Frente Unido puede mantenerse sobre una base revolucionaria.
6. - El Partido no puede pretender hacerlo todo a través del Frente Unido, y debe conservar su independencia dentro de él (al igual que las otras fuerzas), realizando por su cuenta las medidas necesarias, incluso sin contar con sus aliados, siempre que estas medidas no vayan contra la línea general del Frente Unido.
7. - Sin un Ejército popular, encabezado fundamentalmente por el Partido Comunista no puede ni soñarse con lograr el triunfo en una guerra popular revolucionaria. Este ejército debe ser político ("El Partido manda al fusil y jamás permitiremos que el fusil mande al Partido", Mao Tse-Tung), formado, fundamentalmente, por voluntarios y contar con un amplio movimiento guerrillero. Sólo un ejército así puede adoptar una estrategia conveniente al carácter y tipo de esa guerra.
8. - Hay que golpear y aplastar a las tendencias derrotistas y traidoras de la pequeña y media burguesía sin piedad, pues son una gangrena que puede terminar por pudrirlo todo.
9. - Hay que preparar al pueblo para librar una guerra prolongada y en cualquier circunstancia. El no hacerlo así -como nos pasó a nosotros- agota a las masas, que esperan siempre un fin rápido de la guerra, y mina su moral.
10. - El Partido tiene que tomar medidas para, continuar clandestinamente la lucha -lo que tampoco hizo el Partido Comunista- y estar preparado para continuar la guerra en cualquier circunstancia, aún en las mas difíciles.

Miles de héroes comunistas, junto a otros antifascistas regaron con su sangre los campos de España. No se podría hacer un análisis marxista-leninista de la actuación del Partido en la guerra sin poner en primer término su heroísmo y también su justa línea general de resistencia y de lucha. Cualquier valoración de nuestra guerra tiene que contener, como primer y fundamental análisis, esta verdad. Más, al mismo tiempo, debemos reconocer y analizar las fallas y errores. Para evitar que errores cometidos durante nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo vuelvan a repetirse, es necesario que el nuevo Partido Comunista de España (marxista-leninista) se forje en la teoría y en la práctica, utilice la crítica y la autocrítica, eleve constantemente su nivel teórico e ideológico, sea monolítico y fuerte orgánicamente y se ligue indisolublemente a las masas populares, pues ellas son a la vez nuestros maestros y nuestros alumnos.

Por eso, una de nuestras primeras tareas ha sido la de estudiar y analizar las causas de la derrota que sufrió el pueblo español hace cuarenta años, ya que sin ello no podremos prepararnos para las batallas que se avecinan contra la dictadura fascista y el imperialismo norteamericano.

ANEXO I

SOBRE EL BIENIO NEGRO

En noviembre de 1.933, luego de haber sido promulgada la ley de elecciones en la que por medio de diversos mecanismos bajo la presión de la burguesía se violaba y deformaba el valor del voto directo, se celebraron elecciones de diputados a Cortes. Debido a lo anterior y a la división de las izquierdas y en especial la de la clase obrera, que dispersaron así sus votos, obtuvo la mayoría la concentración de derechas. Esto lo demuestra el que las derechas unidas alcanzaron a 3.255.000 votos aproximadamente y lograron 217 diputados, mientras que las izquierdas al dispersar sus votos, con 3.550.000 votos sólo obtuvieron 99 diputados. Así comenzó lo que se ha llamado "el bienio negro", que fue el intento de la reacción de tomar el Poder sin guerra civil. Esta maniobra comenzó con estas elecciones y la instauración de un gobierno presidido por el viejo demagogo Alejandro Lerroux; los pasos posteriores fueron el ir implantando una dictadura de corte fascista por medio "legales". El siguiente paso fue el gobierno de centro-derecha en el año 1.934, lo que produjo la inmediata reacción de la clase obrera, la huelga general en toda España y el alzamiento revolucionario de los heroicos mineros asturianos que resistieron 15 días los ataques de las tropas coloniales mandadas por Franco, antes de ser aplastados a sangre y fuego. Vino después un período de gran represión y agudizamiento de la dictadura fascista, con miles de presos políticos y asesinatos, disolución de partidos y sindicatos, etc., y que preparó el terreno para que entrase como ministro de Defensa José María Gil Robles, jefe de las derechas. Así se daban los últimos toques a la maniobra de implantar el fascismo en España por medios "constitucionales". Sin embargo las derechas se dividieron entre partidarios de implantar el fascismo en esta forma y los que propugnaban por ir ya a la toma violenta del Poder. Estas divergencias produjeron una crisis que culminó con un nuevo gobierno de centro-derecha que disolvió las Cortes el 4 de enero de 1.936 y convocó a nuevas elecciones. En ellas las izquierdas por iniciativa del Partido Comunista formaron el Frente Popular, y, el 16 de febrero de 1.936 obtuvieron la mayoría absoluta en las Cortes con 257 diputados contra 57 del centro y 139 de las derechas. Así se puso fin al "Bienio Negro". Las derechas ante esta derrota decidieron implantar el fascismo por la violencia armada y prepararon la sublevación que fue llevada a cabo unos meses después.

ANEXO II

SOBRE EL QUINTO REGIMIENTO

El Quinto Regimiento fue creado en septiembre de 1. 936, como un paso y una forma para llegar a la formación del Ejército Popular, necesidad ésta inminente para poder hacer frente a la dispersión y atomización política y militar de las milicias, que estaban llevando a sufrir continuas derrotas a la República. El Partido Comunista, analizando justamente las experiencias de otras guerras revolucionarias, tomó como tarea crear el Ejército Popular y su primer paso fue la creación del Quinto Regimiento, para que sirviese de núcleo y ejemplo. El Quinto Regimiento cumplió cabalmente este papel, no solo en el terreno combativo, en el que fue uno de los puntales de la defensa de Madrid, sino también en el organizativo, ya que incluso logró en parte su auto-abastecimiento fabricando cierto tipo de armas ligeras y municiones. Por otra parte su constante desarrollo y fortalecimiento tanto en el terreno de la disciplina y combatividad, como en la formación de cuadros militares, le condujeron a ser sin lugar a dudas el precursor del Ejército Popular, creando las condiciones políticas y militares para la constitución de éste. El Quinto Regimiento fue en realidad el Ejército Popular aún antes de que este se formara. En torno a él, siguiendo sus enseñanzas y experiencias se forjó el Ejército Popular Regular de la República Española. El Quinto Regimiento fue uno de los más grandes aciertos que tuvo el PC en su lucha contra el fascismo, y una prueba de sensibilidad y comprensión revolucionarias. Con la decisión del Gobierno de la República de formar el Ejército Popular, el Quinto Regimiento se autodisolvió y pasó a ser parte y en realidad núcleo central de él.

ANEXO III

SOBRE LAS MEDIDAS REVOLUCIONARIAS TOMADAS EN NUESTRA GUERRA

Las medidas revolucionarias más importantes que se adoptaron en nuestra Guerra Nacional Revolucionaria propugnadas por el Partido Comunista fueron:

1. - La creación del Ejército Popular, lo que era imprescindible para la continuación de la guerra, ya que las milicias dispersas militar y políticamente no podían hacer frente a un enemigo poderoso y esto ocasionaba continuas derrotas militares y conducía a la pérdida rápida de la guerra. Esta medida fue llevada a cabo debido a que el PC por iniciativa propia formó el Quinto Regimiento dando así ejemplo y creando el núcleo del futuro Ejército Popular, y constituyó una de las principales causas de que el pueblo español, resistiera heroicamente durante tres años los ataques abiertos del fascismo y la colaboración solapada del imperialismo mundial.

2. - La Reforma Agraria. La promulgación de este decreto cuando el Partido Comunista estaba en el Ministerio de Agricultura hizo desaparecer en la zona republicana a los latifundistas como clase. Fueron expropiadas sin indemnización 46.896 fincas con un total de 4.086.386, hectáreas, sin contar Cataluña y Euskadi, y entregadas a los campesinos. Además y a pesar de la guerra, el gobierno invirtió más de doscientos millones de pesetas en ayudar a los campesinos con abonos e implementos agrícolas. Por otra parte se apoyó la colectivización de la tierra allí donde los campesinos lo deseaban, siendo estas colectivizaciones ampliamente ayudadas con créditos, utillaje, fertilizantes y semillas.

3. - La nacionalización de facto de la industria. El 23 de febrero de 1.937 se promulgó un decreto por el cual se autorizaba al gobierno a intervenir e incautar las empresas industriales, con el fin de centralizar y poner al servicio de la guerra la industria y acabar con el caos industrial que existía debido a las incontroladas incautaciones y la autogestión obrera anarquista en muchos sectores industriales. Pero este decreto en realidad no llenaba las necesidades de la guerra y era más que nada un compromiso con sectores que se negaban a la nacionalización, aunque dio el marco legal para que el gobierno tomara medidas más avanzadas. La nacionalización de facto de la industria de una u otra forma, controlada o incontrolada, fue en todo caso un hecho que se realizó en toda la zona republicana.

4. - La educación popular. Por iniciativa del Partido Comunista se llevó la cultura a las amplias masas populares. Se destinaron 147 millones de pesetas para la educación se llevó a cabo una gran lucha contra el analfabetismo, incluso en las trincheras, creándose las Milicias de la Cultura que tenían 2.000 escuelas a las que asistían más de 200.000 soldados. Se abrieron a partir del otoño de 1.936 unas 10.000 escuelas y se crearon los Institutos Obreros, para dar acceso a la cultura a todos, independientemente de su situación económica. En estos Institutos podían ingresar todos los hijos de los trabajadores, y éstos mismos entre los 15 y 35 años. Asimismo se llevó el arte y la literatura a las amplias masas, dando representaciones artísticas al pueblo y publicando gran número de obras literarias.

5. - La sanidad. Debido a las necesidades de la guerra se dedicó gran atención a los hospitales militares y a los servicios de evacuación de heridos. Asimismo se realizaron constantes vacunaciones, lo que evitó muchas epidemias, al revés de lo que ocurría en la zona facciosa donde éstas eran corrientes sobre todo entre las tropas. En lo tocante a la sanidad civil se dio gran

importancia a la protección de la infancia, cubriéndose toda la zona republicana de dispensarios infantiles y para la protección de la madre. El Estado se hizo cargo de la alimentación del niño hasta los 2 años. Los hospitales fueron abiertos a todos, suprimiéndose por primera vez en España las llamadas "plazas de pago", es decir el pago extra por hospitalización con una mejor atención. Todos los hospitales y centros sanitarios pasaron a ser controlados por la Subsecretaría de Sanidad.

ANEXO IV

SOBRE EL PUTSCH ANARCO-TROTSKISTA DE BARCELONA

Desde mediados de abril de 1.937 en Barcelona se agudizaron las contradicciones entre los grupos anarquistas y trotskistas que se resistían a colaborar en el gobierno antifascista del Frente Popular, y las fuerzas verdaderamente revolucionarias que se daban cuenta de que sin una férrea unidad popular en torno al gobierno del Frente Popular, en el que estaban representados todos los antifascistas que lo deseaban, era imposible continuar la guerra y hacer frente a un enemigo tan poderoso como el que se tenía enfrente. El 3 de mayo, el representante del Gobierno autónomo de Cataluña (la Generalitat) fue a la Telefónica de Barcelona, a la sazón controlada por los anarquistas, con el objeto de visitar el departamento del censor, siendo recibido a tiros por los milicianos de la CNT, la central sindical anarquista. Esto fue la señal para que se iniciara el putsch anarco-troskista preparado hacia tiempo y que esperaba sólo un acto de provocación como éste para llevarse a cabo.

Los combates se extendieron por las calles de Barcelona, incluso en contra de los deseos de sectores anarquistas que no estaban en todo acordes con el putsch, y duraron hasta el 7 de mayo, cuando ante la resistencia que oponían a este putsch los sectores revolucionarios encabezados por el PSUC y la decisión del gobierno central instalado en Valencia de desembarcar tropas en Barcelona, debido a las amenazas y a la marcha sobre esa ciudad de las unidades anarquistas y trotskistas que desguarnecieron el frente y se dirigían hacia Barcelona, los elementos contrarrevolucionarios comenzaron a replegarse y pusieron fin a la lucha aceptando un acuerdo para acabar con el derramamiento de sangre.

Como consecuencia de éstos hechos, cayó el gobierno presidido por Largo Caballero que había mostrado muchas vacilaciones en el aplastamiento del putsch y mantenía posiciones incorrectas respecto a la prosecución de la guerra.

Posteriormente los cabecillas trotskistas fueron desenmascarados como traidores y contrarrevolucionarios y, en los juicios seguidos a sus dirigentes quedó establecido que ellos, en colaboración con los agentes franquistas, habían organizado este putsch para terminar con la resistencia popular contra el fascismo dividiendo al proletariado. Esto ha sido comprobado totalmente no sólo por estos juicios, sino también por documentos secretos alemanes, dirigidos a su gobierno, en los que se dice por el entonces embajador alemán en Salamanca, Fautel, que según el propio Franco le informaba "los combates callejeros (en Barcelona) habían sido desatados por sus agentes".

Por su parte, algunos jerifaltes anarquistas cometieron verdaderas tropelías durante la guerra. En la retaguardia las columnas "Maroto" y "Hierro", provocaron, con su comportamiento, el descontento popular. El "Consejo de Aragón" (anarquista), estuvo a punto de provocar una verdadera insurrección campesina al "colectivizar" por la fuerza las tierras de los campesinos, empleando la violencia -incluso física- y sin permitir que fueran los propios braceros y campesinos pobres quienes decidieran el modo de trabajar la tierra. Sus "experimentos" de "comunidades libertarias" fueron un bochornoso fracaso, y crearon un gran descontento. Además, con los métodos que empleaban, daban armas al enemigo para calumniar a todos los antifascistas. En el frente muchos de ellos se comportaron vergonzosamente, desertando de sus puestos de combate (cómo en Málaga, por ejemplo). El mismo dirigente anarquista Durruti, luchador antifascista consecuente, tuvo que enfrentarse, varias veces, pistola en mano, contra los anarquistas que huían de las zonas de combate. Los anarquistas (sus jerifaltes), fueron el mejor trampolín para la "Quinta

Columna" franquista en Madrid; se prestaron a colaborar con ellos, así como en el golpe de Casado, desencadenando una feroz "caza contra los comunistas". En el "pustch" contrarrevolucionario de Barcelona, no vacilaron en unirse con los trotskistas. La práctica del terrorismo y la violencia indiscriminada que emplearon (incluso la eliminación física) contra la pequeña y media burguesía, puso varias veces en peligro el Frente Popular.

Hay que señalar, sin embargo, que hubo muchos anarquistas que combatieron con heroísmo durante la guerra y fueron un ejemplo de abnegación y honradez, como el mismo Durruti. Muchos de ellos, al terminar la guerra, ingresaron en las filas comunistas.

ANEXO V

SOBRE EL “SOCIALISTA” INDALECIO PRIETO

Indalecio Prieto y Tuero, político reformista social-demócrata, cuya característica principal fue el anticomunismo a ultranza, nació en Oviedo (Asturias) el año 1. 883. Hijo de una familia muy modesta, en su niñez se trasladó a Bilbao junto a su madre viuda, donde ejerció varios oficios para ganarse la vida. Poseedor de gran inteligencia y dinamismo fue ayudado por el millonario Horacio Echevarria quién le hizo llegar a la dirección del periódico bilbaíno "El Liberal de Bilbao"; de esta forma fue elegido diputado socialista a las Cortes en 1.918. Representó siempre en las filas del PSOE el ala derechista y reformista, teniendo su mayor apoyo en las clases medias.

Desde el periódico "El Socialista", órgano de su tendencia, abogó siempre por el más claudicante reformismo. Fue ministro en el primer gabinete de la II República Española. Al estallar la rebelión fascista del 18 de julio de 1. 936, tuvo diferentes posiciones oportunistas dirigidas al mantenimiento e imposición de su tendencia. Como Ministro de Defensa en el Gobierno Negrín, trató de destruir el Ejército Popular transformándolo típicamente en burgués. Para ello destituyó a todos los comisarios políticos de filiación comunista y posteriormente suprimió muchos de estos cargos incluido el de Comisario Jefe. Siguiendo en este camino, trató de apolitizar el ejército prohibiendo toda actividad política en él. Retirado del gobierno por estas causas y por su total pesimismo y falta de fe en la causa del pueblo, así como de su tendencia claudicadora frente al franquismo, desde fuera del gobierno continuó su labor antipopular y anticomunista, lo que le caracterizó hasta su muerte en Méjico. Indalecio Prieto fue uno de los culpables de que no pudiera lograrse, ni durante la II Guerra Mundial ni después, la unidad antifascista rota por el golpe del Coronel Casado en Madrid el año 1. 939, al persistir tenazmente en su anticomunismo. Por tanto, es uno de los responsables de la derrota, de que el pueblo español haya sufrido tantos años de sangrienta dictadura, y de que aún el fascismo continúe en el Poder.

ANEXO VI

SOBRE LA SUBLEVACION DE CASADO.

La sublevación capituladora del traidor y agente del imperialismo inglés Segismundo Casado demostró que la pequeña burguesía no estaba en condiciones de dirigir ni la guerra ni cualquier clase de resistencia. Lleno de terror y vacilaciones frente a la grave situación por la que atravesaba España, y ante la única salida que quedaba, que era crear un gobierno dirigido por la clase obrera y su partido, prefirió entregar a todo el pueblo español a la bestialidad fascista antes que dar el poder a los proletarios.

Las vacilaciones de los elementos pequeño burgueses en el gobierno y la traición descarada de otros, algunos como el coronel Casado financiados por el imperialismo inglés, permitió que Franco obtuviera la victoria rápidamente e impidió que el pueblo continuara su resistencia a pesar de que había grandes posibilidades para ello.

El coronel Segismundo Casado, uno de los altos jefes del Ejército del Centro que defendía Madrid, se sublevó en los primeros días de marzo de 1.939 contra el gobierno de la República, con el pretexto de lograr una "paz honrosa". Para ello se valió de los más viles engaños y vilezas, haciéndose pasar por leal al gobierno republicano, mientras conspiraba contra el pueblo junto a la hez anticomunista infiltrada en el Frente Popular, como Wescleslao Carrillo, padre del actual jefe del revisionismo español; Julián Besteiro, viejo social-reformista y otros "socialistas" y anarquistas de la misma calaña. Luego de crear un llamado Consejo de Defensa con todos estos elementos dejando de lado al Gobierno Republicano, Casado, mientras preparaba la entrega de Madrid, ayudado por otros generales traidores como Miaja y Menéndez, lanzó un ataque contra las tropas mandadas por jefes comunistas que defendían Madrid, los que tuvieron que hacer frente a los ataques conjuntos de Franco y Casado, como el caso de los que estaban en el sector de la Casa de Campo, que, para desbaratar los ataques casadistas y franquistas, tuvieron que retirarse frente a éstos para derrotar a aquellos y luego contraatacar y reconquistar las posiciones que las tropas de Franco habían ocupado. La ayuda de las tropas de la división anarquista mandada por Cipriano Mera, que abandonó el frente de Guadalajara y que llegó a Madrid atravesando lugares cubiertos por el fuego franquista, sin que en esta ocasión se hiciera un disparo contra ellas, permitió al traidor y agente del imperialismo inglés Segismundo Casado consolidar su golpe de Estado y acabar con la resistencia en el centro del país, bajo la promesa que luego no cumplió de libertar a todos los comunistas que tenía presos en las cárceles y de no tomar represalias con los que habían resistido. Los combates duraron varios días. Una vez terminados, Casado, luego con los franquistas, entregó Madrid, después de fusilar a muchos comunistas y de entregar a otros dejándolos en la cárcel a la llegada de las tropas de Franco, que en su mayoría fueron asesinados también. Casado huyó de Madrid y embarcó en Alicante en un crucero inglés que le estaba esperando, lo que es una prueba más de su venta descarada al Foreign Office.

La traición de Casado fue una maquinación del imperialismo mundial para dejar las manos libres a Hitler y Mussolini en sus ataques anticomunistas y antisoviéticos, y producto de Munich. Por otro lado, la situación militar, si bien era difícil no era desesperada, ya que se contaba con un territorio más o menos extenso; más de una cuarta parte de España, y con un ejército que sobrepasaba el millón de soldados bien pertrechados.

ANEXO VII

SOBRE LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

Al producirse la derrota de Cataluña, cruzaron la frontera francesa cientos de miles de refugiados que huían ante el avance fascista, sabiendo que en la mayoría de los casos serían asesinados si caían en poder de las tropas de Franco. Se calcula que para el 9 de febrero de 1.939, fecha en que las tropas franquistas llegaron a la frontera francesa, habían entrado en Francia 453.000 refugiados, entre ellos 270.000 militares, 170.000 civiles y 13.000 enfermos ó heridos. Entre los civiles más de 68.000 niños, más de 63.000 mujeres y más de 10.000 ancianos.

Al cruzar la frontera eran desarmados los militares y todos, militares y civiles, conducidos a los campos de concentración en largas marchas y bajo toda clase de malos tratos y vejaciones por gendarmes y tropas coloniales (senegaleses y spais) fuertemente armados. Estas marchas en algunos casos llegaban hasta 100 kilómetros en un día, lo que dado el agotamiento de los refugiados que venían retirándose desde Barcelona, algunos combatiendo y otros a pie y mal alimentados, ocasionaron muchas muertes en los caminos franceses.

Los principales campos de concentración fueron las playas, rodeadas de alambres de púas y custodiadas por tropas coloniales, de Argelés-sur-Mer y Saint-Cyprien, que llegaron a contener cerca de 150.000 refugiados. Había otros campos menores como Vallespir (Pirineos Orientales), Amelia-les-Bains, Arles-sur-Tech y Prats-de-Mollo, con unas 40.000 personas cada uno. También existió un campo para mujeres y niños en Le Boulou. En los primeros tiempos estos campos no contaban con ninguna instalación, eran simplemente las playas o descampados alambrados, sin ningún abrigo en pleno invierno, sin la menor instalación sanitaria, ni agua. Además el campo de Argelés por ejemplo nunca contó con más de 18 médicos para más de 75.000 personas. En marzo todos los refugiados se concentraron en tres campos: Argelés-sur-Mer, Saint-Cyprien y Barcares. Este último, que contaba con algunas mínimas instalaciones fue el escaparate, y a él eran llevados políticos y periodistas, pero los otros campos estuvieron siempre aislados y nunca fue permitido visitarlos para impedir que se conociera la realidad dantesca que en ellos existía. Los malos tratos, las enfermedades, principalmente disintéricas y afecciones pulmonares, debido a la falta de higiene, de agua y al frío, ocasionaron miles y miles de muertes entre los refugiados. Por otra parte los heridos evacuados no recibían atención médica y en su mayoría murieron de gangrena y otras infecciones. Los muertos eran enterrados por sus compañeros, en el propio campo, sin más que cubrirlos con la arena de la playa.

Este fue el trato que dio el imperialismo francés a los que durante tres años lucharon contra el fascismo, y representó otra página de dolor y muerte para el pueblo español y un nuevo estigma para los gobiernos que se decían democráticos y antifascistas.

Posteriormente y ante la denuncia de los verdaderos demócratas franceses y de otros países, esta situación se suavizó un tanto, con unas mínimas condiciones para que no murieran todos los refugiados; sin embargo, los campos de concentración nunca dejaron de ser verdaderas prisiones para los republicanos españoles. Los que no murieron o volvieron a España bajo la presión de la situación y de las autoridades francesas (unos pocos casos), tuvieron que soportar un largo cautiverio, cuya más factible redención era la incorporación a los batallones de trabajo del Ejército Francés, ya comenzada la II Guerra Mundial, en donde hacían fortificaciones generalmente en los lugares más peligrosos.

ANEXO VIII

ALBANIA

Albania es pequeño país montañoso, fronterizo con Yugoslavia y Grecia por un lado, y limitado por los mares Adriático y Jónico, por el otro. En abril de 1.939, los ejércitos de Mussolini atacaron y ocuparon el país militarmente, con el consentimiento del traidor rey Zog, verdadero déspota feudal. Desde aquel instante la opresión y explotación que sufría el pueblo albanés se vieron redoblados con una dictadura fascista. Pero el pueblo albanés que a lo largo de toda su historia en los siglos, cuenta con una rica tradición de rebeldía y lucha por su independencia, no se dejó arredrar y pronto empezaron a organizarse, bajo el impulso y la dirección de los comunistas albaneses, los primeros grupos armados en las montañas. En el invierno de 1. 940, los guerrilleros empezaron a lanzar sus ofensivas contra los fascistas italianos y contra la corrompida burguesía albanesa, lacayos incondicionales de Mussolini.

Las fuerzas populares estaban compuestas por obreros, campesinos y jóvenes estudiantes revolucionarios y el 8 de noviembre de 1. 941, el pueblo albanés obtuvo un triunfo que habría de tener felices consecuencias en los años venideros. En efecto, aquel día se fundó el Partido Comunista de Albania (más tarde designado Partido del Trabajo), a cuya cabeza el Camarada Enver Hoxha dirigió la lucha armada, consiguiendo grandes éxitos. Por iniciativa del Partido Comunista de Albania, y gracias a los esfuerzos que en todo momento hicieron los camaradas albaneses, se constituía menos de un año después el Frente de Liberación Nacional, que englobaba a todos los patriotas albaneses. Las tropas guerrilleras, dirigidas por el Partido y el Frente propinaron decisivas derrotas a los soldados de Mussolini, lo cual hizo que Hitler ordenara a sus tropas ocupar Albania (1943). Ante la invasión hitleriana, el ala derecha de la burguesía nacionalista albanesa claudicó una vez más, y sus organizaciones "Balli Kombetar" y "Legalidad" se convirtieron en verdaderos gendarmes al servicio de Hitler y en contra de su propio pueblo.

Sin embargo el Ejército de Liberación Nacional, encabezado por el Camarada Enver Hoxha, no sólo contuvo los ataques de los nazis alemanes contra las bases guerrilleras patriotas, sino que liberaba día a día nuevos trozos del territorio patrio, rodeando las ciudades. En mayo de 1.944, en la ciudad de Permet (liberada por el ELN), se eligieron los organismos dirigentes del gobierno democrático provisional, siendo designado Presidente del mismo el Camarada Enver Hoxha.

Las fuerzas populares obtuvieron victoria tras victoria, y liberaron la capital de Albania, Tirana, después de 19 días de sangrientos combates en las calles de la ciudad. El 29 de noviembre de 1. 944, Albania entera estaba liberada, no sólo de las tropas hitlerianas, sino de las traidoras clases dominantes internas, instaurándose el Poder Popular. El 11 de enero de 1. 946 era proclamada la República Popular de Albania.

Los camaradas albaneses han dado en todo momento un ejemplo de valor, audacia y firmeza revolucionarios. No sólo conquistaron su liberación e independencia durante los años de guerra, sino que después tuvieron que deshacer los planes imperialistas de Inglaterra y Grecia. Tuvieron que enfrentarse contra los designios anexionistas del renegado Tito, y más adelante, fieles a los principios marxistas-leninistas y a los intereses del pueblo albanés, el Partido del Trabajo y el Estado albanes, encabezados por el Camarada Enver Hoxha, y otros, se

enfrentaron resueltamente al equipo revisionista de Jruchov. Desde entonces la República Popular de Albania, su glorioso Partido y su heroico pueblo, constituyen un precioso ejemplo para los pueblos que luchan por su liberación e independencia. Albania es hoy el faro rojo de la revolución en Europa. Los marxistas-leninistas españoles sabemos que Albania, su Partido y su pueblo, son fieles amigos dispuestos a ayudar a nuestro pueblo en todo momento, contra el imperialismo, el revisionismo y todos los enemigos del pueblo español. El Partido del Trabajo de Albania, con el Camarada Enver Hoxha a la cabeza, ha desempeñado un papel decisivo en la lucha contra el revisionismo moderno particularmente desde que el Camarada Enver Hoxha desenmascaró con pelos y señales a la camarilla jruchovista en la reunión de los Partidos Comunistas y Obreros de Moscú en 1.960. Ni el Partido del Trabajo de Albania ni la República Popular se han plegado jamás ante ninguna amenaza o presión exterior de potencia extranjera alguna.

NOTAS

(1) - "Historia del Partido Comunista de España", Editions Sociales, Paris, 1960. Redactada por una comisión del Comité Central revisionista, presidida por Dolores Ibárruri, y compuesta por Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordón, Irene Falcón y José Sandoval. (Véanse las páginas 206 y 207)

(2) - Informe del Comité Central al VI Congreso (revisionista).

(3) - Informe del camarada José Díaz al Pleno del Comité Central celebrado en Valencia del 5 al 8 de marzo de 1937.

(4) - Informe de José Díaz al Pleno del Comité Central celebrado en Valencia del 13 al 16 de noviembre de 1937 (Recogido en el libro de Díaz "Tres años de lucha", Ediciones España Popular, Méjico, 1942)

(5) En la declaración del partido revisionista de junio de 1965, se dice textualmente: "*¿En qué se basa el Partido Comunista para afirmar que la reconciliación es una posibilidad real? ...Nos fundamos, al declarar que en España es posible un cambio pacífico, en que es posible reemplazar la dictadura del general Franco sin violencia, sin insurrección, sin guerra civil*".

(6) - En una Resolución del Comité Ejecutivo del PSUC (que, como todo el mundo sabe, no es más que un apéndice del equipo carrillista), en agosto de 1964, se puede leer: ". . . *entendemos que se ha iniciado el proceso de LIQUIDACION DE LAS FORMAS FASCISTAS DE PODER DE LA OLIGARQUIA. . .*". Y, por su parte, Carrillo, capitosté de los revisionistas españoles, declaró en enero de 1966 a una a agencia de noticias checoslovaca: "*El régimen franquista YA NO ES LO QUE ERA; ESTA PERDIENDO SUS ASPECTOS FASCISTAS. . . las masas populares han obtenido ciertos derechos, como el de huelga, asociación y manifestación...*" (Las mayúsculas son nuestras)

(7) - Véase la editorial de Mundo "Obrero" de la primera quincena de abril de 1966, en la que se dice: "*En su treinta aniversario hay que poner cruz y raya al capítulo de la guerra civil*" "*Esa cuenta no se puede saldar sino con una amnistía general. . .*", ". . . *Esa amnistía. . . repararía las injusticias presentes, llevaría el sosiego a las conciencias perturbadas por el pasado y contribuiría a facilitar una solución incruenta del problema político español*".

(8) - Debemos señalar las valiosas contribuciones del camarada José Díaz sobre algunos puntos de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, pese a las dificultades del momento en que llevó a cabo esos análisis. Por otra parte, la mayor parte de los escritos del camarada José Díaz al respecto, han desaparecido de la circulación. El equipo revisionista de Carrillo-Ibárruri oculta esos textos. No es posible encontrarlos en ninguna parte, pues la banda revisionista se ha cuidado mucho de "enterrarlos", privando así al pueblo español y a los auténticos comunistas de documentos muy valiosos.

(9) - De los trabajos de esos "historiadores marxistas", podemos citar "Guerra y Revolución en España" redactado por una comisión del equipo de Carrillo, encabezada por Dolores Ibárruri, y el absurdo y disparatado libro "Nuestra guerra", de Enrique Líster.

Entre los anarquistas y trotskistas, respectivamente, podemos citar a Pierre Broue y Emile Témime ("La revolution et la guerre d'Espagne") y el trabajo del trotskista Joaquin Maurin, "Revolución y contrarrevolución en España", que aunque no está dedicado esencialmente a la guerra nacional

revolucionaria contra el fascismo, presenta los antecedentes de esa guerra de una manera deformada, falsa y calumniadora, ferozmente anticomunista y antiestalinista; y en la edición de 1966 se llega a afirmaciones demenciales de anticomunismo cerril y ciego.

De los historiadores "neutrales" y "objetivistas", destacamos a Hugh Thomas, con su "La guerra civil española".

Podríamos citar otros muchos autores y libros escritos sobre nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo, algunos de ellos de verdadero interés, no por los análisis críticos, (no hay un sólo análisis marxista-leninista hasta el presente) sino por el interés de la documentación, datos y cifras, etc., tales como "El mito de la cruzada de Franco" de Southworth, que posee una riquísima documentación. También tiene valor el libro de Alvarez del Vayo "Las batallas de la libertad", aunque sólo trata de ciertos episodios de la guerra. Son interesantes también, por su documentación, "La España del siglo XX" de Tuñón de Lara, "El laberinto español", de Gerald Brenan, y de gran interés por las reflexiones que hace y porque sienta las bases para un futuro análisis exhaustivo, "Historia de España" de Pierre Vilar.

(10) - Véase anexo número 8 sobre Albania.

(11) - Véase la "Línea política del Partido Comunista de España (m-l)" capítulo I, puntos 29 al 54.

(12) - La UGT estaba bajo la dirección, control e influencia del Partido Socialista (PSOE) y la C.N.T, aunque independiente de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), estaba bajo dirección e influencia anarquista.

(13) - Este gobierno estaba constituido como sigue: Presidencia, Manuel Azaña; Estado, Augusto Barcia; Gobernación, Amos Salvador; Guerra, general Carlos Masquelet; Marina, José Giral; Justicia, Antonio Lara; Hacienda, Gabriel Franco; Obras Públicas, Santiago Casares; Industria, Plácido Alvez Buylla; Agricultura, Mariano Ruiz Funes; Trabajo, Enrique Ramos; Instrucción Pública, Marcelino Domingo; Comunicaciones, Manuel Blasco Garzón. Como vemos, era un Gobierno de la media y la pequeña burguesía, en el que no había ni un sólo representante socialista y, muchos menos, comunistas.

(14) - Max Gallo, en su "Historia de la España franquista" afirma estar en condiciones de revelar, a partir de documentos italianos, que los "servicios italianos de propaganda financiaban regularmente al Jefe de Falange, José Antonio Primo de Rivera, por lo menos desde comienzos de 1934.

El futuro "San Juan" del franquismo, cuyo nombre figurará en todas las iglesias de España, es en el sentido más estricto, un agente a sueldo de la embajada italiana en París que cobra 50.000 liras al mes..."

Por otro lado es conocido que Franco, desde bastantes años atrás, estaba en contacto directo con el Almirante Canaris, el jefe del espionaje alemán.

(15) - Las principales formaciones y partidos políticos reaccionarios eran la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), dirigida por Gil Robles (al que por cierto Carrillo trata de llevar a una "mesa redonda"); los monárquicos formaban el Bloque Nacional, dirigido por los criminales Calvo Sotelo, Areilza y demás compinches, y cuyo brazo armado era la UME (Unión Militar Española), dirigida por los felones Sanjurjo, Mola, Franco, Goded, etc. Los carlistas formaban la Comunión Tradicionalista, dirigida por Fal Conde; Falange Española (verdadero basurero de

pistoleros, señoritos y hampones), junto su sindicato terrorista estudiantil, SEU. Conviene señalar que los monárquicos, a los que ahora tratan de preparar para la continuación y sucesión del franquismo (y a los que Carrillo declara estar dispuesto a aceptar, "si el pueblo lo decide"), jugaron desde el primer momento un activo papel en la preparación de la guerra contra el pueblo y que muchos de los generales felones que participaron en la sublevación fascista, lo hicieron al grito de "¡Viva el rey!".

(16) - Las Juventudes Comunistas y las Juventudes Socialistas, se unificaron en las J.S.U. el 1 de abril de 1936; a su cabeza se colocó Santiago Carrillo (de las Juventudes Socialistas), quien dio muestras, ya en esa ocasión, de un gran oportunismo y derechismo.

El Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), se formó el 23 de julio de 1936, con las siguientes organizaciones: Partido Comunista de Cataluña, sección catalana del PSOE, Unión Socialista y Partido Catalán Proletario.

(17) - No podemos todavía saber el número de salvajes asesinatos perpetrados por los fascistas durante la guerra y después de ella. Miles y miles de mujeres y hombres del pueblo fueron salvajemente asesinados en todas las regiones controladas por las tropas franquistas. Precisamente el asesinato en masa era uno de los métodos favoritos de los fascistas para someter a las poblaciones ocupadas; para ahogar la resistencia popular, miles y miles de vidas fueron segadas fríamente. El escritor francés, católico, Georges Bernanos, exclamó horrorizado ante los crímenes fascistas en Mallorca (donde él residía): "*Aquí se mata como se tala*". Algunos historiadores "imparciales" tratan de justificar los asesinatos fascistas diciendo que "*hubo desmanes por ambas partes*", lo cual, además de ser una cínica calumnia, demuestra una concepción hipócrita de lo que eran los asesinatos cometidos por los fascistas, en frío, premeditadamente, comparándolos con los pocos casos en que las masas populares, en el ardor de la revolución, dieron su merecido a los pocos señores feudales y militares traidores y enemigos del pueblo que cayeron en sus manos. Hay que referirse a escritores e historiadores serios, honrados, como Southworth, por ejemplo, para poder hacerse una ligera idea del verdadero sentido de la barbarie fascista y de lo hipócrita de las afirmaciones "imparciales".

Algunos datos:

- El degenerado y monstruo fascista, general Queipo de Llano, declaró por Radio Sevilla en agosto de 1936, es decir al mes siguiente de la sublevación fascista: "*El ochenta por ciento de las familias andaluzas están de luto y no vacilaremos en recurrir a medidas más enérgicas y rigurosas*". Y el felón general, por una vez, cumplió su vil palabra.

- En Navarra, en las primeras semanas de la sublevación fascista, los pistoleros falangistas y los muy católicos carlistas, fusilaron a cerca de 8.000 republicanos.

- En Valladolid, los falangistas organizados en "escuadras de castigo", cometieron los más horribles crímenes. Una de dichas escuadras, la "escuadra del amanecer" (?), asesinó a prisioneros republicanos (hombres y mujeres), durante los primeros meses de la guerra, a un promedio de 140 personas por día.

- En la Isla de Mallorca, según el citado escritor católico francés, Bernanos, los fascistas asesinaron, al ocupar la Isla, a más de 30.000 personas.

- En Badajoz, (sin contar los miles de campesinos pobres y jornaleros asesinados en el campo, en los pueblos y aldeas), los franquistas organizaron uno de sus más siniestros asesinatos: los prisioneros republicanos, encerrados en la Plaza de Toros, fueron banderilleados y estoqueados salvajemente,

bajo los aplausos y los "olés" de las cristianísimas y aristocráticas miembros de la Sección Femenina de Falange, las cuales ordenaron cortar las orejas de los republicanos así asesinados para premiar el "valor" de los "toreros" fascistas.

Las atrocidades y crímenes horrorosos que los fascistas cometieron después de ocupar Málaga es algo que rebasa toda imaginación: fusilamientos en masa (dejando en las fosas, cubiertos con algunas paletadas de tierra, a los republicanos, algunos de los cuales vivían aún y murieron asfixiados); torturas que sólo mentes enfermizas pueden concebir, como la castración de los hombres y meterles después sus órganos genitales en la boca, para fusilarlos; amputación de senos a las mujeres; introducción de botellas en el sexo de las jóvenes republicanas, etc. etc.

Lo mismo sucedió en el País Vasco y en Cataluña. Y, al final de la guerra, ¿quien puede llevar la cuenta de los fusilamientos, de las torturas, de los "paseillos" al alba, de las vejaciones y sufrimientos indecibles que los cristianísimos fascistas impusieron al pueblo español?

Es imposible encontrar palabras para describir tanto crimen, tanto horror, tanto sadismo... Mas el pueblo español no olvidará nunca esos viles asesinatos. Los fascistas pueden estar seguros de esto.

(18) - Los "13 Puntos" eran los siguientes, en resumen:

- Independencia e integridad del territorio español.
- Liberación del territorio nacional de toda ocupación o ingerencia extranjera. –
- República Democrática. - Al terminar la guerra, un plebiscito decidiría la formas de Gobierno.
- Desarrollo de las libertades nacionales, en el respeto de la unidad nacional.
- Reconocimiento a todos los ciudadanos de todos los derechos sociales y cívicos, comprendida la libertad de conciencia.

- Protección de la propiedad y de los medios de producción, pero restricción de los abusos que determinan la acumulación de las riquezas y la explotación de los ciudadanos.
- Reforma agraria.
- Legislación social garantizando los derechos de los trabajadores.
- Desarrollo cultural, físico y moral de la nación.
- Un ejército al servicio del pueblo.
- Renuncia a la guerra como instrumento de política internacional y fidelidad al Pacto de la Sociedad de Naciones.
- Amnistía para todos los españoles que demuestren su voluntad de colaborar y de levantar el país, incluidos los que han combatido con el ejército rebelde (es decir, el fascista).

El programa de los "3 Puntos" era el siguiente:

- Independencia de España.
- Autodeterminación libre del pueblo con ayuda de un plebiscito.
- Exclusión de todas las medidas represivas después de terminada la guerra.

(19) - Aquellas Cortes estaban constituidas como sigue: Socialistas,99; CEDA,88; Izquierda republicana,87; Unión Republicana,39; Esquerra,36; Comunistas,17; Centro,16; Bloque Nacional,13; Lliga,12; Agrarios, 11; Nacionalistas Vascos,10; Independientes,10; Tradicionalistas,9; Progresistas,6; Radicales,4; Republicanos Conservadores,3; Independientes de derecha,3; Mesócrata,1.

(20) - He aquí algunos párrafos de aquella carta:

"... la afirmación de que la única solución para nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista es plenamente correcta y corresponde exactamente a la posición de nuestro Partido. . ."

"... (el pueblo español) combate por la libertad en defensa del régimen democrático y republicano, que es el régimen legal de nuestro país y que permite los progresos sociales más amplios. El Partido Comunista que es, junto con el socialista, el partido de la clase obrera de España, no tiene ni puede tener intereses u objetivos diferentes de los del pueblo entero. Nuestro Partido no ha pensado nunca que la solución de esta guerra pueda ser la instauración de un régimen comunista..."

".. En nuestro país existen hoy condiciones objetivas que hacen imprescindible, en interés de todo el pueblo, la existencia y el fortalecimiento de un régimen democrático; no existen condiciones que permitan pensar en la instauración de un régimen comunista".

(21) - Las Brigadas Internacionales estaban compuestas por voluntarios antifascistas (en su mayoría comunistas) de 29 nacionalidades. En total, a lo largo de toda la guerra, los efectivos de las legendarias Brigadas Internacionales se pueden situar entre 33.000 y 35.000 (pero nunca hubo más de 15.000 de una sola vez), mientras que las tropas regulares enviadas por Hitler, Mussolini y Salazar a Franco pasaban de 300.000 hombres, bien entrenados y con armamento moderno. Las Brigadas Internacionales se ilustraron por su heroísmo en el combate y por su acendrado espíritu de internacionalismo proletario. El pueblo español guardará siempre un recuerdo emocionado de aquellos hombres venidos de todas las partes del mundo para combatir al fascismo en nuestro suelo.

A primeros de 1937, las Brigadas Internacionales se formaron sobre una base "lingüística":

XI Brigada (alemán); XII Brigada (italiano); XIII Brigada (eslavo); XIV Brigada (francés); XV Brigada (inglés) y 129 Brigada (Europa Central).

Algunos de los batallones de las Brigadas Internacionales que se distinguieron en los campos de batalla:

- "Comuna de Paris" (franceses, suizos y belgas)
- "Thaelmann" (alemanes) y "Edgar André" (alemanes y austriacos)
- "Rosselli", "Gastone Sozzi" y "Garibaldi" (italianos)
- "Dombrowski" (polacos y eslavos)
- "Lincoln" y "George Washington" (estadounidenses, canadienses, irlandeses e ingleses)
- "Tchapaiev" (compuesto por voluntarios de 21 nacionalidades).

Muchos fueron los héroes de las Brigadas internacionales, y resulta imposible nombrarlos a todos en el marco del presente trabajo. He aquí algunos de ellos, caídos en combate ante el enemigo fascista:

HANS BLEIMER, alemán (defensa de Madrid)

AVSHIM VOSHI, albanés (Fuente de Ebro)

NATHAM, inglés (Guadarrama)

OLIVER LAW, estadounidense (Brunete)

FRANZ REISENOVER, austriaco.

KIRIJAKIDIS, griego.

BURCA KOSTACHE, rumano.

BERNARD LARSEN, escandinavo.

PIERRE ACKERMANN, belga.

PETER BORILOV, búlgaro.

NINO NANNETTI, italiano.

ANTEK KOCHANEK, polaco.
WALTER CHADEK, suizo.
ALFRED BRUGERES, francés.
CHRISTOPHER CAUDWELL, inglés (Jarama).

Al acabar la guerra en 1939, y según el "Comité de Socorro" para los prisioneros de guerra en España, quedaban en las prisiones de Franco más de 500 voluntarios internacionales, entre los cuales 124 alemanes;16 americanos;3 argentinos; 1 búlgaro; 1 chino; 1 cubano; 9 daneses;4 estonios;32 franceses;25 italianos; 12 noruegos;28 polacos;1 rumano;1 mejicano;14 suecos;9 checoslovacos y 5 yugoslavos. Todos ellos fueron fusilados por Franco, excepto los alemanes que fueron entregados al monstruo Hitler...

Al hablar de las Brigadas Internacionales, los revisionistas "olvidan" en general mencionar a los héroes albaneses (mas de cincuenta) que lucharon contra el fascismo en España antes de iniciar su lucha de liberación nacional. Los voluntarios albaneses en España publicaban un periódico con el nombre de "Vulnetari Illirise" (Voluntarios de la Libertad). De aquellos héroes albaneses, podemos citar (además del ya mencionado Avshim Voxhi), a TENI KONOMI (caído en combate); XHEMAL KADA (muerto en combate); MUSA FRATERI (muerto en combate); MANE NISHOVA (Presidente de la Cruz Roja albanesa) ; PETRO MARKO (novelista, autor de "Hasta la vista", dedicada a nuestra guerra); FEIM MUCO (asesinado por los nazis en Paris, después de nuestra guerra) y THOMAS ZIKO. Señalamos con orgullo que muchos de los combatientes albaneses, de las Brigadas Internacionales, ingresaron en las filas comunistas durante nuestra guerra en España.

En la extraordinaria ola de solidaridad internacional con nuestro pueblo también participaron los camaradas chinos, los cuales habían iniciado ya su lucha revolucionaria. En varias provincias chinas hubo grandiosas manifestaciones de apoyo al pueblo español; los revolucionarios chinos adoptaron la canción "Madrid" y bajo los bombardeos enemigos lanzaron la consigna de "Resistamos como lo hacen nuestros camaradas españoles". El camarada Mao Tse-Tung envió a nuestro Partido una carta en la que se decía: "*La causa por la que vosotros lucháis es también nuestra causa*". Alvarez del Vayo, a la sazón Ministro de Asuntos Exteriores de la República, pronunció un enérgico discurso en Ginebra, ante la Sociedad de Naciones, denunciando y demostrando la intervención germano-italiana contra nuestro pueblo y denunciando

"...la monstruosidad jurídica de la 'no intervención', que en la práctica se traduce en una intervención efectiva, directa y positiva en favor de los rebeldes..."

"...cada defensor español de la República y de la libertad que cae en el frente por el fuego de estas armas importadas (alemanas e italianas) de la manera más cínica y en cantidad mayor a pesar del acuerdo de 'no intervención', es una demostración irrefutable del crimen que se comete contra el pueblo español".

Y Antonio Machado, el gran poeta del pueblo, escribía días después en el periódico "La Vanguardia" (22 de mayo de 1938):

"La voz de España ha sonado serena, cortés y varonil en boca de Alvarez del Vayo..."

...El sarcástico refrendo de la 'no intervención' en España, precisamente allí donde se aportan pruebas abrumadoras de su felonía, ante conciencias saturadas de este amargo convencimiento, es

un acto de cínica inverecundia que, a nuestro juicio, no puede realizarse impunemente. Contribuyen estos hombres a degradar a sus pueblos, presentándolos ante el mundo entero, desde la 'alta' tribuna de Ginebra, como cómplices de una probada injusticia, como torpes disimuladores de una iniquidad sin ejemplo en la Historia... Contribuyen estos hombres, tan incapaces de prever y cautelar lo futuro como ingenuos creyentes en la fatalidad de la guerra, a que ésta sea realmente ineluctable, porque allí donde a la razón y a la moral se jubila, solo la bestialidad conserva su empleo. Y por el hecho de haber demorado la inevitable guerra, serán ellos los culpables de su terrible agravamiento".

El Decreto sobre la reforma agraria (7 de octubre de 1936), establecía la expropiación sin indemnización de las propiedades y latifundios de las personas que habían colaborado con la sublevación fascista y su entrega a los jornaleros y campesinos pobres (teniendo en cuenta en primer lugar a aquellos que estaban enrolados en las Milicias Populares o en las unidades de voluntarios republicanos). A lo largo de la guerra y en aplicación de la reforma agraria propugnada por Vicente Uribe, Ministro de Agricultura, se entregaron a los jornaleros y campesinos pobres unas 5.692 hectáreas, para que éstos las trabajaran colectiva o individualmente, según ellos mismos decidieran libremente.

(24) - Por sus actividades contrarrevolucionarias y antipartido, Jesús Hernández fue expulsado del Partido Comunista en 1944. Más tarde, en 1953, publicó un hediondo libro "Yo fui ministro de Stalin" en el que lanzaba criminales ataques y calumnias contra el Partido, Stalin y los comunistas.

(25) - Primer Gobierno de Negrin (mayo de 1937): Presidencia y Hacienda, Negrin; Estado, José Giral; Defensa, Indalecio Prieto; Gobernación, Julian Zugazagoitia; Agricultura, Vicente Uribe; Instrucción Pública, Jesús Hernández; Justicia, Manuel de Irujo; Trabajo, Jaime Aguadé; Obras Públicas, Giner de los Rios; Comisario General de Guerra y representante de España en la Sociedad de Naciones, Julio Alvarez del Vayo.

Segundo Gobierno de Negrin;(abril de 1938): Presidencia y Defensa, Negrin; Estado, Álvarez del Vayo; Gobernación, Paulino Gómez; Justicia, Ramón González Peña; Hacienda, Francisco Méndez Aspe; Trabajo, Jaime Aguadé; Agricultura, Vicente Uribe; Obras Públicas, Antonio Velao; Comunicaciones, Giner de los Rios; Instrucción Pública, Segundo Blanco.

(26) - Como ejemplo de ese tipo de retiradas, y como modelo, hay que citar la "Larga Marcha", o "Gran Marcha", llevada a cabo por las fuerzas armadas populares chinas bajo el mando del camarada Mao Tse-Tung. Esa fabulosa retirada se inició en octubre de 1934, a partir del Oeste de Fuchién y del Sur de Chiangsí, y acabó en octubre de 1935 en el Norte de Shensi. Durante la "Larga Marcha" las tropas revolucionarias chinas recorrieron 12.500 kilómetros, atravesando pantanos y cenagales nunca pisados por el hombre; franquearon montañas casi inaccesibles; recorrieron 11 provincias; deshicieron todos los intentos enemigos de cerco, destrucción y aniquilamiento. Y todo esto con escasos alimentos, sin medicinas, ni ropas, ni medios mecánicos de transporte. La mayor parte de los participantes en esa grandiosa marcha estratégica perdieron la vida. Hoy en día, incluso los "estrategas" militares burgueses, reconocen que fue una gesta épico-heroica, dirigida por un genio militar (Mao Tse-Tung), y que no tiene parangón en la historia moderna.

(27) - Stalin, Molotov y Vorochilov dirigieron al Gobierno republicano español una carta tratando diversos problemas y, entre otros, daban el siguiente consejo:

"Convendría dedicar atención a los campesinos, que tienen gran peso en un país agrario como es España...También convendría atraer a éstos (a los campesinos) al Ejército y formar en la

retaguardia de los ejércitos fascistas grupos de guerrilleros integrados por campesinos". (Los subrayados son nuestros).

(28) - El Consejo de "Defensa" del traidor Casado (que ha muerto en Madrid el 18 de diciembre de 1968) se componía de los siguientes elementos:

- Presidencia, Miaja (general profesional sin filiación política)
- Estado, Besteiro ("socialista")
- Defensa, Casado (militar profesional con grado de coronel)
- Gobernación, W.Carrillo ("socialista" y padre del actual capitoste revisionista, Santiago)
- Hacienda, González Marín (anarquista)
- Comunicaciones, Eduardo Val (anarquista)
- Trabajo, Antonio Pérez ("socialista")
- Justicia, Miguel San Andrés (Izquierda Republicana)
- Secretario, Sánchez Requena (anarquista)

Vemos, pues, el papel que desempeñaron en la traición al pueblo y en la claudicación ante el fascismo los "socialistas" y los anarquistas.

INDICE

PROLOGO	2
CAPITULO I	
El pueblo español necesita las enseñanzas de nuestra guerra nacional revolucionaria contra el fascismo.....	6
CAPITULO II	
Situación política de España de 1931 a 1936. Causas inmediatas de la sublevación fascista	16
CAPITULO III	
La guerra nacional revolucionaria contra el fascismo	20
CAPITULO IV	
Política de participación en el gobierno	38
CAPITULO V	
Estrategia y táctica durante la guerra y participación en las fuerzas armadas	44
El imperialismo norteamericano en nuestra guerra, su apoyo a la sublevación fascista	57
El problema de las colonias: "Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre"	60
Algunas conclusiones que se imponen	63
ANEXO I	
Sobre el bienio negro	65
ANEXO II	
Sobre el Quinto Regimiento	66
ANEXO III	
Sobre las medidas revolucionarias tomadas en nuestra guerra	67
ANEXO IV	
Sobre el putsch anarco-trostkista de Barcelona	69
ANEXO V	
Sobre el "socialista" Indalecio Prieto	71
ANEXO VI	
Sobre la sublevación de Casado	72
ANEXO VII	
Sobre los campos de concentración 115	73
ANEXO VIII	
Albania	74
NOTAS	76